

Cuéntanos

Cuéntanos

V Concurso de Cuentos Interculturales

Área de Bienestar Social, Igualdad y Familia
Instituto de Estudios Almerienses
DIPUTACIÓN DE ALMERÍA | 2011

COLECCIÓN LETRAS

Serie Narrativa. n.º 60

Cuéntanos tú alegría

V Concurso de Cuentos Interculturales

© Textos: Los autores

© Edición:

Instituto de Estudios Almerienses

www.iealmerienses.es

Promueve: Área de Bienestar Social, Igualdad y Familia. Diputación de Almería

Coordina: Isabel Garzón Garzón

Diseño y maquetación: M^a Isabel Muñoz

Ilustraciones: M^a Isabel Muñoz

ISBN: 978-84-8108-524-2

Dep. Legal: Al-771-2011

Primera edición: Agosto 2011

Impresión: Imprenta Provincial

Impreso en España

ÍNDICE

PRESENTACIÓN 7

PRÓLOGO 9

CATEGORÍA ESCOLAR PRIMARIA

LAS FLORES ARCOIRIS 11

María del Mar Lozano Rey, 11 años

Primer premio

C.E.I.P. Juan XXIII. Los Gallardos

SARA Y LA FUENTE SECRETA 17

Ismael Sbai Metaich, 10 años

Segundo premio

C.E.I.P. San Tesifón. Berja

WALID UN NIÑO NUEVO 25

José Francisco Carreño Martínez, 11 años

Accésit

C.E.I.P. Sagrado Corazón. Tijola

QUE ALEGRÍA SER TAN DIFERENTE 35

Nilo Frías Cruz, 10 años

Accésit

C.E.I.P. Mar Mediterráneo. Almería

EL NIÑO ALEGRE 41

Daniel Howley San Sebastian, 11 años

Accésit

C.E.I.P. Palomares

CATEGORÍA ESCOLAR SECUNDARIA

DIARIO EN ESCALERA 47

Cristina del Mar Muñoz del Águila, 13 años

Primer premio

Colegio Sagrada Familia. Almería

AZUL 55

María del Mar Martínez Pérez, 15 años

Segundo premio

Colegio Stella Maris. Almería

UNA MONTAÑA DE RECUERDOS Y ALEGRÍA 61

Dolores Gómez Delgado, 14 años

Accésit

I.E.S. Nicolás Salmerón y Alonso. Almería

DOS MUNDOS DIFERENTES UNIDOS POR UNA CAUSA 71

Irene López Jiménez, 13 años

Accésit

C.E.I.P. La Venta del Viso. La Mojonera

EL RATÓN Y EL GATO 77

Alba Luiz Ronda, 14 años

Accésit

Colegio Sagrada Familia. Almería

CATEGORÍA GENERAL

BOSQUE DE PITAS 87

Moisés Salvador Palmero Aranda

Primer premio

EL PUENTE DE LA CONCORDIA 97

Cesar Vargas Fernández

Segundo premio

LA CANCIÓN DEL BOSQUE 105

Amalia Marina López Asensio

Accésit

ISLA ALEGRÍA 115

María del Mar Ruiz Pérez

Accésit

EL ESCASO PRECIO DE LO QUE MAS VALE 125

Carmen Belén Fenoy Gázquez

Accésit

PRESENTACIÓN

El V Concurso de cuentos interculturales es una de las actuaciones que se han desarrollado en el año 2010-2011 desde el Área de Bienestar Social, Igualdad y Familia de la Diputación de Almería, en materia de sensibilización. La publicación de este volumen de cuentos, a través de una colección del Instituto de Estudios Almeriense, ha permitido la materialización de los premiados en esta edición.

El proyecto de sensibilización está dirigido a toda la población pero especialmente a los niños y jóvenes, con ellos empieza la difusión de forma más activa. Son en los centros educativos donde comienza la interacción con otras culturas del entorno más inmediato. Crear espacios que favorezca el encuentro, el conocimiento, el respeto y la convivencia entre culturas, y los valores de la sociedad plural, son necesarios para una sociedad abierta, plural e intercultural que es una de las principales características de la sociedad del siglo XXI.

Este es un proyecto donde la participación es fundamental, para ello nada mejor que partir de los procesos de creación y de las propias sensibilidades de las personas para ir aportando elementos que favorezcan la integración y la diversidad sea un elemento más que ayude a la cohesión social.

Por todo y ante todo, muchas gracias a todas y todos los que, por vuestra generosidad sois capaces de encontrar en la diversidad semejanzas más que diferencias y brindadnos la oportunidad de compartir con todos vuestros mensajes.

Gabriel Amat Ayllón
Presidente de la Diputación de Almería

PRÓLOGO

El Don de la Alegría

La alegría es una maravillosa condición, un don con el que algunas personas tienen la fortuna de nacer. Puede ser también una actitud, un sentimiento aprendido con el que estamos dispuestos a afrontar cada uno de nuestros proyectos, por pequeños o grandes que éstos sean.

En un mundo tan convulso como el que habitamos puede parecernos, con frecuencia, que tan valiosa emoción es un bien cada vez más escaso, menos presente a nuestro alrededor. Vivimos inmersos en la prisa, en el ansia; rodeados de una violencia presente y cercana: guerras y pobreza; valores sin otros objetivos que el deseo de satisfacer el momento presente.

Ninguna palabra más apropiada ni más sugerente que Alegría, para anunciar el propósito de este concurso: expresar nuestros mejores sentimientos y buenos deseos, con el objetivo de contribuir a la construcción de una colectividad más estrechamente unida; una comunidad en la que las culturas, tan diferentes entre sí, nos permitan aprender a conocernos y a enriquecernos mutuamente como personas y como parte de un mundo que es de todos.

Para aquellos que hemos tenido algo que ver en el desarrollo de este concurso, fue una gran satisfacción recibir tantos y tantos relatos. Expresan sin ambages los sentimientos de tolerancia, respeto y gene-

rosidad hacia cuantos, sin exclusión, formamos parte de esta sociedad cada vez más plural.

Ojalá sea el don de la alegría un ánimo que llene de luz nuestra vida y la de cuantos nos rodean. La alegría como motor, como primer e imparable impulso.

Al-Sulami, uno de nuestros grandes poetas, decía así: “La alegría es un bien inagotable”. No dudemos pues en derrocharla a manos llenas.

Mientras leíamos los relatos que hemos recibido, constatamos que el hecho de que hayan participado en “Cuéntanos...”, bajo el mismo lema, personas de tan diferentes edades, demuestra que la imaginación, la inteligencia, la solidaridad y la ternura son patrimonio igualmente de todas y de cada una de ellas. En sus páginas destacan la frescura y originalidad de los más jóvenes, las propuestas apasionadas de los adolescentes y la sabiduría que concede la experiencia a los mayores.

Nuestro mundo será cada vez más habitable si estrechamos nuestras manos solidarias, manos de todos los colores y alientos, para que juntos seamos capaces de conseguir que la Bondad, la Cultura y la Alegría sean el mejor patrimonio de la Humanidad.

Un fuerte abrazo

Concha Castro
Escritora

LAS FLORES ARCOIRIS

María del Mar Lozano Rey



PRIMARIA



Todas las plantas que crecían en mi jardín eran muy bonitas pero, a medida que pasaba el tiempo observándolas, tenía la sensación de que faltaba alguna. Por más que pensaba no se me ocurría cuál podía ser.

Un día, mientras paseaba, decidí entrar en una floristería para ver si se me ocurría qué poner en el jardín. El dueño me habló de unas flores especiales:

- Se llaman flores arcoiris, dijo.

Yo no las conocía y, por pura curiosidad, decidí comprar un sobre con algunas semillas. Al llegar a casa, descubrí que había siete semillas. Todas eran del mismo color. Preparé la tierra, las planté, las regué y dejé que les diera el sol. Un día, por fin, vi, asomar un tallo verde; otro, verde pero más oscuro; otro azul; otro rojo; otro como el azul del anochecer; otro naranja y otro violeta. Eran preciosos y crecieron hasta que dieron flores, grandes y con rasgos diferentes. Regué las plantas y las cuidé con paciencia hasta que se convirtieron en árboles de colores diferentes. Se me ocurrió llamarlos: árboles del mundo. Y aquí comienza mi historia...

Érase una vez un niño que soñaba con llegar al final de un arco iris porque había oído que allí se cumplían los sueños. Él vivía con sus abuelos porque sus padres habían muerto. Muchas veces se sentía triste porque aunque los quería mucho, se preguntaba si hubiera sentido lo mismo con sus padres porque, según él no es lo mismo ser nieto que hijo. Un día, estando en clase, comenzó a llover y, Esteban, que así se

llamaba, miró por la ventana y vio un arco iris. Al terminar la mañana lo tenía claro: tenía que encontrar su final. Así, se puso en marcha. Subió por una montaña, cruzó un río, encontró un puente y, de repente, a un trol. Éste le dijo:

- Si por el puente quieres pasar, mis tres preguntas deberás acertar.

El muchacho aceptó el reto y prestó atención.

-Ahí va la primera: si tengo dos montones de paja y quiero añadir uno más, ¿cuántos montones de paja tendré?

- Pues un montón de paja, sólo que más grande.

- Eres un chico listo pero a ver si aciertas esta adivinanza: plata no soy y al oro me parezco, ¿quién soy?

- Eres el plátano, dijo Esteban.

- Muy bien, pero no olvides que la que queda es muy, pero que muy difícil: ¿cuál es el animal que tiene de pequeño cuatro patas, de joven dos y de mayor tres?

El chico muy tranquilo contestó:

- Señor trol, es el hombre que cuando es un bebé gatea, al crecer aprende a andar y de anciano necesita la ayuda de un bastón.

El trol, sorprendido por la explicación del niño, lo dejó pasar.

- Muy bien, adelante y no olvides que al adentrarte en el bosque que hay al otro lado encontrarás muchos peligros. ¡Buena suerte, chico!

- Gracias ¡Ah, por cierto, me llamo Esteban!

Después de caminar un rato se sentó a descansar y vio que se acercaba un niño. Era algo diferente pues su piel era más oscura y su pelo más rizado. Sus labios eran muy gruesos y sus ojos, negros y blancos, destacaban en su cara. Tenía hambre y Esteban compartió con él un bocadillo que aún guardaba en su mochila. También le contó lo que quería hacer:

- Tengo una idea, podrías venir conmigo. Al final del arco iris verás cumplido tu deseo.

- Agradezco tu invitación y, sobre todo, que me ayudes a ser más feliz.

- No tiene importancia. Es mejor viajar acompañado. A nadie le gusta estar solo tanto tiempo.

Los chicos se pusieron en marcha. Charlando sobre sus amigos, su familia, su pueblo, su forma de vida, cada vez se iban conociendo mejor y aprendiendo el uno del otro.

Así continuaron por el camino hasta que un cartel, colgado de dos ramas, les hizo pararse.

- ¡Bienvenidos al Bosque Espaguetti! Para atravesarme necesitáis un coche de color plata grisácea y si queréis rodearme, el auto deberá ser amarillo.

Como estaban dispuestos a que sus deseos se hicieran realidad, no dudaron en buscar ese coche, por muy extraño que les pareciese. Claro que no tenían ninguna pista sobre el camino que tenían que seguir. Como cuatro ojos ven más que dos, no tardaron en encontrar cerca de allí un papel en el suelo. Lo recogieron y descubrieron un pequeño mapa con unas anotaciones: “Veinte pasos hacia delante, repite hacia la derecha, continúa en ángulo recto hasta que veas una señal de stop. Por supuesto, hay que detenerse. Cuando pase un rebaño, sube a la cima de una colina”.

- Una ruta complicada, dijo Esteban.

- Lo conseguiremos entre los dos, contestó su amigo Samuel.

Todo iba según lo indicado hasta que descubrieron a una niña escondida entre las ovejas. Tenía el pelo muy largo y liso, la piel algo amarilla y los ojos, no eran tan redondos como los suyos pero su mirada era profunda. Tenía frío porque su ropa estaba mojada y miedo porque no los conocía. Rápidamente, Samuel le puso su chaqueta y Esteban le dio agua. Al principio, la niña no se movió pero, al ver que le sonreían y le ofrecían la mano para levantarse se tranquilizó. No entendían muy bien lo que decía porque venía de otro país pero no importaba porque ellos sabían que aprendería pronto lo más importante. Sólo necesitaba confiar en ellos. Al cabo de un rato, volvieron al camino pero ahora eran tres amigos los que viajaban juntos. Sin darse cuenta, llegaron a la cima de la montaña y allí descubrieron un vehículo amarillento que estaba casi oculto entre las ramas de varios árboles que crecían muy juntos. Como eran tres, quitaron las ramas enseguida y subieron al coche. Al momento, se puso en marcha y parecía saber el camino perfectamente porque iba muy rápido pero no frenaba. Agarrados de la mano veían como se alejaban del bosque y se acercaban al final del arco iris. Cuando, por fin, el coche se paró, los niños bajaron y encontraron siete semillas, todas del mismo color. Entonces pidieron sus deseos: Samuel y Micaela, que así se llamaba la chica, regresarían a su casa y Esteban con sus padres. Pero antes, decidieron enterrar las semillas, todas menos una. Seguro que cuando lloviera, después saldría el sol y las plantas crecerían hasta que se convirtieran en árboles multicolores.

Años más tarde, cuando Esteban miraba al cielo y olía a húmedo, esperaba la luz del sol que formara el arcoíris. Siempre sonreía pensativo recordando la aventura que vivió. Sabía que no hubiera sido lo mismo si en su viaje no hubiera encontrado a otras personas con las que compartir peligros, miedos y alegrías. Por supuesto, que no importaba si eran diferentes porque había aprendido cosas que no conocía, había viajado en su imaginación al país de sus amigos y se sentía feliz porque había descubierto otro sentimiento: la amistad.

Quizá la semilla que trajeron de vuelta esté entre las que yo sembré, por algo mi padre se llama Esteban. Yo recogeré otras cuando los árboles den fruto y las sembraré y ayudaré a que mis hijos hagan lo mismo. Y les hablaré de su abuelo, porque los abuelos son muy importantes, y de la frase que de él aprendí: “Diferentes personas se unían y los sueños se cumplían”.

SARA Y LA FUENTE SECRETA

Ismael Sbai Metaich



PRIMARIA



Cuentan que hace muchos, muchos años, en el norte de África vivía una muchacha llamada Sara. Sara es una mujer responsable, tiene una familia formada por dos hijos Amir y Soraya; su marido se llama Alí.

Como a todo el mundo le ocurre, cuando no hay trabajo hay que buscarse la vida en otros sitios y eso es lo que hizo su marido. Alí se fue de casa hace tres meses y Sara desde ese tiempo no sabe nada de él, porque en aquel tiempo no había manera para poder comunicarse. ``Y como ella no sabe dónde está.``

Empezó a preguntar por su nombre a cada viajero que va y viene, nadie sabía dónde estaba, pero sabían quién era, la gente lo conocía por su honradez y por su amabilidad, Sara iba todos los días con sus dos hijos a preguntar y nunca perdió la esperanza.

A Sara ya se le agotaron los alimentos que le dejó su marido en el almacén antes de viajar.

En el pueblo ya nada seguía igual. Por falta de lluvia toda la cosecha se perdió y la única fuente que había en el pueblo se secó. A partir de entonces la gente sale del pueblo y como no hay agua no hay vida. Sara y otros habitantes todos los días caminaban más de cinco kilómetros para conseguirla y era un largo viaje para ella, dejando los niños llorando con una vecina.

La niña de cinco años echa de menos a su padre y no quiere que pase el día sin su madre; el niño con tan solo cuatro meses necesita mamar

de su madre. Por estas razones un día, Sara decidió ir en busca de agua con sus dos hijos, Soraya cogida de su mano y Amir cogido con un trozo de tela agarrado en su espalda.

Mientras caminaba la niña lloraba porque no podía más y ella también se sintió cansada por el peso. Y así en una roca pararon para descansar, puso el niño en el suelo y convenció a su hija de que pronto volverían a casa.

Mientras la madre estaba sentada para descansar oyó un extraño ruido. Le pareció como si sonaran los chorros de agua.

Cada vez sonaba más y más fuerte. Sara cerró los ojos con fuerza, luego enseguida volvió a abrirlos, de pronto sintió humedad en la roca que estaba sentada. Sacudió su cabeza pensando que estaba soñando pero no, ¡era realmente agua!, movió su cabeza donde estaban sus niños y vio lo que nunca había visto.

Vio mucha agua que salía del suelo y a su hija con una flor en la mano asustada diciendo: ¡yo solo arranque la flor para llevármela a mi casa! La madre cogió a su hija mirándola con alegría.

Sara intenta entender lo que dice su hija, la niña repetía: ¡he visto esa flor tan bonita y la arranqué! ¡No volveré a hacerlo! La madre le acaricia diciéndole no pasaba nada, no te asustes, que solo es agua. Es justo lo que nos hace falta. La madre entendió que al arrancar la flor de la tierra surgió de aquel lugar una corriente natural de agua cristalina. Al asegurarse que la niña estaba tranquila, Sara dio un respiro y tuvo que ahogar un grito, pues por un momento tuvo la sensación de que se iba a caer. En el suelo había una gran corriente de agua tan transparente que brillaba como el diamante. ¡Guau, qué maravilla! -exclamó Sara.

La madre se puso muy contenta. El curso del agua llegaría hasta su aldea y ya no tendrían que hacer el pesado camino cada día. De la alegría empezó a saltar con su hija abrazándola y besándola, y al pequeño también. En ese momento tan emocionante recordó a su marido, recordó aquellos momentos felices que vivía con él y deseó que estuviese con ella en ese momento.

Mientras la niña saltaba con su madre de pronto la flor voló de sus manos y... ¡Baam!, tapo de nuevo el hueco por donde el agua salía.

En aquel instante se levantó un viento helado y potente; con soplos ruidosos mugía: ¡Ouuuf, Ouuuf, Ouuuf!

Sara, aparta los niños a un lado y vuelve aquí. ¡Soy el viento que te habla!

La mujer de alegría pasó al miedo y, extrañada abrazó a los niños y los dejó en un lugar seguro diciendo a Soraya: ven hija no tengas miedo, todo va bien, cuida a tu hermano hasta que yo vuelva.

Soraya sentía temor y decía: ¡mami, mami, no te vayas tengo miedo! La madre rodeada de tanta fuerza del viento exclamo:

-¡Tranquila hija ahora vuelvo, te lo prometo!

Sin más remedio, Sara tenía que obedecer al viento por la potencia que le rodeaba. Por lo menos no hará daño a sus hijos, esto fue lo que ella pensó cuando le ordeno apartarse de sus hijos, y además tenía curiosidad de saber lo que estaba pasando.

¡Ouuuf, Ouuuf, Ouuuf! Infló el viento su pecho y soplo con todas sus fuerzas que se la llevó hasta una cueva oscura.

Allí vivía el monstruo de la montaña, era lo más espantoso que había visto en toda su vida: su pelo largo, casi blanco le llegaba hasta la cintura, sus ojos oscuros, su boca enorme, era gigante y su cuerpo estaba cubierto con una capa negra.

Sara sobresaltada se volvió atrás y no pudo contener un grito ¡Ah!

¡Si cuentas a alguien el secreto del agua te mataré! La amenazó el monstruo de la montaña.

Sara apenas pudo articular palabras para preguntarle por qué él tiene agua y ellos se mueren por la sequía. Con ojos de extrañeza cogió aire y le dijo: ¿Si tú tienes agua por qué tengo que guardarme el secr...? El monstruo gritó dejándole con la palabra en la boca.

-¡Tienes dos opciones! Si quieres agua te quedas con tus hijos aquí, con mis esclavos, en caso contrario, si no te gusta vivir aquí y guardas el secreto para siempre, si lo cuentas ¡te mataré!

Sara sin pensarlo decidió guardar el secreto y volver con sus hijos y con su gente del pueblo.

De repente, Sara fue arrastrada de nuevo por el viento helado hasta el pie de la montaña donde había dejado a Amir y a Soraya. La niña no levanto la cabeza aunque escuchaba soplos de viento como un huracán, se quedó agarrada de su hermano hasta que su madre puso la mano en su hombro. Soraya abrazó a su madre diciéndole: la próxima vez me quedo con la vecina cuando vengas en busca de agua, y me quedaré cuidando de mi hermano.

Ella creía que la gente desaparecía durante un rato cuando venían a coger agua. El niño tan pequeño se quedo dormido y la madre lo cogió en brazos, tranquilizó a Soraya y volvieron a casa.

Estaba casi anocheciendo.

Durante días y días, Sara no contó a nadie lo que había sucedido, pero no hacía más que pensar: ``Su marido no ha vuelto, la tierra está mas seca, los granos sin vida, los niños lloran, la gente del pueblo está triste y cada día se van más por la falta del agua...´´

Pensando como loca ¿cómo puedo seguir guardando el secreto del agua por miedo al monstruo de la montaña?

La sequía se alarga, a lo mejor el monstruo no me hace nada si cuento a los habitantes donde hay agua.

Sara lo contó a su vecina y aseguró sus hijos con ella, y esta vez Soraya se quedó sin llorar y sin resistencia, deseando a que su madre volviera pronto.

La madre fue a la aldea y comenzó a gritar: ¡En la montaña hay una fuente, en la montaña hay agua! ¡Subamos pronto!

La gente tan desesperada le hicieron caso y Sara guió a sus vecinos hasta donde pasó lo sucedido Arrancó la flor y la hizo pedazos. El agua comenzó a bajar por la montaña y la gente feliz, bailaba, reía... siguiendo el curso del agua. Estaban tan contentos que nadie se dio cuenta de que Sara había desaparecido.

El viento helado la había llevado de nuevo ante el monstruo de la montaña.

¡No me has obedecido! Gritó el monstruo a Sara. ¡Voy a matarte!

Sara le suplicó con temor ¡no por favor, tengo hijos que me necesitan! Merezco tu castigo pero no me mates por favor: le volvió a suplicar Sara. ¡Vale! mejor voy a castigarte con agua, así serás ejemplo al que no me obedezca: respondió el monstruo de la montaña. Entonces, el monstruo mandó a sus esclavos que encadenaran a Sara en la cascada que había nacido al arrancar la flor.

Cuando el agua cayó sobre Sara desde lo alto, la buena muchacha sintió que sus fuerzas la abandonaban poco a poco, y pobrecilla quedó convertida en una estatua de piedra unida a las montañas.

Soraya pregunto por su madre y la gente le dijo que fue en busca de su padre.

Soraya con esperanza, espera que vuelva su madre y su padre mientras que el problema del agua está solucionado.

De pena la gente preguntó a un adivino que podían hacer para salvar a Sara del daño causado por el encantamiento.

Solamente podrá salvarla el que le dé un beso de amor.

Los habitantes del pueblo lo único que pensaron era buscar a su marido, porque él es su verdadero amor.

Después de atravesar muchas montañas en un mes nada fue agradable. Pasó otro mes y Sara seguía como una estatua. Los vecinos empezaron a preocuparse y a perder la esperanza.

Un día, Alí regreso porque de todos los sitios que había estado ninguno era igual que su pueblo. Alí se enteró de lo sucedido y lo que Sara había sufrido. Cuando la gente le explicó a Alí lo que había que hacer para salvarla del hechizo no tardo en irse corriendo. Conducido por los aldeanos hasta la cascada, le dio el beso de amor como le había dicho el adivino. Entonces... el hechizo desapareció y lentamente Sara abrió los ojos y volvió a ser una hermosa muchacha. Alí la abrazo y los dos saltaron al agua, desde entonces todo el mundo vive feliz, rodeados de fuentes, cascadas, ríos... gracias a la generosidad de Sara.

Soraya, Amir, Alí y Sara vivieron felices para siempre.

The background of the entire page is a textured painting. It depicts a ship, likely a cargo or transport vessel, seen from a slightly elevated, rear-quarter perspective. The ship is painted in various shades of blue, teal, and green, with some orange and red highlights on its upper decks and structures. The sea is represented by broad, horizontal brushstrokes in similar blue and green tones, creating a sense of movement and depth. The overall style is expressive and somewhat abstract, with visible texture and color variations.

WALID, UN NIÑO NUEVO

JOSÉ FRANCISCO CARREÑO MARTÍNEZ

PRIMARIA



Hola, soy un niño marroquí llamado Walid y vengo de un país vecino y amigo vuestro, Marruecos.

Mi llegada a España no ha sido muy afortunada, en el viaje he perdido amigos y enseres, mis recuerdos no son muy gratos y mi experiencia con mis compañeros al principio tampoco lo han sido. Así comienzo mi breve relato en el que doy explicación de lo que me sucedió antes de llegar aquí.

Vivía en un pueblo pequeño a la orilla del mar allí en Marruecos y cada vez que miraba al horizonte soñaba con una vida mejor. Con esa felicidad me marchaba a casa, pero tardaba poco tiempo en desaparecer, los problemas que estábamos viviendo me hacían volver a mi cruda realidad.

Una noche mientras dormía escuché como mi padre y mi madre hablaban de un viaje fantástico que nos iba a llevar a un país maravilloso, España.

Al día siguiente todo comenzó como de costumbre pero algo me decía que no iba a ser igual que los demás, mamá comenzó a recoger las cosas más importantes para nosotros y papá ese día no fue a trabajar, a mí me enviaron al colegio como siempre pero me advirtieron que no me entretuviera más de la cuenta. Cuando llegué a casa quedé sorprendido, lo fundamental estaba recogido en un pequeño ático y mis padres me estaban esperando con una mochila. Sin mediar palabra cogimos el

camino hacia la playa. Allí no estábamos solos, había más familias que como nosotros, estaban esperando el barco de la fantasía. Mientras esperábamos me imaginaba un gran barco con grandes camarotes y el capitán nos recibiría con gran felicidad, pero no fue así, el barco fue muy pequeño y quien lo dirigía hablaba con voz muy fuerte incluso nos insultaba para que nos diésemos prisa. Empezaba a caer la noche y nuestro viaje comenzó.

El mar comenzó a mecer la pequeña patera, cada vez más fuerte, en ocasiones el agua salpicaba dentro y nos mojaba, algunas madres comenzaron a temer lo peor y estaban en lo cierto, el viaje no iba a ser lo placentero que esperábamos. Conforme nos adentramos, el mar comenzaba a tener olas más fuertes hasta el punto en que la pequeña barca no se sostenía en pie, algunos de nuestros enseres cayeron al agua, el miedo comenzó a apoderarse cada vez más de nosotros, el viaje era interminable, los bebés que iban agazapados a sus madres lloraban a pleno pulmón, los padres acurrucaban a los niños más pequeños; mientras que el capitán gritaba diciendo: “¡Haced que esos bebés se callen de una vez!, ¡me rompen los oídos esos ruidos infernales!”.

Tras la mala noche, el sol salía, las olas se calmaban, los bebés dejaban de llorar; poco a poco, las temperaturas iban subiendo y España ya se divisaba a lo lejos, sin embargo el capitán que estaba al mando decía que no era digno de conducir una patera de inmigrantes, porque él había estado en la marina y era el mejor capitán de todo el mundo.

Tras unos pocos minutos que nos parecían interminables pisamos tierra firme en Almería, una provincia de Andalucía, nos atendieron muchos médicos, nos dieron mantas y comida, luego nos trasladaron a una casa muy grande con infinidad de habitaciones y allí nos dijeron que no podíamos estar más de 5 días en esos dormitorios, luego teníamos que buscar trabajo, y yo tendría que ir al Colegio de la Libertad.

Ese mismo día nos enseñaron toda la casa, en el lugar había muchas personas como nosotros, que habían llegado a este país en patera y algunos, hasta habían llegado de milagro, porque compañeros suyos habían perdido la vida en el intento de llegar a España, ese día se pasó volando, y nos acostamos muy pronto porque el viaje fue agotador.

Al día siguiente fui al Colegio de la Libertad, cuando llegué me pareció una mansión y todos iban con mochilas muy grandes, mis padres y yo nos cruzamos con el director del centro y le preguntamos si podía matricularme en ese colegio, él dijo que sí y que iría a la clase de

la señorita Matilde, cuando entré a clase todo me pareció maravilloso; grandes mesas, sillas de todos los tamaños y también una mesa que era más grande que todas las demás, suponía que era la de la maestra, poco más tarde entró ésta y me hizo sentarme en un pupitre al lado de un niño llamado Javier.

Javier era un niño muy amable, tenía su pandilla de amigos y viendo que yo no tenía amigos me metió en su grupo, aunque le costó quedarse sin algunos compañeros, por acoger a un marroquí, pero él no le daba mucha importancia porque sabía que estaba siendo solidario con los demás, por lo tanto estaba haciendo un bien a la sociedad, sin embargo otros como Juan, eran demasiados orgullosos como para querer juntarse conmigo, un inmigrante marroquí y de religión islámica. Javier me decía que no me preocupase porque él siempre era así, pero tanto Javier como yo sabíamos que era rechazado por los demás, Javier ayudó a otras personas como Clara, Lucía o Isabel a que se dieran cuenta de que tener un amigo de otro país, cultura o religión era muy bueno; ya que te enseñaba cosas tales como la forma de vivir de otros países, las numerosas y fatídicas guerras, la pobreza que hay aún en algunos países, la forma de vivir de otras personas...

Clara al principio no se convenció mucho, pero al ver que Lucía e Isabel sabían más de otras culturas desde que estaban junto a mí, ésta decidió pasar más ratos conmigo para jugar, estudiar y que le enseñara algunas cosas de mi cultura, sobre todo se interesaba por la forma de vivir en mi antiguo país; yo claro, no me negaba, porque eso de que otras personas sepan mi cultura y mi anterior forma de vivir en Marruecos me gustaba mucho.

Gracias a este grupo de amigos conseguí integrarme más en la sociedad escolar, y ya casi nadie me rechazaba, sólo Juan y dos ó tres de su grupo de amigos; decían que era un “negro” por mi color de piel y pobre por tener que emigrar, claro, yo me ponía muy triste cuando decía eso y... Como a él le gustaba que yo estuviera triste se reía aun más de mí.

Cuando llegaba la hora de irse a las dos de la tarde todos los niños se ponían muy contentos y salían “disparados” hacia sus casas, pero yo, junto con Javier, Clara, Lucía e Isabel nos íbamos hacia el paseo marítimo, porque ese era nuestro lugar de descanso, pero eso sólo lo sabíamos nosotros porque era nuestro secreto; es más creo que hasta os voy a contar la historia de cómo me contaron el secreto:

Un día, a las dos en punto, mientras todos los niños salían corriendo del colegio Clara me dijo que me esperase un momento, que quería decirme una cosa, yo obedecí y me quedé esperándolos fuera en la puerta del colegio; cuando llegó Clara, me dijo que me iba a contar un secreto que no podía contar a nadie, al momento se acercaron Javier, Isabel y Lucía, Clara viendo que estábamos solos dijo:

-Está bien, Walid te he dicho que te esperaras porque hoy vas a saber nuestro mayor secreto, ¿tu madre te está esperando para ir a comer?

-Sí- respondí con dificultad por la emoción, -pero me ha dicho que no pasa nada si llego más tarde, sería porque me he quedado un rato con vosotros a jugar; así que no pasa nada.

-Bueno, siendo así podemos contártelo con tranquilidad; puede que hasta te lo enseñemos, bien; acércate, esto tienes que prometer que no se lo contarás a nadie; el secreto es que... ¡Es mejor que no te lo cuente!, ven te lo enseñaremos directamente.

-Vale, vamos donde sea.

Íbamos andando hacia la costa, y cuando estuvimos en un paseo muy grande Clara me dijo que eso era el paseo marítimo; su lugar de relajación para después del colegio y donde se pasaban tardes enteras jugando y relajándose a la fresca brisa del mar Mediterráneo. También me dijo que, claro, como eso era un sitio público, iba mucha gente y que sólo decían que era su lugar secreto porque nadie sabía que era donde cada día se relajaban y disfrutaban de una buena tarde soleada, seguidamente yo dije si ya habían terminado de hablar; porque parecía tan emocionante que me quería ir ya a jugar, pero Clara me dijo que no, que antes tenía que hacer el juramento de que no se lo diría a nadie; yo, por supuesto pregunté qué había que hacer, y acto seguido Clara dijo:

-El juramento que estás a punto de hacer, es sagrado, el que lo incumpla será castigado- acto seguido pusieron sus manos hacia arriba y dijeron al unísono:

-Nunca incumpliremos este juramento-.

Yo todavía muy emocionado dije con ellos:

-Nunca incumpliremos este juramento-.

Salimos corriendo hacia la playa justo después de terminar de hacer el juramento pero Lucía nos paró inmediatamente; decía que ya era la hora de comer y que íbamos con un cuarto de hora de retraso y Javier dijo:

-¡Madre mía si llego mas tarde mi madre me tendrá castigado y no podré venir más en toda la semana al paseo marítimo para relajarme!

-¡Calla ya y vámonos a nuestras casas que nos espera una buena!- dijo Clara.

Y efectivamente cuando llegué a casa mi madre y mi padre ya habían terminado de comer y me estaban esperando con un plato de comida en la mesa, cuando llegué dije preocupado:

-Hola mamá, ¿he tardado demasiado?, por favor perdóname.

-Hola Walid, te dije que podías llegar un poco tarde a casa; ¡pero no me refería a esto! De verdad, tu padre y yo terminamos de comer hace por lo menos un cuarto de hora, saliste del colegio hace ya media hora y..., ¿Me puedes decir que has estado haciendo este tiempo?

-Mira mamá lo primero que hice al salir del colegio fue esperar a mis amigos, porque me tenían que decir un secreto y no te puedo decir cual es, por favor perdóname, pero a partir de hoy voy a llegar a esta hora, o un poco antes, pero rara vez llegaré más tarde de las dos y media. ¡Ah! Y por las tardes me voy a jugar con Clara, Javier, Lucía e Isabel a ese lugar secreto.

-Vale, pero te voy a poner un castigo; no puedes venir a casa más tarde de las siete y aparte de que es un castigo, es porque también tendrás algo de deberes o que estudiar para mañana ¿no?

-UUU!.. ¡Ay! Es verdad tengo que hacer cuatro ejercicios de lengua, bueno, comprendo, no voy a venir más tarde de las siete a casa durante una semana.

Cuando comí fui a llamar a Javier, claro como él también había llegado tarde, le habían echado una buena regañina, cuando llamamos a Clara, a Lucía y a Isabel nos llevamos una gran sorpresa; no habían regañado ni castigado a ninguna de las tres, yo les pregunté cómo lo habían hecho y ellas respondieron con aire misterioso que sólo lo habían conseguido con un poco de amor y cariño luego añadieron que también se necesitaba algo de maña. Tras llegar al paseo marítimo yo me quedé atónito; había la mitad de gente que al medio-día y eso suponía una mayor facilidad de relajación y no había gente por todas partes preguntando que por qué no estábamos en casa haciendo deberes o estudiando.

Nos tiramos toda la tarde jugando en la arena o hablando de los deberes del colegio, todo iba de maravilla hasta que tin tin, tin tin, era la alarma de mi reloj sonaba indicando que eran las siete menos cinco; hora de irse a casa para hacer los deberes y estudiar.

Cuando llegué a mi casa mi padre estaba hablando a mi madre sobre un trabajo que podrían coger, mamá parecía algo preocupada, pero decía que podrían cogerlo, al entrar a casa me enteré de lo que se trataba; un trabajo desde las ocho hasta las tres por la mañana, y por la tarde desde las cuatro hasta las ocho. Yo le dije a mi madre que esos horarios coincidían con el colegio, mamá me dijo que por la mañana me dejaría la comida y el desayuno preparado para cuando llegara pudiese comer.

-Pero mamá no tengo las llaves de la casa me tendré que esperar fuera todo el rato.

-No hijo, mañana les voy a hacer una copia, pero ten cuidado de no perderlas, porque si no quien la encontrara podría entrar en la casa cuando quisiera.

-No te preocupes mamá, cuidaré de las llaves como si fuera lo único que tengo en el mundo, y no le diré a nadie que las tengo, excepto a Javier, Lucía, Clara e Isabel, porque confío en que ellos no se lo van a decir a nadie.

-Muy bien hijo, pero no se lo digas a nadie más, ¡ah! Y aunque estemos fuera tú padre y yo quiero que te vengas a casa a las siete y cumplas tu castigo, porque a parte de que tienes que ser honrado con nosotros, si alguna vez vemos que no estás aquí a las siete te castigaremos más severamente, ¿vale?

-De acuerdo, de todas formas sabes que yo siempre soy honrado con la gente.

-Bueno eso no te lo niego, honrado sí que eres. Venga ahora vete a hacer los deberes y a estudiar, cuando termines te vienes a cenar y después te acuestas que mañana hay colegio.

-Vale mamá, pero de todas formas mañana es viernes; último día de colegio.

-Ya, pero aún así te tienes que acostar pronto porque es un día de colegio como otro.

-Bueno vale mamá, me voy a hacer los deberes.

Y... Al día siguiente cuando me levanté me fui al colegio, en ese día se cumplían dos semanas de mí llegada a Almería. Pero no parecía que era el único que se acordaba de eso; cuando iba a llamar a Javier me encontré con Juan, el que nada más verme se puso a decirme cosas como: "¡Eh negro, ¿cuanto tiempo llevas en esta ciudad?; uf, casi se me olvida: llevas ya unas semanas! Desde que dejaste tu país y te viniste a Almería porque es mucho mejor que el pueblecillo en el que vivías.

Aparte de eso también me dijo cosas que eran mentira sobre mí y mi familia, así que yo casi llorando y muy triste seguí mi camino hacia la casa de Javier. Cuando llegué ya me estaba esperando en la puerta, y me preguntó que por qué había tardado tanto, yo le conté entonces todo lo que me había dicho Juan, y entonces el exclamó:

-¡Ese Juan es un caso perdido, lo que es capaz de hacer para provocar a la gente, sobretodo a la que llega nueva de otros lugares!-

-No, es verdad vine aquí porque en mi pueblo se vivía muy mal.

-Vamos Walid, no te pongas así, ese crío no tiene educación.

Continuamos nuestro camino hacia casa de Clara, Lucía e Isabel y a continuación, al colegio, ese día se hizo muy corto, ya que lo pasamos fenomenal, la profesora de Educación Física nos había enseñado un juego muy divertido; llamado la cola del zorro. En Matemáticas no nos habían puesto deberes, y en lengua tuvimos que hacer una poesía.

Ya de regreso a casa (era ya la hora de mi castigo), me encontré con Juan, él estaba en problemas, cuatro perros lo estaban acorralando, él estaba pidiendo ayuda a gritos, pero como no había nadie en la calle nadie podía ayudarlo. Yo aunque seguía enfadado con él por todo lo que me había dicho antes del colegio, intenté ayudarlo, dejé mi mochila al lado de una de las farolas que había en la acera y fui corriendo hacia dónde estaba él con gran decisión y sin pensármelo dos veces comencé a ahuyentarlos, pero con uno de ellos me hincó los dientes en el brazo, yo grité de dolor y Juan que ya había conseguido escapar de sus garras me ayudó a quitármelo de encima yo se lo agradecí mucho, pero él no estaba de acuerdo, decía que había llegado demasiado tarde, que el perro le había hecho la herida demasiado profunda. Yo en un intento de levantarme, diciendo que estaba bien derramé más sangre. Juan dijo que iría a pedir ayuda a un médico cercano, llegó a los cinco minutos con un hombre alto y rubio, llevaba un botiquín, y de él sacó un bote pequeño que ponía "Agua desinfectante" y me lo echó por la herida luego con una gasa me puso un líquido naranja, yo le pregunté que era eso y el un poco sorprendido me dijo que era otro desinfectante llamado "Betadine" y a continuación me tapó la herida con una venda, me dijo que tendría que tenerlo así durante una o dos semanas. Yo se lo agradecí mucho y él se fue a su consulta contento por haber ayudado a un niño en esas condiciones, luego me puse a hablar con Juan y desde ese día mis mejores amigos son:

Javier, Lucía, Juan, Isabel y Clara. Cuando llegué a casa mi madre se asustó mucho cuando se lo conté todo y le agradeció muchísimo lo que había hecho a Juan, pero ahí no se acabaron las sorpresas y alegrías, mis padres habían conseguido otro trabajo en el que su horario coincidía con el del colegio, y así todos nos íbamos y veníamos a casa a la misma hora, cuando se lo conté a Javier, Clara, Lucía e Isabel no podían salir de su asombro, todos fuimos grandes amigos para siempre.

Aquí os he demostrado como todos podemos ser amigos con muy poco esfuerzo, tan sólo hay que intentarlo.

Ésta es mi historia, espero que haya sido de vuestro agrado y entretenida.



QUE ALEGRÍA
SER TAN
DIFERENTE

Nilo Frías Cruz

PRIMARIA



Érase una vez tres reinos: el pequeño, el grande y el indefinido.

El pequeño lo habitaban unos pobres ratones que pasaban hambre por los gatos y los perros que, aunque no lo parezca, eran aliados. No amigos: se odiaban, sólo se unían para matar ratones. Se los comían los gatos, y los perros se quedaban con la otra gran parte.

El grande lo habitaban los gatos, avariciosos, rencorosos y malignos. Excepto uno tenía un gran corazón y era compasivo. Le daba un poco de su comida a los ratones y a su buen amigo Cheeset con su esperanza no perdida y su corazón lleno de paz.

El reino indefinido lo habitaban los perros, grandes y fuertes, y un pequeño, orgulloso y triste amigo también de Cheeset y Cator, el gato. Roulf era el perro.

Eran amigos secretos porque sus padres no le dejaban juntarse.

Un día idearon un plan para acabar con la guerra: Cator pensó que había que eliminar a los reyes de su reino y los de los demás. Pero... ¿Cómo?

Los ratones eran veloces y rompían maderas muy duras, los gatos eran ágiles y arañaban, los perros eran fuertes y grandes. El rey supremo, el gran búho, era muy sabio y listo pero nadie le creía y lo habían echado de los tres reinos.

Roulf, el perro, pensó que tenían que pedir consejo al sabio y viejo gran búho.

Así, el gato, el perro y el ratón, enemigos naturales trabajando juntos se pusieron en marcha para encontrar al búho llamado Búlo.

Tenían que pasar por el río, subir una montaña y llegar hasta el bosque perdido con espinos y bestias salvajes.

¡Por la izquierda! – dijo Cheeset.

¡Por aquí! – dijo castor.

¡Por allá! – dijo Roulf.

El ratón, el gato y el perro no sabían por dónde ir.

Al final fueron a cruzar el río grande donde habitaban los vecinos desconocidos. Pero... ¡No hay puente!

Tendremos que pedir ayuda a los castores- dijo el ratón.

A los ornitorrincos – dijo el gato.

A las nutrias – dijo Roulf.

Los ornitorrincos... ¿Qué podían hacer?; no construyen puentes como los castores... Las nutrias no podrían llevar al ratón, porque les pinchaba con las uñas. Sólo los castores, haciendo un puente, podrían ayudarles.

Les preguntaron y dijeron que no tenían tiempo porque tenían que recolectar comida para el frío invierno y que lo sentían mucho. Roulf les preguntó que si les ayudaban a recolectar les ayudarían a cruzar el río y los castores dijeron que sí.

Castor cogió manzanas trepando un árbol, Roulf cogió unas uvas de las parras bajitas y Cheeset buscó madera, porque los castores, aparte de hacer galerías y puentes con ella, también se la comían.

En dos días ya estaba todo listo y se marcharon.

Ya no se pelearon por el camino, pues sabían que había que ir a la montaña empinada.

Roulf no llegaba a algunos grandes escalones porque no podía saltar ni trepar.

Vieron varias cabras montesas, unos ositos inofensivos y mandriles pequeñitos y traviesos.

Los ositos podían protegerlos, pero ellos querían subir no protegerse; los mandriles no podían llevar a Roulf porque los monitos eran pequeños y las cabras... ¡Claro, eso es!

Les preguntaron a las cabras y no podían porque venía una gran avalancha y faltaban 10 cabras.

-¿Y si las encontramos?- dijo Cator.

-Os ayudamos, dijo una de las cabras.

El primer día Roulf encontró 2, Cator 3 y Cheeset 3.

Tardaron una semana en encontrarlas a todas.

-Muuuuchas graaacias- dijeron las cabras.

-Subid.

Y así lo hicieron, se subieron sobre las cabras y bajaron la montaña.

-¡Ay!, ¡Au!, ¡Uaaah!- dijeron los tres. Se pinchaban con las zarzas y daban vueltas sobre el mismo sitio sin enterarse.

-Necesitamos ayuda o no viviremos para contarlo- dijo Roulf.

Una ardillita voladora, un pequeño puma y un leoncillo no sabían qué hacer, así que castor les preguntó que les pasaba y dijeron que el búho Búlo había fallecido... ¡Tenían el mismo problema!

Los tres amigos protagonistas se quedaron sin habla. Tanto tiempo y esfuerzo para nada... O eso pensaban.

A la vuelta sus amigos se fueron juntando y cuando llegaron vieron que eran un gran equipo y decidieron enfrentarse, pero no querían matarlos, sólo que cumplieran condena.

Así lo hicieron: Cator, Roulf, el pumita y el leoncillo les atacarían.

Roulf distrajo al perrazo mientras lo capturaban por detrás. Las cabras, Cator y el leoncillo vencieron al avaricioso felino y Cheeset con sus trucos engañó al veloz ratón.

Los castores hicieron jaulas de madera súper-dura y súper-resistente. Luego hicieron lo mismo ayudando a la ardillita, el pumita y el leoncillo.

Justo en ese momento apareció Búlo, (el búho que creían que habían fallecido) y todos se quedaron boquiabiertos.

Búlo dijo: -No he muerto como pensabais, estos reyes agoniosos me exiliaron. Yo resolvía los problemas con paz pero para ellos no era beneficioso y entonces me echaron.

- ¡Lo sentimos! – dijeron los reyes a coro.

-Ya no importa. Sólo quiero que aprendáis la lección.

Y vosotros, jovencuelos, sois pequeños pero habéis superado vues-

tras diferencias y habéis sido solidarios con los demás. Vuestros amigos también han sido generosos dándoos su ayuda. Pero pienso que como han aprendido la lección, no deberíais encarcelarlos. Ni hacerles daño.

- Eres muy sabio y nos has enseñado mucho, dijeron todos los animales.

- Nosotros prometemos no volver a hacer tal fechoría. Pedimos perdón y como recompensa creemos que Cheeset, Roulf y Cator merecen ser recordados. Claro que, Ud. Búlo merece también tal privilegio y además ser el rey de los animales. No por otra cosa, sino porque eres el más sabio- dijo el rey Gato.

- Cierto, lo haremos-, dijeron los otros reyes.

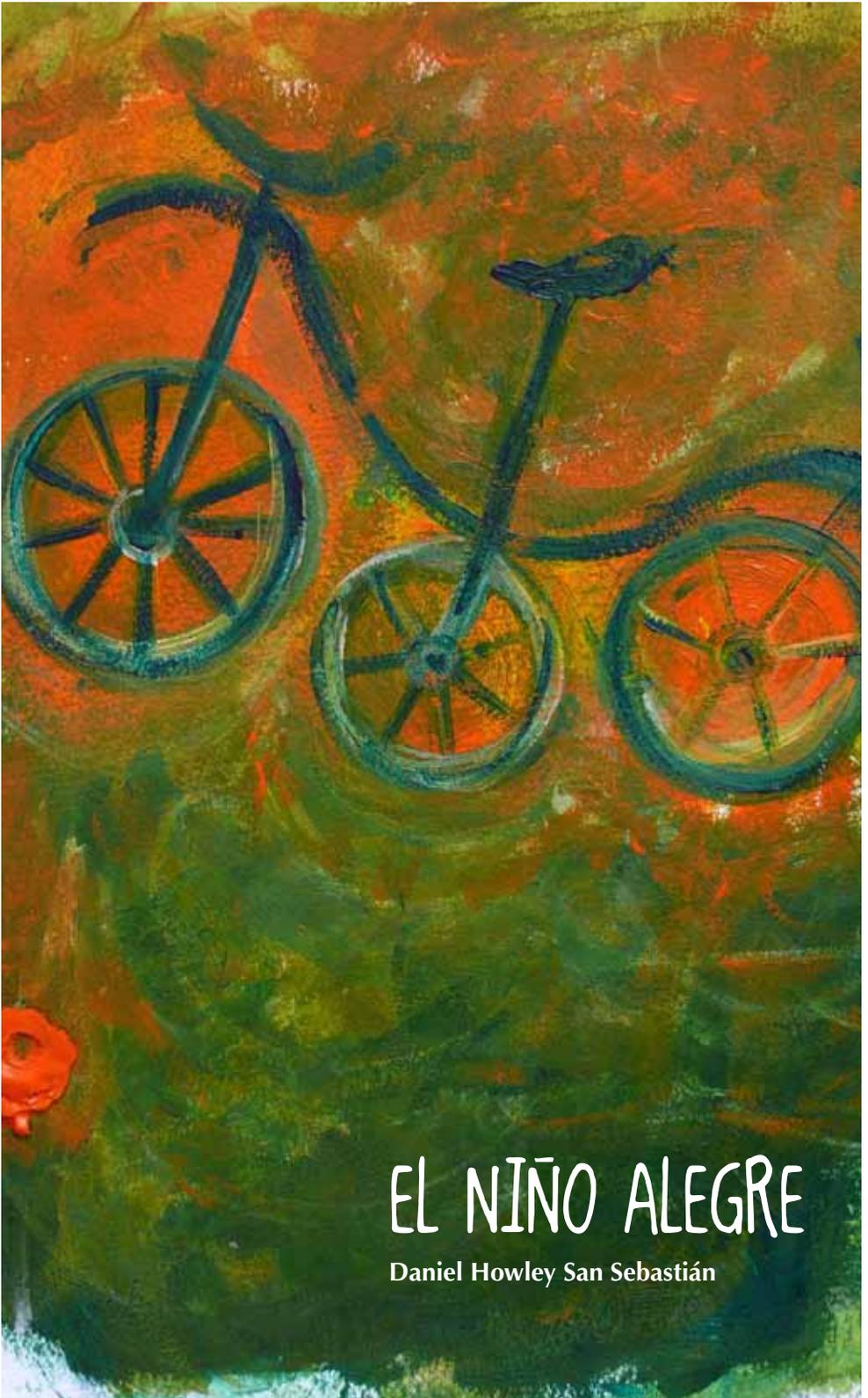
Y así, todos los animales vivieron en paz, sin más guerra, con felicidad y alegría por la solidaridad de un conjunto de ellos.

- Y yo, el búho Búlo, me despido de vosotros con estas frases que alguien dijo alguna vez:

“Un árbol se apoya en otro árbol, el hombre en otro hombre”

“Un solo dedo no puede coger un piojo”

“Con tu vela puedes encender la de otro”.



EL NIÑO ALEGRE

Daniel Howley San Sebastián

PRIMARIA



Hace unos meses Sipiwe recibió una de las alegrías más grandes que pudiera haber tenido hasta entonces. Sipiwe era un niño de 10 años que vivía en un pueblecito pequeño de Uganda. Era bastante delgado por el hambre que pasaba cada día y su pelo era corto y rizado del mismo color que su piel.

En su casa hecha de barro, hojas, madera y paja vivían sus cuatro hermanos todos más mayores que él, su padre y su madre. En Uganda la tierra es muy fértil con lo cual se puede sacar provecho de cualquier cultivo, pero la familia de Sipiwe no tenía suficiente dinero para pagar las semillas que costaban cuatro dólares cada paquete.

Sipiwe tenía miedo de la malaria y de no encontrar comida en casa, es decir, morir de hambre literalmente. Su vida siempre era la misma día tras día se levantaba y veía cómo niños afortunados iban al colegio, con el que él soñaba entrar todos los días.

El hermano mayor que tenía dieciséis años ayudaba mucho en casa y él fue en una época al colegio pero cuando el dinero escaseó y la epidemia de la malaria volvió tuvo que ayudar todos los días en casa.

No podía ir al colegio por una sencilla razón, no tenía suficiente dinero para comprarse un lápiz y una goma que eran los requisitos para entrar en el colegio.

Además tenía que andar ocho kilómetros cada día para ir a recoger agua de la fuente y traerla sobre la cabeza, sus hermanos hacían lo

mismo. Siphwe comía todos los días una especie de potaje de lo que su madre encontraba o compraba pero según la opinión de Siphwe no era la mejor comida aunque reconocía que su madre se esforzaba en hacerla lo mejor posible.

En su casa siempre disponía de jarras de agua, una comida y una cena. Es decir, que pasaba el mediodía con hambre, pero su madre le enseñó a distraer la mente de lo que fuese comida hasta la hora de comer.

Tampoco no tenía muchos amigos porque los niños que vivían cerca de él iban al colegio y por las tardes cuando ellos volvían del colegio él iba a recoger agua con sus hermanos. Siphwe siempre llevaba la misma ropa que daba igual que estuviera sucia porque su madre solo lavaba la ropa una vez al mes.

Un día fue al centro médico con una de sus hermanas y su madre, la pobre muchacha estaba casi moribunda con fiebres altísimas por culpa de la malaria y por la falta de medios acabó muriendo. Siphwe lloraba desconsoladamente por el camino junto con su madre y el cadáver desnudo de la fallecida. El entierro fue al lado de la casa, tan solo guardaron un minuto de silencio. Lloraron resignados y siguieron con sus tareas porque una muerte de malaria allí era una muerte bastante normal. Aunque a Siphwe le costaba volver a la normalidad con un miembro de la familia menos.

Después de varios meses Siphwe vio gente de piel de otro color, no sabía quienes eran, parecían extraños, estaban cargados de materiales pero no sabía que era todo aquello. Siphwe tenía miedo de lo que pudiera pasar allí en ese momento pero al ver la cara de su padre sin duda sabía que era algo bueno. Al niño se le alegraba la cara cada vez más porque una de esas personas de color pálido se acercaba a él y le hablaba amablemente pero Siphwe como no había ido al colegio no entendía nada. El traductor de la familia era su hermano Amadou. Parecía que le habían entendido perfectamente porque a continuación le dieron un lápiz y una goma. Siphwe no sabía que hacer empezó a reírse, abrazó a todo el mundo, corría con el lápiz y se lo enseñaba a todos, era imparabile.

Amadou les contó que era una ONG y que dentro de unos meses vendrían con más ayuda para ellos y para otras familias del barrio.

Por fin llegó la mañana en la que Siphwe iba a ir al colegio, le caían lágrimas de lo ilusionado que estaba, cuando estuvo en frente del cole-

gio, le pareció un palacio, su primera clase fue inglés, una maravilla ¡ya podría hablar con esas personas pálidas en un par de meses!

¡Vaya semanita que había tenido! No se lo podía ni creer, además ir al colegio le distraía del hambre que pasaba pero confiaba en que estas personas vendrían con algo que comer, la verdad es que seguía entusiasmado hasta que un día otra persona vino al barrio con cosas con dos ruedas. Su hermano le contó que era un ciclista muy conocido y que venía a repartir el vehículo con el que competía, se llamaba Daniel y tenía una sonrisa en su cara permanentemente. Una tarde Daniel entregó a Siphwe una bicicleta y enseñó a todos los niños a montar en ella, el niño estaba tan encantado que no se desmontó hasta que cayó la noche.

Cada vez estaba más entusiasmado, los meses para que los colaboradores volvieran se le hacían cada vez más cortos porque entre la bicicleta y el colegio pasaba los días ilusionado. Un día como otro cualquiera después del Rmadurin, apareció una especie de pájaro gigante en el cielo que hacía ruido, no daba crédito a lo que veía y su sabio hermano le explicó que era un avión, a él esa palabra le sonó a chino.

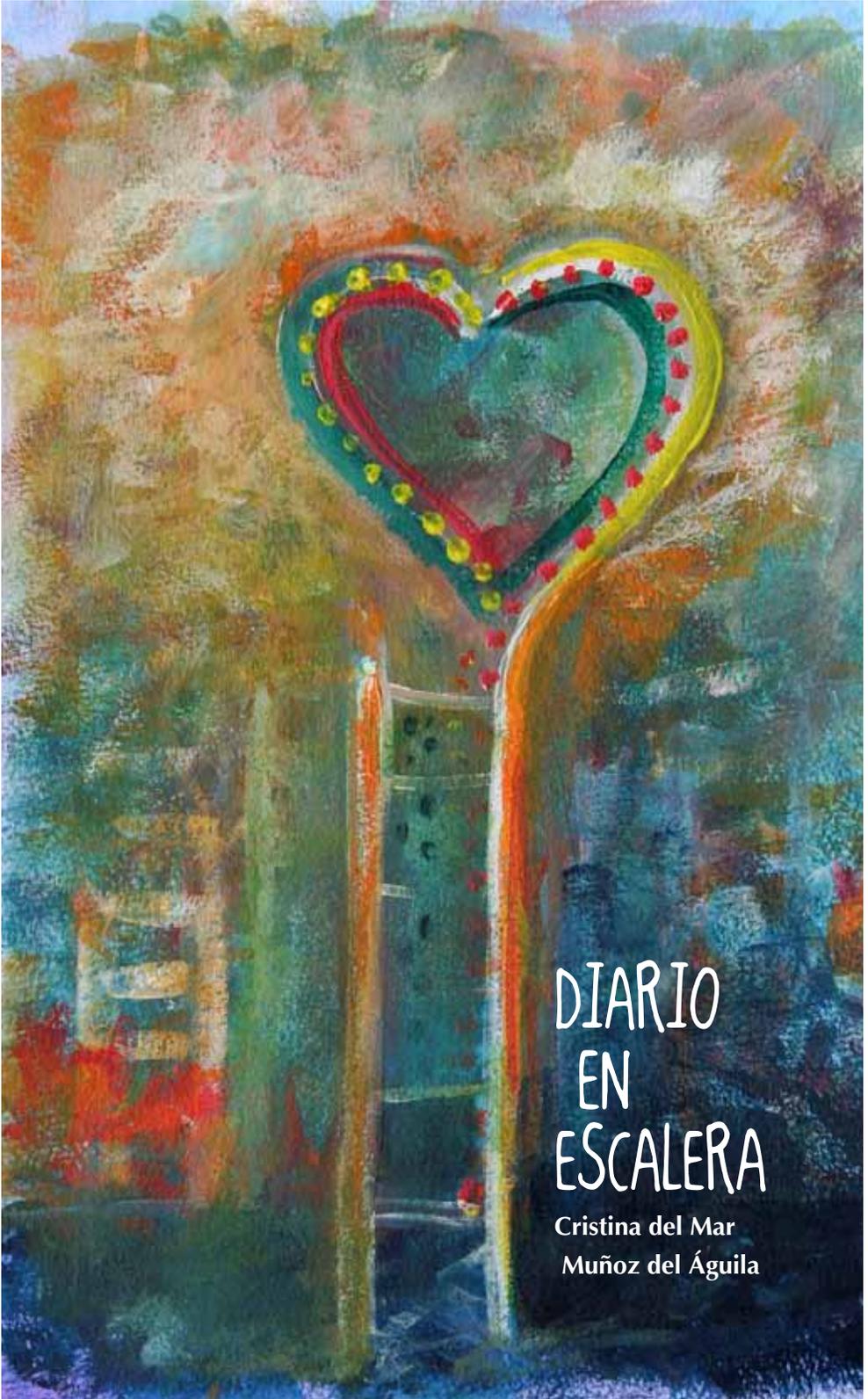
Su hermano le dijo que en el avión estarían las personas que tanto le habían ayudado, se ilusionó. Por fin estaban aquí, ¡Madre mía! Tenían comida deliciosa, unas botellas de agua, unas redes anti malaria, otro médico entrenado, vacunas para la malaria y unas semillas para plantar. El hermano de Siphwe le dijo que los de la ONG le habían dicho que gracias al los doscientos euros de un niño habían conseguido todo eso.

Ahora Siphwe tenía comida y una bici, podía ir al colegio, lo tenía todo.

Pasaron los años, Siphwe fue un gran estudiante y con su bici se convirtió en ciclista. De los quinientos mil dólares que ganaba una cuarta parte iba destinada a niños como él en África.

Desde entonces Siphwe Húngara es uno de los ídolos de los niños africanos, además compitió unos años con Daniel en el ciclismo internacional y ambos siguen repartiendo bicicletas

Y así, con Siphwe como héroe, esta historia acaba.



DIARIO
EN
ESCALERA

Cristina del Mar
Muñoz del Águila

SECUNDARIA



Querido diario (lo escribo de forma irónica, por si no se nota), hoy he descubierto que soy adoptada, y la verdad, no me hace mucha gracia que digamos. Me he despertado creyéndome española y me voy a acostar sabiéndome marroquí. A mis trece años, mis padres han decidido decirme que ellos no podían tener hijos, así que optaron por la adopción.

También me han dicho el nombre que tenía en mi país: Izdihaar (que según ellos significa prosperar o florecer), y que al llegar a España me inscribieron con el que hasta ahora creía mi único y verdadero nombre: África (ahora lo entiendo, muy gracioso); y también me dijeron que no saben quienes son mis padres biológicos, que en el orfanato les dijeron que, simplemente, un día apareció en la puerta un bebé tapado con una manta y llorando...

Mis padres me han pedido perdón por haberme hecho esperar tanto tiempo, pero que algún día me habría enterado. Sé que me quieren y yo a ellos, pero no puedo evitar enfadarme y ponerme así; toda mi vida se me viene encima...

Mis amigos y amigas, tarde o temprano se tienen que enterar, y la verdad, no sé cómo van a reaccionar; tengo miedo a que me rechacen. Creo que no se lo voy a decir...

Querido diario (no estoy de malas, es que me ha hecho gracia), hoy, al despertarme, no he podido evitar ver a mis padres y echarme a llorar. Me duele pensar que al ser adoptada, ellos no me quieren, pero

me han dicho que no vuelva a decir eso ni en broma, que yo soy la hija que siempre desearon. Yo también los quiero muchísimo (siempre he pensado que los verdaderos padres no son los que te engendran, sino los que te cuidan y te quieren).

Creo que hablar con ellos me ha venido bien, pero sigo pensando que no quiero que mis amigos y amigas sepan que soy adoptada, por el momento...

Querido diario (ja, ja, ja), hoy se me ha despertado la curiosidad; no sé gran cosa sobre mis orígenes y la verdad, quisiera informarme así que me puse a buscar en Internet información... Solo diré una cosa, ¡pero qué machistas! Sabía que las mujeres debían llevar velo (y no me gustaba ni un pelo), pero lo de que solo puedan salir a la calle acompañadas de un hombre de su familia y que sus padres acuerden el matrimonio; eso ya es que me parece increíble, yo no podría someterme así a un hombre; primero sería mi padre y después mi marido. Que no me daría a mí la gana, preferiría que me mataran (y eso es exactamente lo que harían...), me dan escalofríos solamente de pensarlo.

También leí más cosas que, bueno, preferiría no comentar... Luego, se lo conté a mis padres; verme tan indignada les hizo gracia. Más tarde, me explicaron que cada país tiene sus costumbres, y que aunque no nos gusten, hay que respetarlas (en eso estoy de acuerdo). Creo que ya no me afecta tanto lo de ser adoptada y tampoco creo que a mis amigos y amigas les importe, ¿no?

Querido diario (ya veo hasta normal poner esto), hoy me he sentido afortunada de tener doble nacionalidad. España me encanta, pero siempre he sentido deseos de viajar y ver mundo, así que he decidido pedirles a mis padres que me lleven a Marruecos. Al principio, me han mirado con cara de sorpresa, pero luego han dicho que vale, así que en cuanto compremos los billetes y sepamos qué día es, haremos las maletas. Aunque las costumbres no me gusten mucho, las respeto, y aparte, me parece un lugar precioso, según las fotografías que he visto en Internet. Sé que este viaje va a ser inolvidable.

Ahora, incluso me hace ilusión decirles a mis amigos y amigas que soy adoptada, para poder enseñarles de donde vengo; aunque estos trece años contigo, España mía, no me los quita nadie, y realmente, me siento española.

Querido diario, ya sé que llevo unos cuantos días sin escribir, pero es que he estado liadísima, preparando mi equipaje con todo lo necesario

para ir al país que me vio nacer (que profundo ha sonado eso). Si no fuera tan lenta e indecisa, habría terminado antes, pero es que no sabía por dónde empezar; creo que he tenido el tiempo justo: mañana nos vamos. ¡Qué bien!, estoy muy nerviosa. No creo poder dormir esta noche, pero bueno, supongo que la espera tendrá su recompensa. Seguro que a mis amigos y amigas les encantará saber sobre mi viaje y mis raíces.

Uf, son las cuatro de la mañana y no puedo dormir... ¿Qué hago mientras espero?...

¿Esto debería ir aquí o en el próximo día?... Bueno, vamos a dejarlo...

Querido diario, ¡ya estoy aquí! Antes de contar lo que me ha pasado, debo empezar desde el principio. Cuando estaba en el avión, del aburrimiento que sentía y del sueño que tenía, me quedé durmiendo... Al llegar a tierra firme, me puse como loca a gritar y saltar, pero me llamaron la atención (aguafiestas), así que he decidido no volver a hacer eso. Luego, dejamos los equipajes en el hotel (que es una preciosidad).

La chica de recepción resultó ser española (supongo que "españoles por el mundo" hay muchos) y nos aconsejó que no fuéramos vestidos demasiado llamativos y que no llamáramos mucho la atención, sobre todo mamá y yo (costumbres...). Nuestro hotel está en la capital, una ciudad llamada Rabat (es grande y muy bonita). Allí visitamos lugares muy turísticos: el Palacio Real, la torre Hassan, la necrópolis de Chella, la mezquita de Agdal... Hemos hecho muchísimas fotos y nos lo hemos pasado genial, pero resulta que hemos acabado muy cansados de la caminata, así que por hoy ya está bien, toca descansar, mañana será otro día (iremos a Casablanca).

Cuando vuelva al instituto, mis amigos y amigas van a alucinar con todo lo que les voy a contar.

Querido diario, hoy hemos ido a visitar Casablanca (la capital económica del país). Allí todo es más lujoso que en cualquier otro lugar que yo haya visitado alguna vez. Pero eso no significa que sea un lugar precioso, que al igual que la capital, también tiene costa y monumentos históricos; que por cierto, he visitado hoy. La mezquita de Hassan II, la Catedral del Sagrado Corazón, la plaza de Mohamed V, la antigua medina, el mercado central... Hoy también hicimos muchísimas fotografías. Cada día me gusta más Marruecos; pensaba que no sería muy espectacular, pero ha resultado ser increíblemente hermoso, y sus gentes son muy acogedoras y simpáticas. A mis amigos y amigas no les quedará más

remedio que aceptarme tal y como soy, porque si no es así, me sentiré realmente insultada; creo que me siento en parte, de aquí. Creo que en el ambiente noto que yo pertenezco a este lugar, de una forma u otra.

Querido diario, he decidido, no escribir más en los días que esté aquí y escribir todo lo que me haya pasado de una sola vez. Así que bueno, pues me despido por el momento: ¡hasta que el viaje termine!

Querido diario, ya estoy en casa... ¡Madre mía que viaje! Ha sido increíble. Todo es diferente a España, pero es hermoso. Sus ciudades, sus monumentos, su gente: todo. Aparte de Rabat y Casablanca, también visitamos otras ciudades: Kenitra, Mequinez, Dajla, Tánger, Safí... Todas con sus monumentos y sus cosas características. También probamos comidas típicas como el cuscús, bástela... Y los dulces están buenísimos, utilizan mucha miel y almendras. En definitiva, todo me gustó muchísimo y espero que a mis amigos y amigas también les guste.

Querido diario, hoy vinieron a casa mis abuelos y abuelas. Ellos también sabían lo de mi adopción (evidentemente). Ellos dicen que no les importa de donde venga, sino quien soy, y que para ellos soy su nieta, y eso no lo cambia nadie (tampoco nadie va a cambiar que ellos son mis abuelos). No hubiera podido tener una familia mejor que la que ya tengo.

Ser adoptada me ha hecho darme cuenta de muchas cosas y madurar. Ahora lo veo todo desde otro punto de vista. Aprecio más las pequeñas cosas de la vida que me hacen sentir bien y doy más importancia a lo que antes no se la daba. No siento vergüenza por lo que realmente pienso y definiendo hasta sus últimas consecuencias, mis ideales.

También conté mi viaje a los abuelos, que se quedaron encantados con las historias que les conté de Marruecos, las anécdotas y las fotografías. Si a ellos les ha gustado, a mis amigos y amigas les va a encantar.

Querido diario, hoy (por la mañana) los que vinieron de visita a casa fueron mis tíos por parte de madre. Les conté todo mi viaje, y al igual que mis abuelos, se quedaron maravillados.

Por la tarde, vinieron mis tíos por parte de padre. Y se quedaron como esperaba que se quedaran: fascinados.

¡Qué suerte la mía! Haber dado con mi familia es lo mejor que me ha pasado en la vida.

... Querido diario, mañana empiezo el instituto (2º de E.S.O.). Y mañana, también será el día que sepa si mis amigos y amigas son de verdad.

Después de un verano bastante ajetreado, con sorpresas, viajes, y también con tiempo para aprender cosas que, por lo menos yo pienso, son importantes. Han sido unas vacaciones que se me han hecho cortas y que serán irrepetibles. Mañana, por fin llega el día tan esperado por mí. Solo espero que todo salga según lo previsto. El primer día que supe el gran secreto, me enfadé, el segundo me puse triste, el tercero nació la curiosidad y el cuarto me puse feliz y quise viajar; he ido evolucionando y poco a poco aceptando lo que soy y de donde vengo. Ahora lo sé: soy mitad española mitad marroquí; y estoy muy orgullosa de tener doble nacionalidad (mi corazón partido en dos, uno para cada país; el que me vio nacer y el que me vio y me va a seguir viendo crecer). Tengo todo preparado para mañana: los materiales, la ropa que me voy a poner y la mente y el corazón también; estoy lista. No tengo miedo.

Querido diario... hoy... todo ha salido tal y como pensaba. Mis amigos y amigas son de verdad. Al llegar a clase, nos hemos saludado todos y nos hemos sentado; cuando el profesor ha preguntado si queríamos contar algo que nos hubiera pasado, yo he levantado la mano y cuando he contado que soy adoptada, todo el mundo se ha quedado sorprendido. Al principio, no se lo creían, pero después les he contado mi viaje y mis miedos. Entonces, todos vinieron a darme un abrazo. ¡Los quiero muchísimo!

Ahora sé que los miedos que tenía me los cree yo solita; quizá fui racista al pensar que me iban a rechazar por el país en el que nació; no era que no me fiara de ellos, entendí que de quién no me fiaba era de mí misma. Después de todo, no somos tan diferentes; yo respeto a todas las personas sin importar de donde vengan, pero creo que no es lo mismo sentirlo en una misma. Todo lo que me ha pasado, me ha hecho madurar y saber quien soy realmente: una chica que no tenía mucha confianza en sí misma y que al enfrentarse a algo tan delicado como que es adoptada, ha tenido que sacar fuerzas de flaqueza y crear una confianza y un respeto que antes no tenía. La vida me puso una escalera en el camino, hecha de miedos y prejuicios; poco a poco fui subiendo los peldaños hasta llegar al final, dejando atrás todo lo malo que había en mí.

Sé que ahora soy mejor persona que antes; tengo valores que antes no, y he comprendido otras muchas cosas que antes me parecían inexplicables.

Solo decir una última cosa: soy África, sin nada que influya en lo que pienso o lo que siento.

AZUL

Maria del Mar Martínez Pérez



SECUNDARIA



Azul. Pequeñas pinceladas blancas de suave espuma parecen querer revelarse contra la marea que las llevará a otras costas, tal vez abruptos acantilados en los que su viaje acabe, tal vez arenas blancas salpicadas aquí y allá de pequeñas conchas, tal vez mi casa. Mi hogar, fugaces recuerdos de toda una vida, recuerdos exageradamente felices cuando uno sabe que no va a volver.

Elegí mi destino, posiblemente el destino me eligió a mí, sin duda prefiero pensar que mis aciertos y mis fallos los guía una mano altiva y poderosa a un simple mortal sin casa, sin familia, sin vida, como lo soy yo ahora.

¿Qué hacer cuando no te queda nada?

Preguntas retóricas como esta vienen a mi cabeza constantemente, sin orden, sin coherencia.

Preguntas como esta son las que los famosos pensadores europeos, esos de los cuales hablan tanto por aquí, no se plantearon nunca, rodeados como estaban de opulencia y satisfacción. Lo que escribiera un simple campesino solo y viejo, nadie lo tendría en cuenta, aunque pensándolo bien solo los privilegiados sabían escribir.

Culpa de la sociedad, esta sociedad en la que ahora vivo y que tanto era alabada en mi hogar. Ahora, en este lugar, donde ya no sirvo para nada, donde a la gente no le falta de nada, escribiré mi historia.

Una historia para mis hijos, para mis nietos, para más generaciones que vengan después de estas, porque ya no me recordarán pero tendrán en su posesión este escrito, esta especie de cuento para ellos, que pueda servirle en su vida sería la más ansiada victoria en mi vida aunque ya no esté, existe un lugar desde el que los veré haciendo sus vidas, formando su familia sin que ni siquiera pienses que hay alguien observando sus movimientos.

No pretendo divertir a un mundo ávido de suculentas tramas policiales en las que las muertes son lo más divertido y no se puede encontrar ninguna enseñanza aunque busques muy a fondo, ni de espionaje, ni de amor, ni de locura. Nadie en este mundo querrá leer una historia sencilla, tan sencilla como la vida misma, como mi vida, una historia que le puede haber pasado a cualquier persona de allí que viniera o incluso cosas peores pero no quiero comparar ni hacer de mi vida algo con lo que competir.

Pero yo no soy cualquier persona para ellos. Soy su familia y ellos escucharán mi vida con atención y si por lo menos uno de ellos lo lee y sabe sacar el verdadero sentido, tendrá más sentido narrar sobre unas cuantas hojas de papel una vida, sin muchos detalles, pero una vida al fin y al cabo.

Azul... Un destello entre las tinieblas... Sí, unos ojos... Mi primera visión de España...

Profundos ojos azules en una noche cerrada, ojos que me daban esperanza, una continuación de donde venía, del mar. Ojos exóticos, pues en mi tierra nadie poseía ese color en sus iris, más tarde descubriría que las mejores personas que pasarían por mi vida en este lugar tendrían los ojos azules, un azul muy claro, como el cielo en un día de verano, como el mar en calma.

Mi vida era el mar, lo único que entendía, que podía comprender. Solo mi barca, mis redes, una suave ola rozando la madera y ya era feliz.

Quién diría que una barca, distinta a mi antiguo bote, me llevaría durante días de deriva continua, días de sed y hambre, no había horizonte ninguno, solo una extensión de profunda agua que no tenía fin, agua, más agua, días, más días, cada vez dudaba más del testimonio de aquellos sucios rateros que nos vendieron el viejo continente como una cuna de posibilidades, de oportunidades, de vida próspera.

En ese momento solo estaba allí, rodeado de otras 20 personas tan pestilentes e inmundas como yo. No podía fijar mi vista en ellas pues

me hubiera estremecido de pena, odio y rencor y habría perdido el control de mis emociones y sucumbir en ese abismo era lo último que me podía permitir. Perdí la cuenta de los días, mi cuerpo ya no sentía nada, estaba completamente vacía, solo una promesa de ayuda a mi familia era lo único que me mantenía despierto, lo justo como para que no me tiraran por la borda para aligerar el bote. Pero caí, perdí el conocimiento, debíamos de estar muy cerca de tierra pues lo siguiente que vi. Fueron esos profundos ojos que tiraron de mí hacia la vida. Había llegado a mi destino, me esperaba la tierra de las oportunidades y de las promesas. Allí empezó todo, una nueva vida, no recuerdo muy bien si estaba preparado para aquello, tampoco tenía ocasión para echarme para atrás, no se podía volver al pasado. Así que ahí estaba yo de vuelta a tierra, sin amigos, sin casa, sin familia.

A partir de ese momento pasaron muchos años sin saber de todos los que se quedaron al otro lado del mar, solo con una pequeña cantidad de dinero que podía mandar todos los meses, los meses que tenía. En ese tiempo predominó en mí el miedo, la desesperanza y la añoranza, sentimientos casi nuevos en un joven salido de un pequeño poblado que nada sabía de nuevas tecnologías, automóviles o incluso técnicas médicas no muy avanzadas.

Llevo más de 40 años en España, y mis hijos y nietos saben que también he sido feliz aquí, han pasado muchas cosas y los primeros años fueron los peores, he vivido muchos años con miedo a que me deportaran a mi país aunque ahora estoy tranquilo porque mi familia está a salvo, por haber nacido aquí son españoles y tienen los mismos derechos y deberes que cualquier otra persona, han ido a colegios donde poder aprender a leer, a escribir, a hablar un idioma bastante difícil para mí aunque ellos ya lo manejan con una soltura envidiable.

Soy feliz porque he podido darle a mi familia una vida buena y próspera en un país rico, desarrollado aunque para ello haya tenido que vivir situaciones difíciles de afrontar.

El racismo y la intolerancia por la que he tenido que pasar durante mi vida aquí se va difuminando cada vez más, se funde con los distintos colores de piel que conviven en esta ciudad, en este país, en este mundo.

Nadie es superior a otro, todo el mundo debería de tener las mismas oportunidades para estudiar, formarse y llegar a ser lo que quiere.

Nadie debe discriminar a otros, sea cual sea el motivo que le lleve a esa situación, porque hoy estás aquí pero quién sabe donde acaba-

rás tus días. Quién me diría a mí que acabaría mi vida en otro país, en otro continente, que cruzaría un mar, que viviría en un bloque de pisos cuando nací y viví bastantes años de mi vida en una casa de adobe. Este es el juego de la vida, nunca sabes donde puedes acabar o empezar una nueva vida.

Esta historia no tenía como fin entretener si no enseñar.

No pretendo contar todas las vivencias de mi insignificante existencia, ya que es muy larga y han ocurrido muchas cosas tanto buenas como malas y supongo que sería bastante aburrido releer esas partes de mi vida cuando se las he contado tantas veces que la realidad y la ficción se difuminan en un mismo tiempo.

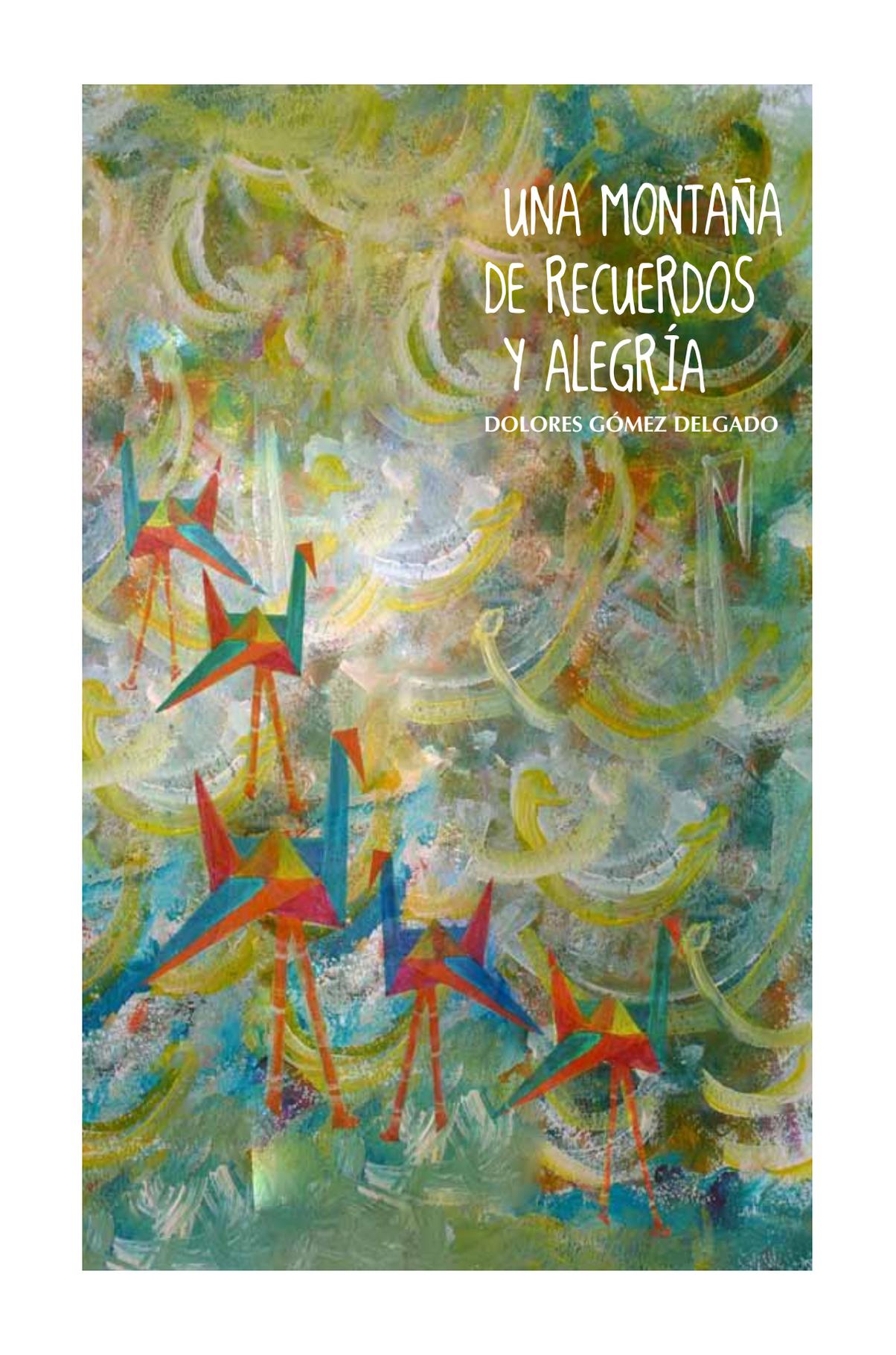
Momentos tristes y decisivos en mi vida, momentos duros, mucho trabajo, momentos felices, la sonrisa de cada uno de mis hijos recién nacidos, por esos breves momentos merece la pena luchar y vivir.

Quiero que esta, mi historia, sea una enseñanza, una moraleja hacia las futuras generaciones. Llegaréis a ser lo que deseéis con esfuerzo, trabajo y dedicación, querer es poder y si sois capaces de anteponer lo necesario a lo divertido, si tenéis esa fuerza de voluntad que normalmente falla en este primer mundo, seréis lo que queráis.

Recordad todo lo que hemos pasado para llegar a este lugar, a ser aceptados por esta sociedad sin ningún reparo, eso ya no es una utopía, es una realidad y no podemos retroceder, no podemos volver al pasado y vivir aislados, no ser reconocidos, no importar a nadie, tenemos un lugar aquí, es vuestro hogar, vuestra casa, sois españoles. No hay que guardar ningún rencor a nadie, una de las cosas más importantes en la vida es saber perdonar y olvidar, no vivir con una sensación adentro que no te deje actuar como tú eres.

Yo ya no tengo mucho más que decir, siento que el final de mi vida está llegando, veo sombras de la muerte instaladas por las esquinas y rincones de mi casa.

Espero que en el tiempo que me queda de vida pueda seguir recordando con alegría esos fugaces momentos en mi verdadero hogar, esos azules recuerdos.

An abstract painting featuring a dense composition of swirling, organic brushstrokes in shades of green, yellow, and blue. Overlaid on this background are several colorful, geometric, star-like or crystalline shapes in red, blue, and green, with thin, reddish-brown lines extending from their centers, resembling stylized figures or structures. The overall effect is vibrant and textured.

UNA MONTAÑA
DE RECUERDOS
Y ALEGRÍA

DOLORES GÓMEZ DELGADO

SECUNDARIA



Un cuadrado perfecto entre mis manos y novecientas noventa y nueve sonrisas a mi alrededor.

No estoy muy segura de cuándo comenzó esta locura. Tal vez, el primer día en que vi. Una sonrisa. No, no puede ser, de eso no logro acordarme. Tuvo que ser mucho tiempo después. En ocasiones, pienso que comenzó el primer día cuando doblé a doblé convertí un papel en algo que me prometía mis sueños más deseados: navegar, volar... Puede que fuese el primer día en que vi sus ojos diferentes, cuando conocí su tenacidad absolutamente necesaria para sobrevivir. A pesar de las dudas, ahora estoy casi segura de que todo comenzó en aquella ocasión en que convertí una sonrisa en algo que se podía tocar. Voy a intentar contaros de la forma más ordenada posible cómo llegué hasta aquí, hasta este dilema, hasta esta decisión. Los protagonistas de las sonrisas que me rodean tendrían mucho más que contar, pero ellos no están aquí. Yo solo tengo sus sonrisas y mis recuerdos y os prometo que lo pondré todo a vuestra disposición.

De todos ellos, a la que más conozco es a la autora de la primera sonrisa. La conocí cuando ambas, aunque por razones distintas, estábamos perdidas y nos ayudamos a reencontrarnos. Ella se encontraba en un país extranjero, rodeada de gente que no tenía sus rasgos y que hablaba un idioma desconocido. Al principio no era más que una atracción para todos nosotros (me incluyo con vergüenza, pero es cierto). La novedad pasó igual que cualquier moda pasajera y cuando la vi caminar cabizbaja

y sola quise acogerla entre los míos, pero me costó mucho más trabajo del que imaginaba.

Con el tiempo ambas fuimos aprendiendo una de la otra, fui aprendiendo cosas que ella misma me contaba, al principio por gestos pero supo abrirse paso entre nosotros porque luchaba como diez españoles y demostró ser mucho mejor que nosotros en muchos aspectos. Al poco, todos comenzamos a llamarla Chus, no porque se llamase M^a Jesús, ni mucho menos, sino porque su nombre chino era tan difícil de pronunciar como de recordar y a mí me sonaba extrañamente a un estornudo.

Me habló de su país, China, un lugar lejano y remoto para mí, pero no para ella. Para ella era su hogar al que siempre decía que iba a regresar y que brillaba en sus ojos cuando lo mencionaba.

Me habló de su familia, dividida en diferentes lados del mundo, y de las migas, que había tenido que dejar atrás para seguir a sus padres a aquel país.

La frase que me abrió el apetito de proverbios la vi. Por primera vez escrita en una pizarra en el mismo instituto en el que conocí a Chus. “Si lloras durante la noche por no poder ver el sol, las lágrimas te impedirán ver las estrellas” Chus y yo, en uno de los ratos muertos que pasábamos en el instituto, comenzamos hablando de la lluvia y terminamos hablando de proverbios. Y conforme me lo contaba, iba construyendo con sus ágiles dedos una grulla preciosa con paciencia y precisión. El proverbio chino dice que si eres capaz de hacer y reunir mil grullas de papel puedes pedir un deseo. Pero yo quise ir mucho más allá, y mientras terminaba la primera grulla de mi vida supe que lo intentaría y que solo guardaría aquellas que fuesen acompañadas de una sonrisa igual de espléndida y sincera que la que me brindaba Chus en aquel momento. Así fue como me convertí en una cazadora de sonrisas. Y no ha sido nada fácil encontrarlas y reunir las; no porque la gente de nuestro entorno no sonría, sino porque nos trae sin cuidado la felicidad de los demás.

Cuando apenas tenía cinco grullas en mi caja de cartón comenzaron los exámenes finales de aquel curso y yo, acompañada de todos los estudiantes que me cruzaba, mantenía la concentración en eso. Pero hubo algo, un instante, un sonido, que me hizo recuperar todo mi interés por las sonrisas y olvidar los exámenes por un segundo. Me encontraba en la biblioteca enterrada entre apuntes de Física, Literatura y Matemáticas y a ambos lados, jóvenes de mi misma edad o algo mayores intentaban concentrarse como yo bajo la luz insistente y fría de aquella habitación enorme y abarrotada. Y ocurrió, el sonido de una risa me cortó a la mitad

de una fórmula que tendría que empezar de nuevo, pero no me importó. Más allá, en un sillón de aspecto muy cómodo se encontraba un joven en una postura absolutamente relajada, casi inapropiada para aquel lugar público. Era el único joven que parecía divertirse en aquel lugar y en sus manos portaba un simple... un simple cómic. Nada más. Lo observé con detenimiento y vi. Que seguía sonriendo. Arranqué un trozo de papel abarrotado de ejercicios y comencé a doblarlo hasta convertirlo en una grulla. Una grulla hecha de nombres de grandes escritores, fórmulas de física y ecuaciones donde guardé con cuidado la sonrisa.

Al pasar cerca del sillón de vuelta a la calle silenciosa lo vi: era un cómic de Mafalda. "Quino" ponía en la portada. Exacto, un argentino que había escrito tiempo atrás las bromas de Mafalda me había regalado una sonrisa. Abrí el cómic envidiando la sonrisa del muchacho y, sin fijarme mucho, comencé a hojearlo, y... de pronto, mi vista se paró en un bocadillo en el que relucía el proverbio hindú que tanto yo quería. Esta vez, fui yo la que sonrió.

Aunque tenía exámenes intentaba buscar siempre algún hueco para hacer deporte. Así que, un día en el que ya había estudiado seis horas, decidí ir a relajarme un poco y nadar. Cuando ya salía duchada y mucho más relajada me crucé con una curiosa pareja. Era un anciano, quien el poco pelo que conservaba lo tenía blanco como la cal y andaba erguido a pesar de los signos de avanzada edad. Llevaba cogido de la mano a un niño tan oscuro como la noche. En la tez del niño resaltaban mucho sus ojos llenos de ilusiones y su sonrisa inocente de dientes de leche. No paraba de saltar y le decía muy excitado a su abuelo: "Abu, abu, cuéntame otra vez. Porfa..." "Te lo acabo de contar Javier" decía el anciano.

Las probabilidades de que aquel niño fuese "sangre de su sangre" eran casi nulas y, sin embargo, el hombre no tenía la expresión de cansancio en el rostro al contestar, sino todo lo contrario. En él relucía la emoción de ver cómo su nieto se divertía con una historia vieja contada con cariño. El anciano cedió con una sonrisa deslumbrante, no por su dentadura precisamente, sino por la alegría de volver a contarlo.

"Vivía en una pequeña aldea un hombre que no sabía leer ni escribir y que tenía un gran dilema..." - contaba el anciano con voz grave ... quería escribirle una carta a su novia ¿verdad?" - dijo el niño sonriendo con la picardía de quien dice algo que no debe.

"Sí, claro. Él estaba enamorado de una dama, pero no sabía cómo decírselo..." - seguía el anciano con paciencia.

Por desgracia, se alejaron y yo me perdí en un autobús lleno de gente criada con viejas historias contadas con cariño. Pero de aquella jamás conocería su final. Así que, para no olvidar el comienzo y las sonrisas que la acompañaban, comencé a doblar con cuidado el folleto de un tenista que me habían dado en la recepción. Cuando acabé colgué la sonrisa de un anciano y de su nieto adoptivo en cada una de las alas.

Los exámenes terminaron y comenzaron las evaluaciones, se acabó el trabajo de los alumnos y ahora comenzaba el de los profesores. Y ellas se acercaban sin remedio. Fríos folios que portaban la sentencia de todos nuestros veranos, el fruto de todos aquellos meses: las notas finales.

Mi folio solo portaba un pleno de SB, tristes y sin más fundamento. Yo los miré con indiferencia y le di la vuelta al folio sobre el pupitre. Pero la reacción de mi compañero fue tan contraria a la mía que no pude pasarla por alto. Le entregaron las notas, las miró y derrochó toda su felicidad y su asombro en una sonrisa que brotó en su rostro. La sonrisa solo la había visto yo y era en ella en la que mostraba sus verdaderos sentimientos: el orgullo de la victoria, lo había conseguido. Para aquel chico, tres años mayor que yo, sacar todas las asignaturas era un logro que le había costado sangre, sudor y lágrimas. Era un tunecino del que no conocía más que las palabras que intercambia con un compañero de pupitre. Pero no hacía falta conocerlo para darte cuenta de que estaba luchando contra la etiqueta que le había puesto la sociedad por sus amigos, los lugares que frecuentaba, la vida que decían que llevaban sus padres... Él luchaba por salir de aquel agujero succionador y me alentaba la idea de que lo estaba consiguiendo, de que tal vez yo había contribuido aceptando aquel lugar que, al principio, nadie había aceptado, y aquellas notas eran el primer paso de todos los éxitos que le esperaban.

Me apresuré a copiar mis notas en un minúsculo trocito de papel y comencé a doblar. Cuando me encontraba en esta tarea vi. Que Chus, algunos pupitres más adelante, levantaba los pulgares con una pregunta entre las cejas fruncidas. "¿Todo bien?" preguntaba su expresión. Me apresuré a sonreír y contestarle que sí enérgicamente.

Para no olvidar nunca la sonrisa ni aquella expresión, cogí la grulla y la sellé con la sonrisa de triunfo de un tunecino al que no recordaría si no fuese por ella.

Pasaron las últimas semanas de curso y, perezoso, llegó el verano. Celebramos las buenas notas de muchos y las malas notas de algunos. Chus y yo invertimos la mayoría de las mañanas en ir a la playa, y allí:

hablar, nadar, jugar al voleibol, ligar si se podía y broncear nuestro cuerpo de la alegría y la libertad que vibraba en el aire aquel verano.

Tras una de aquellas mañanas, yo me encontraba en un autobús con el pelo destilando agua salada, con la mirada perdida en el mar que se veía por la ventana y con los pensamientos revueltos. Pero no cesaba de notar una mirada infantil, y ya que era insistente, opté por corresponderla. Al hacerlo, me topé con una pequeña mujercita de escasos dos años. Desde su cochecito y bajo un sombrerito veraniego me observaba con gesto de concentración. Era rubita y estimaba que extranjera, tenía la piel blanquita como la leche y los ojos del mismo azul del mar. Y sin más, me sacó la lengua con gesto burlón aunque inocente. Al principio me quedé perpleja, pero le respondí al gesto casi de inmediato, divertida. Y así comenzó una guerra de burlas y lenguas mostradas con una pequeña desconocida. De pronto, una risa estalló en el pecho de la niña precedida de una sonrisa. Unas carcajadas tan puras como cabía esperar, y yo, que no pensaba ser menos, comencé a reír también contagiada de aquella alegría tan absurda y me acordé de otra frase de las que te dejan marcada “lo maravilloso de la infancia es que todo en ella es en sí una maravilla.” Y así fue como una pequeña infante de rizos rubios y mofletes rosados me dio una sonrisa. Cuando su madre y ella se bajaban del autobús hablando en un idioma desconocido, yo fui hasta un asiento en el que lloraba su soledad un periódico abandonado, y haciéndome con la página de los chistes comencé a doblar las viñetas para conseguir la grulla que guardaría una sonrisa de verano.

La primera semana de Agosto incluso Chus se fue de excursión con una especie de comunidad de chinos en la que varias familias viajaban por el país para hacer turismo. Esa misma semana regresó mi hermano de su curso “Erasmus” en Alemania. Hacía mucho que no pasaba tiempo con mi hermano y, puesto que Chus no estaba para acompañarme a la playa, decidí que hiciésemos algo juntos. Y sin más de dos conversaciones, en menos de doce horas, ya nos encontrábamos llenando de ropa y comida para cinco días las mochilas de montaña. A mi hermano siempre le encantaron aquellos planes: escapadas a la naturaleza de forma espontánea y sin más previsiones. Sin ataduras ni horarios, comida y saco de dormir a los hombros “¿Qué más necesitas?” solía decir. Así que cogimos el pequeño coche de mi madre y nos lanzamos a la aventura.

Durante el viaje en coche me di cuenta de que mi hermano seguía siendo el mismo hippie de medio pelo con vocación de cura que había conocido siempre. Una mezcla extraña pero real. Mi hermano era el que

más fervientemente seguía la religión católica de mi familia, pero vestía como un desaliñado hippie, le gustaban las decisiones espontáneas, los viajes en los que no dependía de nada que no fuese lo que podía portar en una mochila y la naturaleza, por encima de muchas otras cosas.

El viaje se hizo ameno con Bob Marley acompañándonos, desde dentro de un viejo CD, gran parte del camino. Y llegamos a la parte más oeste de Cantabria en un tiempo que a mí me pareció demasiado corto.

No sé cómo, pero mi hermano tiene un talento especial en encontrar lugares preciosos y encantadores para pernoctar. Era un lugar entre árboles, lejos de las ciudades en un pueblo pequeñísimo y rústico en el que una anciana tenía una pensión. Las dos noches siguientes las pasamos en ruta, una ruta dura pero en muchos tramos agradable con lugares preciosos. El tercer día alcanzamos, después de un gran esfuerzo, nuestra meta.

La sensación de absoluta victoria y de triunfo que me atravesó como si de un torrente se tratase al sentarme en precario equilibrio sobre el vértice geodésico no se puede describir con palabras que yo conozca. Me recordó vagamente a lo que había visto en los ojos de mi compañero de pupitre dos meses atrás.

Mi hermano llegó y se sentó apoyando la espalda en una piedra con gesto cansado, pero con la misma triunfal expresión en el rostro, me cogió la mano y se puso a rezar el Padre Nuestro. Cuando acabó y la solemnidad se disipó me puse a reír a carcajada limpia, porque a mí me parecía tan apropiado ponerse a rezar en aquel momento como bailar "La Macarena". Y eso mismo es lo que hice aún entre risas, comencé a bailar "La Macarena" y mi hermano me siguió, no ofendido ni mucho menos, sino sorprendido y divertido por mi reacción. Yo creía en el mismo Dios al que mi hermano le rezaba, hablaba con él más a menudo de lo que me gustaba reconocer y lo respetaba, pero recitar unas palabras frías y sin sentido, predichas anteriormente por otro, siempre me pareció absurdo. Cuando acabamos, mi hermano no paró de sonreír y miró todo lo que quedaba a nuestros pies en aquel reducido espacio que significaba el culmen de nuestra victoria. Allí mismo comimos nuestros bocadillos y allí mismo guardé la sonrisa de mi hermano, una grulla hecha con una servilleta.

Volví de la escapada con mi hermano y Agosto llegó a su fin. Así comenzó la quincena de vacaciones que yo siempre había querido más porque significaba la vuelta de todos a casa y apurar al máximo todos juntos nuestros últimos días de libertad pasándolo bien a más no poder.

Y eso hicimos. Aquella tarde, la víctima fue mi casa pero sin duda mereció la pena. Refrescos, palomitas, chuches y pizzas, música y muchas ganas de pasarlo bien. Ambiente alegre y relajado en el que surgían conversaciones serias que podrían discutirse en cualquier reunión de la ONU. Nosotros no andábamos muy lejos, ya que era el mote mofante con el que nos llamaban algunos.

Lancé una mirada general y me di cuenta de que algo más de la mitad de las personas que allí nos encontrábamos eran extranjeras, de distintas creencias o procedencias. En aquella habitación con refrescos en la mano había una pareja de rumanos, los dos de familia ortodoxa; una argelina, que hablaba animadamente, era de religión y costumbres musulmanas; un brasileño que movía la cabeza al ritmo de la música, trataba a las bailarinas de samba como si de dioses se trataran; Chus que era china de familia budista; y el resto éramos españoles; algunos, cristianos y otros creían en la suerte o en nada. ¿Pero sabéis qué? Todos teníamos dos ojos y una boca, todos teníamos sueños y ganas de sonreír y de divertirnos.

Nuestra mayor broma siempre había sido escenificar los chistes de nacionalidades “Un francés, un inglés, un chino y un español...” se habían convertido sin remedio en “Un rumano, un brasileño, una argelina y un español...” o cualquier otra variante que era escenificada con humor y acababa con una carcajada general.

Entre rostros desenfadados y bromas constantes surgió un futuro tan poco probable como deseado en el que todos cursaríamos carreras importantes y variopintas, viviríamos juntos y todos juntos seguiríamos pasándolo de miedo. Pasamos aquella tarde entre bailes de amistad y alegría sin límites. Cualquier científico nos miraría con ojos clínicos y les echaría la culpa a las hormonas que todo lo incrementan. Yo, por una vez, echaré la culpa a la igualdad, a la amistad, a diez latas de coca cola y a un viejo radiocasete. A una grulla hecha con una foto que guarda la sonrisa de muchas naciones.

Siete. Siete son las sonrisas que os he contado y novecientas noventa y nueve podrían ser las que os contase. Pero los antiguos consideraban al siete como número que simbolizaba el todo; por tanto, lo dejaré aquí. Solo necesito encontrar una última sonrisa y decidir cuál será el deseo que completará el proverbio que tanto tiempo llevo persiguiendo.

Echo un vistazo a mí alrededor y me doy cuenta de que en esta habitación invadida por un ejército de grullas de papel está contada mi vida

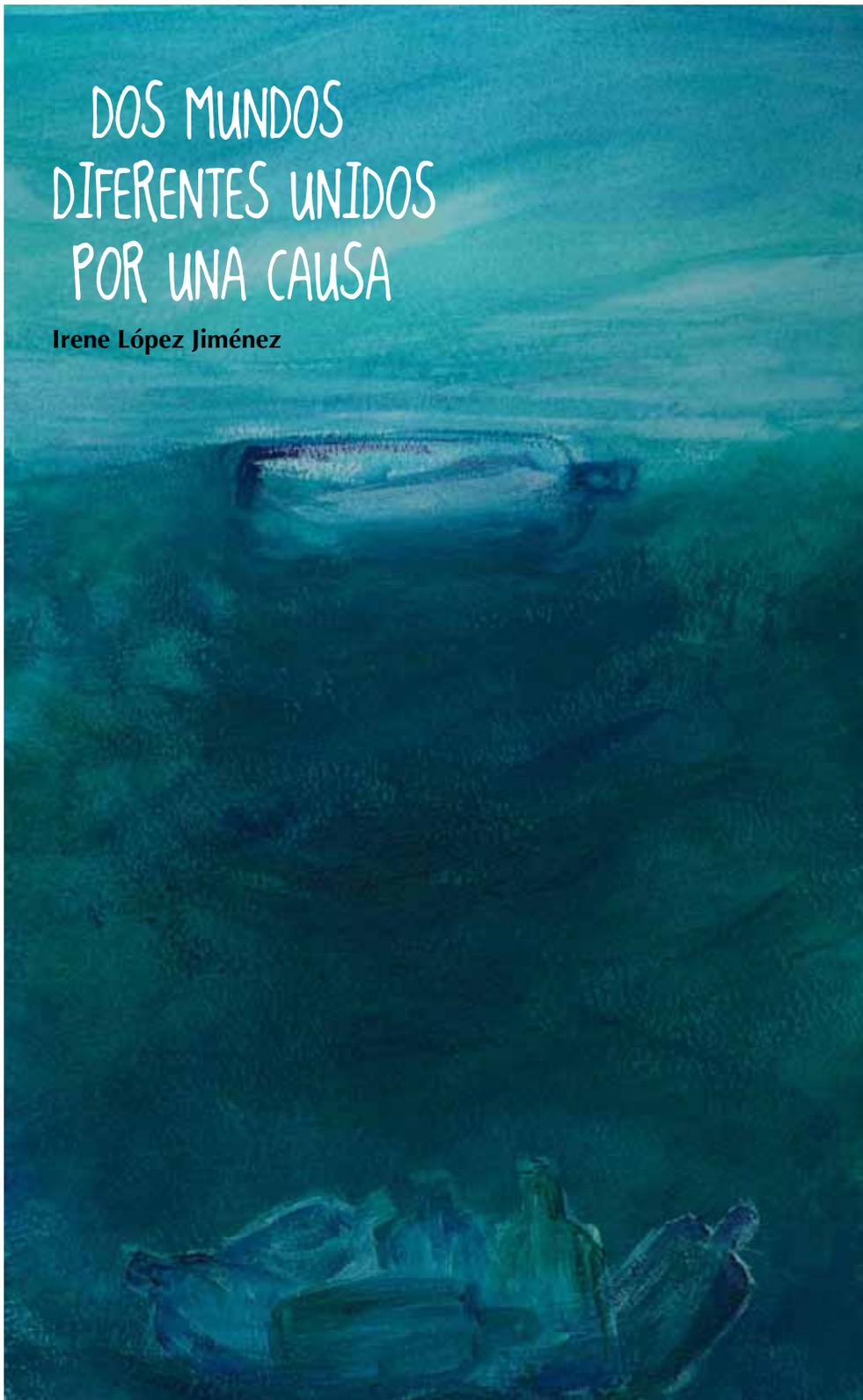
desde entonces. Varios tickets de autobuses cuentan todas las sonrisas que allí cacé; los sonrisas que provocaron las sorpresas y regalos de innumerables personas, como aquel cartel que empapeló la facultad en el que mi novio me gritaba que me quería; la canción que me había compuesto un gran amigo que conocí en una peregrinación a pie hasta Roma; una prueba de embarazo negativa de un buen susto que me dio el periodo en mi época universitaria; el papel de una chocolatina que me salvó del desmayo en una ruta por los Alpes; y muchos, muchos más... Y al ver todo esto reflejado en mi memoria y refrescado por lo que me rodea no puedo hacer menos que sonreír. Y he decidido que esa va a ser la sonrisa que sellará mi última grulla, la única sonrisa propia de todas las que aquí se encuentran. Cojo la sonrisa con cuidado y la fundo con el corazón de esta grulla, un corazón que tiene para mí una historia personal. Esta grulla la he forjado con la última carta que me envió Chus desde China. La añoro. Es la persona más distinta a mí que jamás he conocido y, sin embargo, es la mejor amiga que he tenido y tendré jamás.

En una ocasión, me contó que solo había conocido a una persona con la suficiente paciencia para hacer realidad el proverbio, su abuela, y me alegró conocer que su deseo se cumplió aunque Chus no consintió desvelarme cuál había sido.

Así que, ya he decidido cuál será mi deseo. Viajar hasta China y reencontrarme con Chus, contarle que lo he conseguido y que necesito otra de sus sonrisas para volver a comenzar, contarle que cacé mil sonrisas y fabriqué mil grullas reuniéndolas en una montaña de recuerdos y alegría

DOS MUNDOS DIFERENTES UNIDOS POR UNA CAUSA

Irene López Jiménez



SECUNDARIA



Alexandra era una niña bonita pero nadie se fijaba en ella por la ropa tan rota y sucia que llevaba. Alexandra tenía diez años, su pelo era largo y castaño y sus ojos eran verdes. Vivía con sus padres y sus dos hermanas en una aldea muy pobre donde las casas eran chabolas casi derruidas. Su padre se llamaba Manuel, él era muy bueno y se llevaba bien con todo el mundo. Manuel trabajaba en un comercio junto a la playa. El comercio no era suyo sino de un hombre rico que llegó a la aldea porque se había perdido.

La madre se llamaba Susana, ella también era muy bonita. Susana se dedicaba a cuidar a los niños de la aldea y enseñarles a leer y escribir, aunque lo había tenido que dejar por un tiempo porque tenía que cuidar a la niña que acababa de nacer. A la niña le pusieron Natalia. Manuel y Susana tenían otra niña más, Carlota. Carlota tenía cinco años.

Alexandra tenía solo un amigo, Luis, por eso ella estaba un poco triste. Los demás niños no querían ser sus amigos porque ella era marroquí. Alexandra y Luis jugaban en la playa, les encantaba que el mar mojara sus pies. Un día, mientras estaban en la playa se enteraron de que el padre de Alexandra se había puesto malo. Luis y Alexandra fueron corriendo a la casa. Cuando llegaron allí, Alexandra vio a su padre y rápidamente buscaron al médico de la aldea. Por el camino le contaron al médico lo que pasaba. Cuando llegaron, se quedaron a solas en la habitación Manuel y él para poder verlo mejor. In rato después, el médico salió de la habitación y les dijo que a Manuel lo tenía que ver un especialista porque

él no tenía material necesario y solo les podía decir que lo que tenía era realmente maligno y si no se trataba podía llegar a morir.

Susana y Alexandra estaban muy preocupadas porque no tenían dinero suficiente para que a Manuel lo viera un especialista. Alexandra estuvo pensando una solución, un rato después se le ocurrió que podía escribir mensajes en una botella y echarlos al río que había al lado de la aldea. En los mensajes ponía donde estaba lo que les estaba ocurriendo y que por favor la ayudaran. Mientras tanto, ella se encargaba el puesto de trabajo de su padre porque si no lo perderían y tenían que seguir ganando para comer. También Susana tuvo que empezar a trabajar para ayudar también a conseguir dinero. Ella se llevaba a Natalia al trabajo y allí la iba cuidando. Carlota también cuidaba a Manuel. A Luis no le gustaba que el padre de Alexandra estuviera malo y decidió que él también quería ayudar. Pensó que podría ganar dinero ayudando a los vecinos con las tareas.

Alexandra estaba preocupada pues no sabía nada de los mensajes que envió. Lo que había pasado era que todos se habían perdido en las profundidades del mar excepto uno que había ido a parar en las manos de una niña rica y superficial. La niña era Violeta, cuando le sintió compasión y le dijo que quería ir a ayudarlo. El padre de Violeta y Violeta fueron hasta la aldea en un helicóptero. Una vez allí buscaron a quién había enviado el mensaje, ya que sabían quien era la buscaron, pero cuando Violeta vio que era marroquí se negó a prestarle su ayuda y volvió a su casa. Una vez allí Violeta estuvo pensando mucho en prestarle su ayuda, pero seguía negándose.

Alexandra se quedó muy triste porque no le gustó nada que Violeta, porque fuera marroquí, no le ayudara. No obstante, Violeta no dejaba de pensar en ello, incluso había perdido el sueño pues se sentía culpable ya que ese hombre se podía morir por no querer prestarle su ayuda. En ese mismo instante salió corriendo hacia el despacho de su padre. Violeta muy cansada por la carrera, le contó a su padre la decisión. A su padre le costó entender el cambio repentino de idea que había sufrido su hija y por eso al principio le dijo que no, pero un poco después razonó y entendió la decisión de Violeta.

Juntos buscaron al mejor especialista y aunque les costó encontrarlo, consiguieron que aceptara en ir a ayudar a Manuel. Unas horas después, Violeta, su padre y el especialista ya estaban en la aldea. El especialista hizo lo mismo que el médico de la aldea: se quedó con Manuel a solas en la habitación. Pasó un rato y cuando el especialista salió, les dijo que

tenía malas noticias, que tenía un tumor en la cabeza y si no hacían una intervención quirúrgica, se moriría.

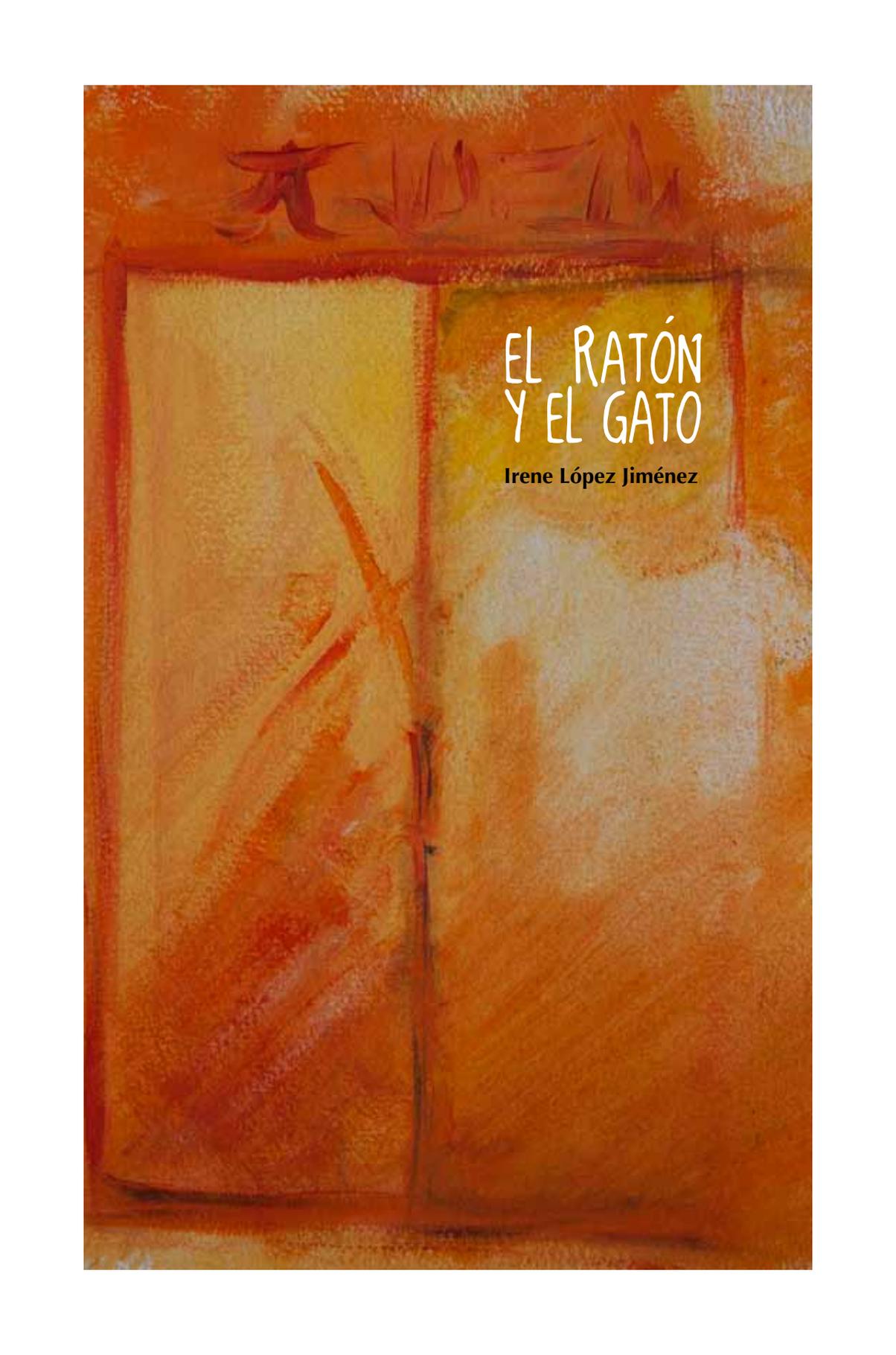
Alexandra se puso a llorar y Violeta le dijo que no se preocupara que ella y su padre harían todo lo posible para que su padre se pusiera bien. De repente el padre de Violeta dijo que tenían que llevar a Manuel a su casa y que debían operarlo. Alexandra le dijo que no tenían dinero suficiente y él reprochó diciendo que no le importaba, que él pagaría todos los gastos, que lo importante era que Manuel no se muriera y se recuperara.

Cuando estaba en la casa de Violeta fueron a ver cuando podían operar a Manuel. Allí les dijo que había un problema, que podía salir bien de la operación o que se muriera durante la intervención quirúrgica. Alexandra que no les importaba porque si no lo intervenían se iba a morir igual.

Llegó el día de la operación y todos estaban muy nerviosos, incluso Violeta, que al principio no quería ayudarles porque eran marroquíes. Pasó una hora, dos, tres y cuatro hasta que el especialista salió y les dijo que la operación había salido bien. Todos se pusieron muy contentos, aunque el médico les dijo que no podían ir a verlo porque todavía estaba bajo los efectos de la anestesia, pero que dentro de un rato sí.

Cuando pasó el efecto de la anestesia todos fueron a la habitación de Manuel. No hablaba pero estaba feliz. Pasaron semanas y Manuel pudo al fin salir del hospital. El padre de Violeta les dijo que se tenían que quedar allí y ellos aceptaron porque Violeta y Alexandra se habían hecho muy buenas amigas. Violeta le dijo a su padre que podían vivir en una de sus casas y al padre le pareció muy buena idea.

Fueron pasando los años y Alexandra y sus hermanos aprovecharon para ir al colegio y estudiar una carrera. Alexandra decidió que quería ser cirujana porque le gustaba curar a la gente. Alexandra y Violeta crecieron, se hicieron mayores y consiguieron sus metas, pero a pesar de haber crecido ellas no se separaron y siguieron muy felices. Alexandra se casó tuvo una hija. Un día decidió enseñarle el pueblo donde había nacido. Allí en la aldea se encontró con Luis, él también había tenido hijos. Juntos recorrieron toda la aldea recordando momentos, sobre todo horas jugando tan alegres en la playa como si hubieran vuelto a la infancia.



EL RATÓN
Y EL GATO

Irene López Jiménez

SECUNDARIA



-A ver, esta es la lista de materiales que necesitáis para Plástica. Por favor, comprad los materiales en una papelería, no me vale que vayáis ni a “los veinte duros”, ni “chinos”, ni nada, una papelería en condiciones.- dice Ismael, el profesor de Plástica.

<Pues esta tarde no me apetece salir> -suspiro.

Suena la sirena. Son las dos y media. Guay. Busco a Jean y a Paula, mis mejores amigos.

-¡Pau! ¡Espera!- la llamo desde mi pupitre. Me espera en la puerta y salimos juntas.

Más tarde se une al grupo Jean, el chico que me gusta. Es rubio con los ojos azules, y para colmo, es francés...

Por el camino, vamos hablando sobre lo que vamos a hacer esta tarde.

-¿Qué vais a hacer?- pregunta Paula.

-Ni idea... ¿y tú Jean?- lo miro con picardía.

-Nada. ¿Quedamos?- pregunta con su inconfundible acento francés.

-¡Sí!-contesto sin pensar.

-Ok- contesta Paula a carcajadas. Paula es la mejor amiga que alguien podría conocer.

Es increíble. La quiero muchísimo.

Acompañamos a Jean hasta su casa, y seguimos caminando Pau y yo.

De pronto, oigo que alguien nos está llamando. Miro hacia atrás y es Lino, mi “amiga la china”.

<Jo> -pienso. Me cae fatal. No la trago. Va de “santa” cuando es lo peor. Y es fea como ella sola. Puaj...

Se acerca y nos saluda:

-Hola.

-Adiós-respondo cortante.

-¿Os vais? -pregunta la muy tonta.

-Sí, ¿algún problema? -le pregunto. Está empezando a incordiar bastante.

-No, claro que ni-dice alegremente y se va.

Miro a Paula y le pregunto:

-¿Esta es tonta o se lo hace?

Empieza a reírse.

-¿Alas cinco?-me pregunta.

-Sí.

Estoy en la puerta de mi piso. Me despido de ella y subo a mi casa.

-Hola-saludo a mi madre.

-Hola, ¿te han dado algún examen?-pregunta incisivamente.

-No. Oye, tengo que comprar unos materiales de plástica. Así que he quedado con Pau y Jean.

-Vale.

Ya son las cuatro y media Comienzo a arreglarme. Me aliso el pelo también.

<Hay que estar guapa para Jean>

A las cinco menos cinco salgo de mi casa. Me esperan Pau y Jean.

-¿Adónde vamos? -pregunto.

-A los “chinos”. Me da igual lo que diga el maestro. No está la vida para tonterías.

-Pues vamos-corrobora Jean-Por cierto, estás muy guapa con el pelo liso.

Me sonrojo y muevo mi melena castaña. Pau se ríe y me imita.

Llegamos a la tienda y entramos.

¡SORPRESA! Está Lin.

<Pero bueno, ¿ésta qué hace aquí? ¿Es que no tiene otra cosa mejor que hacer que seguirnos?>

-¡Hola! ¡Bienvenidos! -dice alegremente.

-¿Qué? -pregunta Pau desconcertada.

-Aquí trabajan mis papás.

-Felicidades-digo con ironía.

Sonríe.

<Esta es tonta> -pienso.

Empezamos a correr y le damos esquinazo. La hemos dejado “con la palabra en la boca”.

Cogemos los materiales y nos dirigimos al mostrador.

Me han costado todos los materiales cinco euros “y pico”.

Salimos de la tienda y, otra vez, vemos a Lin, que está sentada en un barco enfrente de la tienda. Sonríe y nosotros pasamos sin saludarla. Me da asco.

Al día siguiente, llego al “insti” y veo que Jean no aparta la mirada de mí. Me acerco a él, y sin mediar palabra, me planta un beso.

-¿Quieres salir conmigo?-me pregunta dulcemente.

-Oui-confirmando en francés y le abrazo.

Pau se acerca y me da un abrazo.

-Lo teníamos planeado-me dice al oído.

-Tonta-le respondo con cariño.

Suena el timbre y entramos en clase. Me siento en mi pupitre veo a Lin. Me acerco a ella y le digo:

-Hola.

-¡Hola!-me dice muy sonriente.

-Mira, ¿ves a Jean? Pues es mi novio-le digo sin poder reprimir una sonrisa y prosigo-

Lo que tú nunca vas a tener.

Me mira y rápidamente baja la vista.

-¿Qué? ¿No vas a decir nada? ¿A que tengo razón? Nunca vas a tener novio.

Entra mi tutora y me siento otra vez en mi pupitre. La miro y me río. Otra vez baja la vista.

Esta primera hora pasa rápido y llega el “profe” Ismael, el de plástica.

-Tenéis que hacer la página 14. Hay que hacer un hexágono inscrito en una circunferencia. Hay que usar el compás y el lápiz de punta dura.

Saco mi cuaderno y el compás nuevo, y empiezo a hacer la ficha que ha mandado. Pero el compás es muy cutre, y se abre demasiado.

El profesor mientras está dando vueltas por la clase, examinando uno a uno los materiales de cada uno, y por desgracia, se acerca a mi pupitre.

-¿Qué pasa? ¿Problemas con el compás, señorita Daniela? ¿Dónde lo compraste?

-En... “los chinos” -contesto muerta de vergüenza.

- ¿Y por qué? Porque no será por que no lo dejé bien clarito. Dije que comprarais los materiales en una papelería, pero tú...

-¡Lin me obligó a que comprara los materiales en su tienda!

El profesor vuelve la vista hacia el pupitre de Lin.

-¿Es eso cierto? -pregunta extrañado.

Por un momento me siento desfallecer, pero para asombro de todos responde:

-Sí, fui yo. También obligué a Jean y a Paula.

<Dios, me ha salvado el pellejo.>

-Bueno, esta historia es muy rara, así que lo solucionáis vosotras-dice el profesor.

Al acabar la clase, me acerco a Lin y le pregunto:

-¿Por qué has dicho eso?

-Porque, bueno, quería ayudarte.

-Pues... no entiendo por qué. No somos amigas.

-Pero yo quiero ser tu amiga.

-Yo no.

-¿Por qué? ¿Qué te he hecho?

-Pues no lo sé, pero no me caes bien.

Este día ha sido muy extraño, pero uno de los mejores de mi vida. Me siento como una princesa. Pero me siento rara, porque jamás pensé que iba a estar saliendo con un francés. Me encantan los franceses con diferencia, y ahora más si cabe. Sin embargo, de otros países... nada. Tal vez un italiano o un alemán. Bueno ya que estamos, americanos también. Pero un “negro”, un “moro” o un “chino”... puaj. Están en mi lista negra

. Son casi las siete de la tarde y me aburro, así que decido ir a pasear. Jean no puede porque tiene que ir al conservatorio. Toca el piano. Otro motivo más para que me guste.

Y a Pau la voy a dejar tranquila por un día.

Me llevo veinte euros por si me da un arrebató y me compro algo obviamente, en los "chinos".

Paso por enfrente de la tienda de Lin y dudo un momento, no sé si entrar, me siento como avergonzada...

< ¿Pero qué digo? Pues claro que voy a entrar, me da exactamente igual la china "esa">.

Hay mucho surtido de artículos, pero todo es muy cutre. Realmente no sé ni porqué me digno a entrar en ese tipo de tiendas.

< La vida no está como para lujos>-pienso resignada>.

Veó una camiseta por seis euros muy mona. Aparece un osito de peluche

que me recuerda a Jean. Y es que aunque tenga catorce años, sigo siendo una niña. La cojo y me la pruebo. Me queda bien.

<Pues me la llevo.>

Voy al mostrador y está Lin.

-Hola- saluda muy apagada.

-Hola... ¿qué te pasa? -pregunto inconscientemente.

-Pues que...

-Me da igual, no me interesa. Bah, me voy. Total, camisetas de estas hay en "todos lados"-la corto tajantemente y salgo del bazar.

La verdad es que me siento mal, y no sé por qué.

< No me cae bien, no debo preocuparme por ella.>

Aún así tengo una extraña sensación.

Cuando llevo a mi casa, me conecto a Internet y me "meto" en mi Tuenti. Tengo un mensaje privado. Es de Jean. Esto es lo que dice:

"Tenemos que hablar"

<¿Qué querrá?>

Yo le contesto:

"¿De qué?"

Estoy muy preocupada. ¿Qué será lo que quiere?

Por la mañana me levanto con la hora “pegada al culo”. No he podido dormir nada y tengo mucho sueño.

Aún por la tardanza, llego temprano al “insti”.

Jean me está esperando junto a Pau y... ¡LIN!

-Hola, ¿qué querías?

-Aquí hay una persona que se siente mal. Y es mi amiga.-dice seriamente Jean mientras mira a Lin.

-¿Pau?

-¿Qué? -pregunta cortantemente mi amiga.

Miro a Lin desafiante.

<Vaya con la china.>

-No me parece justo. Yo soy francés y me aceptas como soy. ¿Por qué a Lin no? Es igual a nosotros-prosigue Jean con desdén.

-Pues... ¡NO LO SÉ! ¡NO ME AGOBIEIS!

Salgo corriendo. Una lágrima surca por mis ojos. Me siento culpable, pero no sé porqué, no aguanto a esa niña. Y lo peor es que nadie me comprende.

Las horas en el “insti” pasan lentas, como si alguien hubiera parado el tiempo. Cuando llego a mi casa no tengo apetito.

<Esa niña me va a amargar la vida.>

A las cinco y media salgo de mi casa para despejarme. Como siempre, tengo que pasar por enfrente del bazar de Lin. Me paro en la puerta y me fijo en que hay un cartel en la puerta.

<Soy yo.>

El cartel dice:

“Prohibido el paso a Daniela Abad.”

< ¿Pero qué?>

En la puerta como siempre está Lin. Me mira y se acerca a mí.

-¿Por qué me haces esto?-pregunta tristemente-Solo quiero ser tu amiga.

Se produce un silencio incómodo. No sé que hacer. La esquivo e intento entrar en la tienda pero ella no se aparta.

-¿Qué haces?-le pregunto.

-Lo que tú haces contigo. Cuando te “cierras en banda” y no permites que nadie entre a tu vida, a no ser que tenga ciertas cualidades. Y lo más

triste no es que a mí me hagas daño, sino el daño que te estás haciendo a ti misma. Yo vine aquí, a España, porque creí que me iban a tratar como a una persona y no como a un objeto, como allí en China. Mi vida allí era muy triste, todo el día metida en los talleres tejiendo ropa como la que tú llevas ahora. Pero gracias a un amigo de mi papá pudimos venir aquí. La verdad, si no llegamos a venir, no sé que hubiera sido de mí. En China estaba infravalorada, pero aquí no. Aquí todo es distinto. La verdad es que qué personas como tú me rechacen de esa manera... me duele mucho.

Las lágrimas empiezan a brotar de mis ojos; aún así, insisto de nuevo para que me deje entrar.

< ¿Y por qué quiero entrar yo aquí? Yo iba a pasear.>

Los días siguen pasando. Lo que me dijo Lin, me ha hecho ver la vida de otra manera.

Pero no soy capaz de hablar con ella, me da vergüenza mirarle siquiera a la cara. Y todavía siguen sin dejarme pasar a la tienda, aunque tampoco lo he intentado, no me apetece. Además mi relación con Jean no avanza mucho que digamos.

Hoy en el recreo, se me acercan Lin, Jean y Pau.

-¿Podemos ser amigas? -pregunta Lin.

Me levanto de donde estoy sentada y le abrazo.

-Lo siento. La verdad es que no sé porqué hice eso-digo arrepentida-lo siento de veras.

-No pasa nada-dice sonriente.

-Te veía tan buena persona, todo el mundo hablaba contigo, dejé de ser la popular de la clase.

-A mi también me pasó lo mismo que a Lin-dice Jean-pero tu siempre me aceptaste. ¿Por qué?

-La puta superficialidad.

* * *

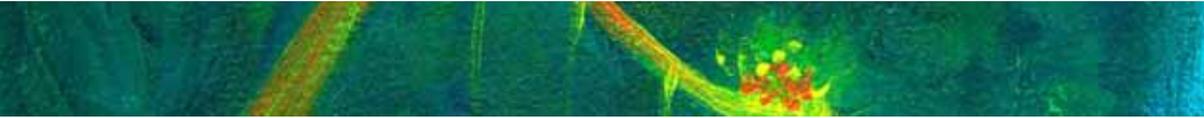
Esto para algunos, es sólo un relato, pero para otros, por desgracia, es una realidad.



BOSQUE DE PITAS

Moisés Salvador Palmero Aranda

NO ESCOLAR



Me desperté justo cuando el coche se paró. Al mirar por la ventana el sol me cegó, no lo esperaba tan intenso. Cuando mis ojos se adaptaron a la luz de Retamar pude ver que me encontraba rodeado de pitas. Mi padre no me había dicho donde íbamos o si lo hizo no le hice caso. Al final mi madre, como siempre, se había salido con la suya. Quería colocar un pitaco pintado de rojo en la terraza. Decía que sería un adorno muy chic, diferente a todos y que llegada la Navidad nos podría servir de un árbol moderno, original donde colgar nuestras bolas, que conociéndola también serían muy, muy originales. Desde que llegamos a Roquetas se lo había repetido cada semana pero mi padre siempre tenía alguna excusa. Esa mañana entró en mi cuarto y sin decir mucho más, me dio media hora para estar vestido y desayunado. Ahora ya estábamos allí, eligiendo un árbol de navidad en pleno mes de febrero. En aquel momento no caí, lo hice aquella noche, mientras intentaba dormir. Mi madre no había ido a elegir el pitaco pero lo que sin ningún lugar a dudas, demostraba que todo era una estrategia, es que luego no puso pega al que llevamos.

Mientras yo cortaba el pitaco elegido, mi padre hacia fotos del entorno, de cómo lo cortaba. Marcó la posición exacta con el GPS, para recordar su lugar de origen y mientras lo hacía me soltó aquella charla que recordaría semanas después.

Si te das cuenta, tanto la pita, como su flor, tienen grandes espinas. Son una defensa ante el mundo tan hostil donde les ha tocado vivir. Sólo florecen una vez en su vida, un sólo pitaco y luego mueren. Por eso

deben defenderse, porque un sólo descuido y no cumplirían la misión de su existencia, reproducirse. Si las miras de forma independiente las percibirás agresivas, ariscas, groseramente atacantes. Pero si las miras en su conjunto verás un gran bosque de pitas, que parecen elevar sus pitacos al cielo para rozarlo por una vez. Ellas tampoco eligieron venir aquí. Son originarias de México y se cultivaron en toda esta zona porque su clima es muy similar. Las querían para extraer el sisal, una especie de fibra con la que hacer cuerdas y una especie de alcohol...

Seguía hablando pero no le hacía caso. Lo ignoraba arrastrando el pitaco hacia el coche. Meterlo allí fue algo complejo pero eliminando algunas ramas pudimos llevarlo a casa. Quería que le ayudase a pintarlo pero me encerré en mi cuarto, como cada tarde, como cada fin de semana desde que llegamos allí.

Todo sucedió muy rápido. En pleno verano mi padre llegó a casa diciendo que lo habían trasladado a Roquetas. El nuevo curso lo empezaremos allí. Así que no me dio tiempo ni a despedirme de mis compañeros. No supe encajar aquel golpe que a mis quince años parecía definitivo. Mi vida se reducía a ir al instituto. La tristeza, la amargura con la que lo hacía, me hicieron pasar desapercibido ante mis nuevos compañeros. Unos meses atrás, en mi viejo instituto, yo tenía un lugar privilegiado, sacaba buenas notas, jugaba en el equipo de fútbol, mis amigos me respetaban. Era un chico feliz que lo tenía todo al alcance de la mano. Allí sin embargo era el chico triste, que forzaba sus sonrisas para salir del paso, que se encerraba en su cuarto a imaginar lo que estarían haciendo sus viejos amigos. Seguía teniendo todo al alcance de la mano pero había perdido algo de lo que nunca fui consciente que existía, la alegría de vivir. Me comportaba como un niño pequeño al que le habían quitado el único juguete que le gustaba. Todos se esforzaban en hacerme entender que la vida está llena de buenas oportunidades y que sólo la actitud al enfrentarte a ellas era la diferencia entre la tristeza y la felicidad. La excursión a recoger la pita fue uno de tantos intentos que mis padres habían intentado para hacerme entender lo que me negaba a ver.

Una tarde tocaron a la puerta. Nunca abría, estuviese solo o no en casa. Tampoco respondía al teléfono. Pero aquella tarde insistieron una y otra vez, hasta que no me quedó más remedio que abrir. Me encontré a mi vecino Paco con un perro entre sus brazos. Era un perro de aguas blanco, precioso.

Hola Carlos, perdona que te moleste, pero necesito tu ayuda. Me he encontrado este perro en la calle y me ha seguido. He intentado que se

marchase pero ha sido imposible. Yo no puedo quedármelo y además tiene una correa, así que tendrá que tener dueño. ¿Por qué no lo llevas a la perrera? Se llama la Casa de Juan. En este papel te ha apuntado la dirección. Gracias Carlos, ya me contarás. Hasta luego y saludos a tus padres.

Todo fue muy rápido. No me dio tiempo ni a abrir la boca para decir buenas tardes. Paco era un jubilado que vivía solo en la puerta de enfrente. Había sido profesor de secundaria dando clases de Biología en el instituto donde yo estudiaba. Alguna vez lo veía pasear dirección al instituto y me preguntaba qué tal me iba. Era un hombre educado y muy inteligente, siempre me dejaba alguna pregunta en el aire con la que entretener mi tarde.

En el collar del perro había un nombre, Poki, pero ninguna dirección. Parecía simpático y un poco asustado, así que lo metí en el patio. Yo no pensaba llevar el perro a ningún sitio. Cuando viniese mi padre que lo llevase en el coche si quería y si no, que se lo devolviese al vecino. Pero nada más entrar en casa, mis padres preguntaron por el perro. Habían visto a Paco en el portal y se lo había contado. Al descubrir el perro en el patio, se quedaron callados y a los pocos segundos empezaron a regañarme. Se negaron a llevar el perro a la perrera y a devolvérselo a Paco. Si no quería llevarlo yo debería hablar con el vecino, dar la cara. Mi contestación fue la misma de siempre, me encerré en mi cuarto dando un portazo y echando el pestillo. No cené aquella noche. Maldecía a Paco por haberme metido en ese lio, a mis padres por su reacción, al maldito pueblo de Roquetas, a mi maldita suerte.

A la mañana siguiente, era sábado, mi padre me despertó. Iba camino de Almería y si quería podía dejarme muy cerca de la perrera. A regañadientes accedí. Cuanto antes desapareciese el perro mejor para todos.

Imaginaba la perrera como un lugar lleno de jaulas, sucio, apartado del pueblo, pero me equivoqué. Era una casa a las afueras, con un gran jardín muy bien cuidado. Había varias mimosas para dar sombra. Las jaulas estaban muy bien cuidadas, limpias y pintadas. Los perros correteaban libres por todos lados. Lo más curioso de todo fue el personal que cuidaba a los animales, todos eran personas mayores, si no estaban jubilados poco les faltaría.

Nada más entrar a la finca Poki saltó de mis brazos y se puso a corretear con los demás perros. Pensé que lo mejor era que lo cogiese y que alguna de aquellas personas me dijese que hacer con él. Intenté

cogerlo pero se me escapó varias veces. Antonio, que en ese momento no lo conocía, se me acercó y me dijo.

No te preocupes, no pasará nada. Anda pasa por aquella puerta y encontrarás a Ana, una chica muy guapa, que te ayudará a rellenar los papeles. – Al entrar vi a una mujer mayor sentada en una butaca mirando por la ventana.

Perdone, ¿Ana?

Sí, soy yo, pasa y siéntate. – Al ver mi cara de asombro, añadió sonriendo- Sí, yo soy la chica guapa. Antonio es un galán que le gusta tirarles piropos a todas, es un caso. Siéntate, no seas tímido.

Me senté a su lado, mirando a través de la ventana. Los perros jugaban en el jardín. Habría como treinta y los ancianos jugaban con ellos. Me presenté y le conté porque estaba allí, pero no estaba muy pendiente de lo que decía.

Perdona ¿Carlos? – Asentí con la cabeza- Ves aquellas ramas en el suelo. Serías tan amable de llevarlas al contenedor de la puerta. Es que no podemos con ellas y llevan ahí por lo menos dos semanas. Muchas Gracias.

Sin tiempo a decir ni mu me vi. Arrastrando las ramas al contenedor, siguiendo los consejos de Antonio para no hacerme daño. Cuando terminé, entré a despedirme de Ana pero ya tenía otro encargo para mí. Subir las cajas con las latas de comida del sótano a la cocina. Luego, me tocó colgar unos cuadros que había en una de las habitaciones, regar los árboles, arreglar una puerta descolgada de una de las jaulas,.. Cuatro horas después de llegar Ana me invitó a un refresco y me convenció para que volviese la semana siguiente a pintar una de las vallas que cerraban el jardín.

Mientras volvía a casa me preguntaba qué había ocurrido, pero estaba tan cansado que comí y me eché a dormir una buena siesta. Por la tarde me sentía bien, más relajado, más alegre. Salí a dar una vuelta por el puerto y volví a casa cuando empezaba a oscurecer. La semana transcurrió plácida y por las tardes, encerrado en mi cuarto, me sorprendía pensando en aquel lugar.

El sábado por la mañana me levanté temprano y me fui a pintar. José y Nicolás que habían sido pintores durante casi cuarenta años de sus vidas, me lo tenían todo preparado. Mientras ellos pintaban las partes más bajas, a mí me dejaban las más altas.

Ya no estamos para subirnos a las escaleras, pero tú lo haces bien.

Cuando estábamos a punto de terminar vi aparecer a Paco por la puerta. Nicolás lo saludó con la mano.

-¿Lo conoces?

-¿A Paco? Hombre claro, él es nuestro veterinario – Sonreí al comprender que había caído en una trampa.

Una vez me había lavado la pintura de la cara y los brazos, Ana, que siempre estaba pendiente de todos, nos llamó para tomarnos un refresco. Nos sentamos en el porche los cinco y la conversación fue muy curiosa. Ellos contaban sus batallitas, sus historias, sus chascarrillos. Yo escuchaba atento como si llevase toda una vida a su lado.

Volví a casa con Paco y para entretener el camino le pregunté porque se llamaba la Casa de Juan.

En realidad se llama La Casa de Juan y Poki – me miró y sonrió- pero para acortar se habla de la Casa de Juan, algunos van más allá y la llaman simplemente la Casa. Juan era el dueño de esa casa. Murió hace cuatro años pero para ese momento ya era lo que ves. Él nunca pensó en montar una perrera pero a veces la vida te pone piedras en tu camino que cada uno salva como puede. Juan se quedó viudo muy joven, con apenas 53 años. En ese tiempo su único hijo estudiaba en Madrid, así que se acostumbró a vivir solo. Se veían en los días más señalados, ya sabes, las navidades y esas fechas, pero como no se llevaba muy bien con su nuera las visitas eran cada vez más distantes. Un año, su hijo, en un momento de lucidez le propuso a su padre que lo acompañase en sus vacaciones. Habían alquilado una casita en el Cabo de Gata y le pareció buena idea que pasase allí unos días con sus nietos. A Juan aquella propuesta le pareció una idea magnífica y estaba muy ilusionado con aquellas vacaciones. En lo que no había pensado su hijo era en su mujer, que se negó en rotundo poniéndole en una encrucijada, o las vacaciones con su padre o con su mujer y sus hijos. Él pensó que terminaría convenciéndola por lo que no le dijo nada a Juan. Cuando se acercaba la fecha de las vacaciones y viendo que su mujer no cedía, supo que tenía que decírselo. Pensó que sería mejor hacerlo en persona que por teléfono. Algo que le honra. Pero no se atrevió o algo falló en sus planes porque se lo vino a decir el mismo día en el que Juan esperaba con la maleta hecha a que viniesen a recogerlo. Ocho horas después de la hora convenida apareció su hijo en casa. Antes había dejado a su familia en el Cabo de Gata. Le explicó lo sucedido y aunque Juan pudo llegar a comprenderlo

se sintió el hombre más solo del mundo. Su hijo también lo pasaría mal, pero al fin y al cabo, la solución estaba en su mano.

Aquella noche, Juan contaba que su casa le pareció su propia tumba y que para no pensar mucho, salió a andar en dirección a la Urba de Roquetas. Al pasar por la gasolinera de Esteban se paró a hablar con él un rato, pero Esteban no estaba de buen humor. Alguien había abandonado a Poki aquella mañana y aunque le había alimentado todo el día sabía que allí no se podía quedar. Juan lo vio claro. Según nos contaba supo lo que pasaría por la cabeza de aquel perro porque un rato antes él se había sentido así, abandonado, solo, decepcionado por alguien en quien había confiado. Se lo llevó a su casa y le dijo a Esteban que él lo cuidaría hasta que llegasen sus dueños. Pero nunca lo hicieron.

Congeniaron rápidamente, pero no era difícil. De verse tristes, sin ilusiones, recobraban esa alegría que necesitaban para seguir viviendo.

Desde entonces existe este lugar. Poco a poco fueron apareciendo perros abandonados que necesitaban un hogar. Por eso Juan buscó la ayuda de sus amigos para poder mantenerlo. Esos éramos nosotros, hombres y mujeres con experiencia, que buscaban donde entretenerse para no desaparecer en el banco de un parque o en la butaquita de casa. Los perros son los únicos que nos necesitan de verdad o eso sentimos nosotros. Y no es poco sentirte útil con lo aprendido en la vida, valorado con sus juegos, sus caricias, sus ladridos. Es muy importante para gente de nuestra edad.

Ya iba entendiendo todo un poco más pero quería escucharlo de sus labios.

-¿Y por qué llevaste a Poki a casa? – sonrió.

- La respuesta la sabes, pero si quieres escucharlo lo diré. No te enfades. Viéndote cada día me recordabas un poco a él. Hay muchas diferencias que salvar pero en lo más hondo de tu corazón te sentías como Juan, como Poki, como otros muchos. Solo, incomprendido, triste, apático, abandonado. A veces olvidamos las cosas importantes de la vida por pequeñeces sin importancia. Les pregunté a tus padres por ti y los pobres estaban desesperados, así que se me ocurrió que devolverte la alegría a cambio de tus habilidades era un buen trato. Y parece que no me equivoqué.

En ese momento comprendí el esfuerzo de mis padres. Le conté la charla de la pita cuando entrábamos al portal y subiendo en el ascensor me dijo.

Las pitas, como todos nosotros, tenemos nuestros mecanismo de defensa, pero si sabemos acérmanos veremos que hay formas para evitarlos. Sólo hay que saber hacerlo y sobre todo querer. Nos vemos la semana que viene. Saludos a tus padres.

La Casa de Juan y Poki cambió mi vida. Me hizo ver el mundo más amable de lo que era y me enseñó que la energía gastada en defenderse de unos ataques inexistentes sólo desgasta nuestras ganas de vivir.

Durante aquellos tres años que viví allí colaboré con ellos y vi. como llegaban gente tan perdida como yo. Allí conocí a Teresa una madre soltera que llevaba a su hija a jugar con los perros y sus numerosos abuelos, mientras preparaba las latas de comida del sótano; a Sara que se refugiaba cada tarde para no ver a sus padres pelearse; a Johnny un ecuatoriano que llegó buscando un futuro mejor y se encontró con una vida sin él; a Mohamed que vivía entre cartones y que allí aprendió diversos oficios gracias a la experiencia de los jubilados. Una pequeña familia bien avenida, dedicada al cuidado de perros abandonados y gente perdida.

Ahora desde la distancia del tiempo, lo considero un lugar mágico, donde entrabas triste y salías cargado de ganas de vivir.

En la Casa de Juan
crecerá un Bosque de Pitas,
Donde colgaremos las fotos, los recuerdos, los sueños,
que suavicen sus duras espinas.
Entre sus ramas, llegaremos a
tocar el cielo, con el que sueñan nada más nacer
las personas que tienen la suerte de poder envejecer.

EL PUENTE DE LA CONCORDIA

Cesar Vagas Fernández



GENERAL



Caía la noche. Helaba. Hacía un frío horrible.

Pituca se hallaba en un rincón de una oscura calle en una oscura aldea. Todo allí era oscuro, como sus habitantes, que se escondían pavorosos durante el día, huyendo de la luz del sol y temiendo ser vistos. Con apenas quince años, su piel, oscura durante el día, se volvía nacarada en las frías noches de luna, cuyos rayos cálidos y pálidos pintaban de blanco sus tristes facciones, que por unos minutos se tornaban níveas y brillantes.

“*Ojalá no hubiera nacido en Umbrinia*”, pensaba *Pituca*, muerta de frío, en ese oscuro rincón, mientras clasificaba las plantas y hierbas medicinales que había recogido, horas antes, alrededor de la aldea, dentro del tenebroso Bosque Negro, en cuyo interior se hallaba Umbrinia.

“*Ojalá hubiera nacido en Solania, y tuviera una piel blanca como el nácar, y pudiera salir de día a correr bajo los cálidos rayos del sol y disfrutar de su luz*”.

Los habitantes de Solania tenían una piel pálida y sonrosada, y hacían sus vidas durante el día, alegres y desenfadadas, al amparo de la tibieza del sol.

Solania y Umbrinia eran dos pequeñas aldeas separadas por un río, antaño unidas, según la leyenda, por el Puente de la Concordia, llamado así porque unía ambas aldeas, cuyos habitantes vivían en paz compartiendo el río y pasando de una a otra población indistintamente. También se decía que la aldea de Umbrinia cayó en maldición, un enorme y espeso

bosque creció a su alrededor, el Bosque Negro, y el puente fue destruido, quedando sus habitantes aislados del mundo exterior y obligados a vivir en nocturnidad, durmiendo durante el día y realizando sus actividades por la noche. Los solanienses consideraban a los umbrinianos casi como demonios, seres horrendos y negros que vagaban por las tinieblas de la noche, confinados en su mundo infernal. Los umbrinianos consideraban a los solanienses afortunados., benditos por los dioses, de gran belleza, de piel blanca que representaba su pureza. Ambos aldeanos tenían terminantemente prohibido cruzar hacia la otra ribera.

Aquella fría noche *Pituca* sintió la llamada de la luz, del calor del sol, del jolgorio y de la alegría procedente de Solania, que tantas veces había escuchado mientras dormía, durante el día, y que se filtraba por las ventanas de sus aposentos. Un impulso irremisible la empujó a salir de Umbrinia, a dejar esas calles umbrías y frías y a cruzar el río, pues anhelaba sentir la fuerza y el brillo del sol, llevar una vida como los solanienses.

Cuando llegó a Solania aún era de noche. Las calles estaban desiertas, sus habitantes dormían al amparo de sus cálidas casas. De las chimeneas salían penachos de humo blanco que parecían columnas de hielo. De repente, salió de su estado hipnótico y sintió frío y miedo, pues se hallaba en un mundo extraño, vacío y yermo. Corrió hacia un establo y se escondió, aturdida, sin saber qué hacer. En la penumbra pudo ver un enorme buey oscuro y, junto a él, una vaca más clara, ambos recostados sobre sus patas, dormitando. Las primeras luces del alba empezaron a asomar por el ventanuco del establo y el canto melodioso de un ruiseñor provocó que *Pituca* quedara dormida. Cuando se despertó, todo a su alrededor emanaba luz. La paja donde se hallaba parecía nieve, la vaca clara era blanca y el oscuro buey, castaño claro. La puerta del establo se abrió y un cañón de blanca luz penetró atropelladamente, sin avisar. Instintivamente cerró levemente sus ojos para filtrar la claridad y vislumbró una silueta dibujada contra la luz. Sintió pánico, pues sabía que los habitantes de Umbrania tenían terminantemente prohibido ir a Solania. Permaneció inmóvil, oculta bajo la paja, hasta que la silueta volvió a desaparecer por la puerta, que se cerró tras ella. ¿Qué hacía allí? ¿Qué sería de ella? se preguntaba *Pituca*, mientras sus pensamientos viajaban en el tiempo, hacia la imagen dulce y tierna del rostro de su abuela, que con tanto cariño y dedicación le había enseñado todo lo que sabía sobre las propiedades curativas de las diversas plantas del bosque. Recordó como su abuela le decía “ *Pituca mía, tu serás la luz de nuestro pueblo, tu tienes el poder de sanar y de ver en los corazones de la gente, tú eres la elegida*”.

Pero *Pituca* no entendió nunca esas palabras. “¿*La elegida?*”, se preguntaba ahora de forma irónica, asustada y escondida en ese mundo prohibido. Por su cabeza pasaron todas las horas de aprendizaje con su abuela, todas sus vivencias, todas las imágenes en las que la abuela explicaba a su nieta, con esa sonrisa dulce y sincera, las diferentes plantas que había para curar cada una de las dolencias. Tanto esfuerzo por parte de su abuela, tanto sacrificio y dedicación para, ahora, hallarse al borde de... ¿de qué?, ¿qué les sucedía a los que, como ella, habían osado cruzar el río? Ciertamente, no lo sabía. Algunos que lo habían hecho, que habían dejado nuestra aldea, habían desaparecido para siempre, ninguno de ellos jamás regresaron, y nada se supo más de ellos, como *Jail*, su joven, y rebelde primo, que abandonó Umbrinia hacía ya casi un año.

Tenía que intentar huir, escapar y volver a su mundo. Decidió que pasaría el resto del día allí, escondida, y por la noche trataría de cruzar nuevamente el río y regresar a casa.

Pasaron las horas y estaba medio dormida cuando del exterior llegó un grito, un alarido de desesperación y dolor. Petrificada por la impresión y el miedo, prestó atención y escuchó gente correr despavorida de un sitio a otro, gritando “ ¡se nos muere, se nos va!”, “...no podemos hacer nada. Bebió de un pozo en mal estado y se ha intoxicado”.

Pituca sabía exactamente qué había que hacer en estos casos. En su pueblo eran muy frecuentes este tipo de intoxicaciones, pues los pozos también estaban malditos. “Para los cólicos, dolor de estómago y fiebre, machaca unas hojas de hierba buena y de anís y échalas en agua caliente. Pasadas tres horas, haz una pócima con hojas de guayabo, que es astringente, y de tilo, que es sedante y dásela al enfermo”, recordaba *Pituca* a su abuela decírselo, como si la estuviera viendo en ese momento. Pero ella estaba en una situación en la que no podía hacer nada, era una umbriniana escondida en Solania, tenía que permanecer donde se encontraba. A través del ventanuco seguían entrando los lamentos y gritos de esas gentes, martilleándole una y otra vez la cabeza. Su conciencia se revelaba, se resistía a seguir impasible, su noble corazón le decía que tenía que asistir a la ayuda de esas gentes, pero su razón se negaba a hacerlo. Finalmente, no pudo soportar más su remordimiento y decidió asomarse, con sumo cuidado, por el ventanuco, para evaluar la situación. La luz cegadora apenas si la dejaba ver. Poco a poco, sus ojos se fueron acostumbrando y observó que, enfrente del establo, había un porche de una vivienda, de la que entraban y salían despavoridos extrañas personas que apenas podía distinguir. En un momento de aparente tranquilidad,

salió por el ventanuco del establo y se deslizó por el lateral de la casa, hasta una ventana abierta de donde salían voces. A través del hueco de la cortina pudo ver el cuerpo de una mujer sobre la cama, y junto a ella, dos mujeres de espalda, que parecían muy nerviosas e inquietas, y que tapaban parcialmente la cabeza de la mujer tumbada, la cual tenía el vientre enormemente abultado. “*No puede tener un vientre tan abultado por motivos de una intoxicación*”, pensó *Pituca*, que rápidamente cayó en la cuenta de que podría estar embarazada. La mujer parecía próxima a dar a luz y se encontraba sudorosa y muy débil, sin apenas fuerzas, por lo que probablemente no resistiría un parto en esas condiciones.

Aprovechando que las dos mujeres abandonaron la habitación, *Pituca* no lo dudó un instante y se deslizó por la ventana, al interior de la estancia, aterrada pero con determinación, sabiendo que se exponía a ser descubierta, pero el estado de aquella mujer en la cama y el gran corazón que tenía *Pituca*, la impulsaron a ello. Sacó del zurrón, que siempre llevaba colgado, las plantas medicinales que antes había recordado e hizo un brebaje con el agua que había en un vaso en la mesita de noche. Aunque sabía que debía calentar el agua para una mejor extracción de los componentes medicinales, no lo hizo, dada la situación, y las trituró y mezcló lo más enérgicamente posible con el agua. Acercó el vaso a la boca de *Sacha*, pues así había escuchado como la llamaron, y, por un momento, éste casi se le cae de las manos, de la fuerte impresión que sufrió al fijarse, por primera vez, en la mujer. *Sacha* era una muchacha joven y bonita. Lo que más le extrañó fue el color de su piel. No era negro, pero sí muy oscuro, color canela. Sus facciones eran hermosas, con labios grandes y carnosos, y sus ojos permanecían cerrados. Su respiración era muy agitada, tenía fiebre y se encontraba muy débil. *Pituca*, una vez repuesta de la sorpresa de encontrar una mujer así, acercó el vaso a sus labios y le hizo tomar el brebaje. Su pulso era débil. Necesitaba darle la segunda pócima unas horas más tarde, pero no podía quedarse allí, así que salió por la ventana y permaneció escondida al otro lado, escuchando sin ser vista. Transcurridas varias horas entraron las dos mujeres que acompañaban antes a *Sacha*, y extrañadas, vieron el vaso con los restos de plantas en su interior. Salieron nuevamente a preguntar quién lo había dejado y cuál era su contenido, momento que *Pituca* aprovechó para entrar nuevamente en la habitación. *Sacha* había ido mejorando poco a poco y se encontraba más recuperada. Permanecía en la cama con los ojos cerrados, su respiración más normal y más tranquila. Rápidamente sacó la pócima y se la puso en los labios,

dándole agua directamente de una jarra de la mesita. Esta vez *Sacha* abrió sus grandes ojos color azabache después de tomar la pócima, y ahora fue ella la que se sorprendió y emitió un grito al ver a *Pituca*, la cual se echó hacia atrás. Se disponía a salir del dormitorio cuando, de pronto, entraron las dos mujeres, alarmadas por el grito de *Sacha*, y *Pituca* pudo apreciar que también ambas eran de piel canela y pelo y ojos negros como la noche. Las dos mujeres quedaron impresionadas al ver a *Pituca*, y empezaron a chillar. En ese momento, *Sacha* comenzó a tener fuertes dolores, el parto comenzaba, y las dos mujeres y *Pituca*, como si de un equipo que se conociera desde hace tiempo se tratara, comenzaron a asistir a la parturienta. *Sacha* ya estaba muy recuperada y comenzó a empujar con las pocas fuerzas que empezaba a tener. En pocos minutos y con la destreza que *Pituca* poseía y que su abuela le había enseñado, *Sacha* alumbró una hermosa niña de pelo negro, ojos oscuros y tez canela, de bonitas facciones y grandes labios. Sin embargo, *Sacha* continuó gritando y empujando, y una cabecita blanca y rosada comenzó a emerger, un niño de piel nácar y ojos azules apareció, ante los atónitos ojos de los presentes. Ambos bebés estaban unidos por el cordón umbilical.

Cuando lo vieron, las dos mujeres y *Sacha* exclamaron “ ¡el bebé es como esta extraña niña que nos ha ayudado! “, refiriéndose a *Pituca*, la cual no entendía nada. No comprendía que querían decir con que ese niño blanco y etéreo, de manitas regordetas y sonrosadas, era como ella.

A los pies de la cama, próximo a la pared, había un espejo vertical. *Pituca* se miró en él y ahogó un grito, echándose hacia atrás. Cuando se asomó otra vez, descubrió la imagen de una niña de cabello áureo, de piel anacarada y sonrosada, con unos profundos y dulces ojos azules, que transmitían toda la bondad y la nobleza de su interior. Pero ¿cómo era posible?, se preguntaba *Pituca*.

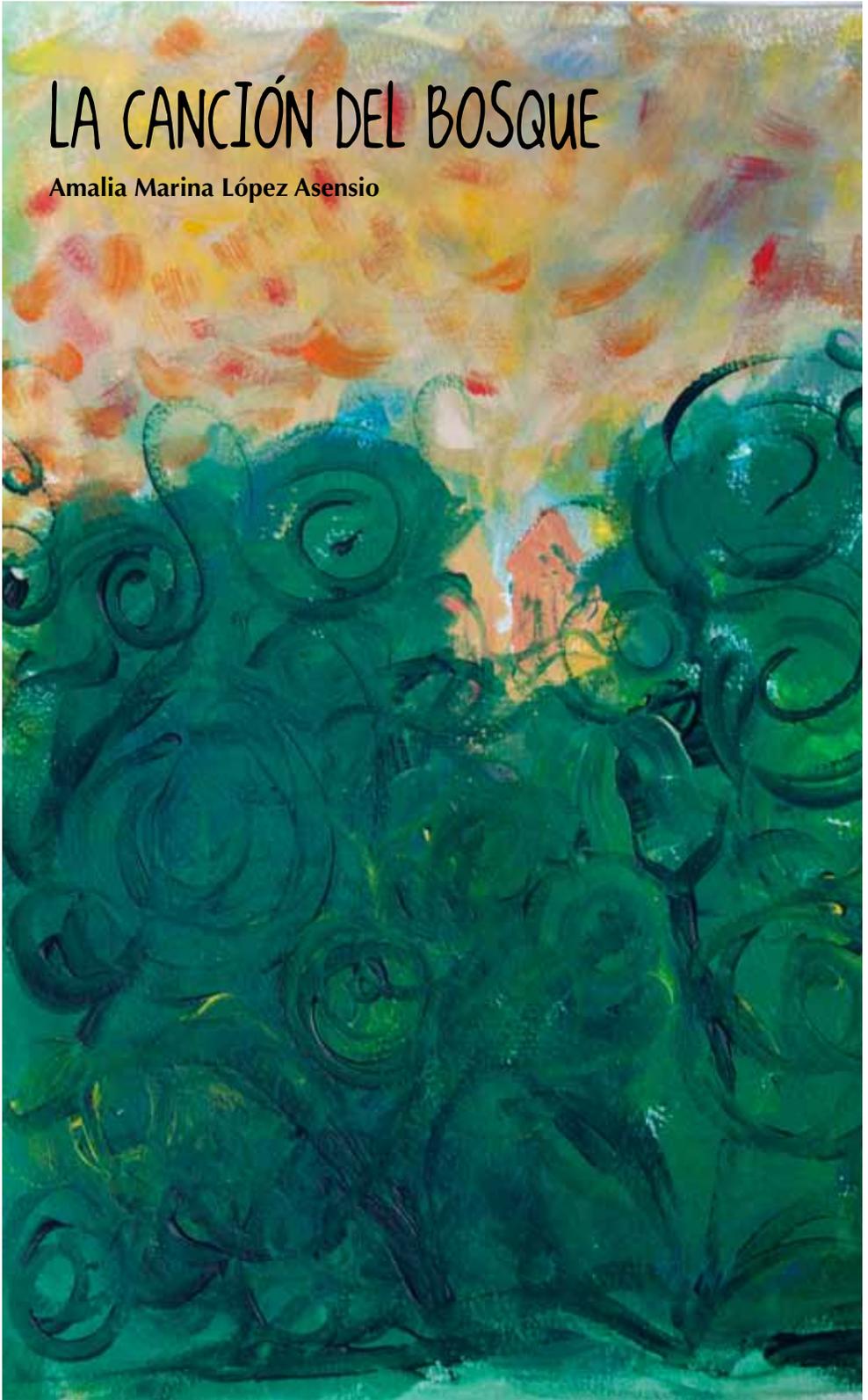
Los largos siglos de reclusión en las tinieblas y en la oscuridad del Bosque Negro habían decolorado la tez de los habitantes de Umbrinia, que siglo tras siglo habían perdido la pigmentación de su piel, cabellos y ojos y se habían transformado en hermosos seres de ojos y piel claros y rubias cabelleras. Pero no menos hermosos eran los habitantes de Solania, cuyas pieles, con el paso de los siglos, habían sido curtidas por el sol hasta darles ese bonito color acanelado, su pelo negro y brillante, sus ojos se habían hecho grandes y oscuros y sus cuerpos robustos y fuertes, de bonitos contornos, resultado de vivir libre y alegremente en la naturaleza, al amparo del sol. *Sacha* se incorporó y extendió sus

brazos hacia *Pituca*, que se acercó a ella y recibió un profundo abrazo de gratitud. Fue un abrazo sincero, no hubo palabras. Fue el abrazo de dos pueblos que el destino quiso que marcharan por separados y que finalmente se volvían a reencontrar, fue el abrazo entre dos seres diferentes pero a la vez iguales, iguales en sentimientos e inquietudes, en desdenes y anhelos. Las dos mujeres comprendieron que *Pituca*, con sus plantas medicinales y su enorme corazón, había salvado la vida de *Sacha* y de sus retoños, aún a sabiendas que ponía claramente su vida en peligro. *Pituca*, un ser de la aldea maldita, un ser supuestamente horrendo y despreciable, había arriesgado su vida por uno de ellos. En ese instante todos los allí presentes se dieron cuenta de que los habitantes de ambas aldeas en realidad eran iguales, la sabia naturaleza madre había tornado sus aspectos externos, convirtiendo a unos en lo que eran antes los otros, como si quisiera demostrarles que en realidad, sólo habían cambiado en su fuero externo, pues en su fuero interno no había diferencias. Todos poseían un corazón del mismo color, y el de *Pituca* no era negro ni blanco, canela ni blondo, era noble y grande, desinteresado y generoso, cualidades éstas presentes en muchos de ellos, independientemente de a qué aldea pertenecían.

Sacha dio una voz para llamar a alguien, y de la habitación de al lado, donde estaba escondido, salió un apuesto joven, de ojos azules y pelo rubio. ¡*Jail*!, gritó *Pituca* al ver a su primo, del que nada sabía. Ambos se abrazaron y posteriormente *Jail* se acercó a la cama y le dio un dulce beso a *Sacha*, tomando entre sus brazos el fruto de su amor, los dos bebés unidos aún por el cordón umbilical, como unidos quedarían, a partir de ahora, ambos pueblos, después de construir un puente sobre el río que, durante tantos siglos, había desunido las dos aldeas, y al que llamaron nuevamente el *Puente de la Concordia*, puente que nunca sería derrumbado, no porque sus cimientos fueran de roca y hierro, sino porque estaban hechos de amor, de amistad y compañerismo, de dulzura y comprensión. El Bosque Negro, símbolo de la intolerancia e ignorancia, fue talado. Con el tronco del árbol más grande se hizo una talla de dos bebés unidos por un cordón umbilical, y fue instalada en el centro del puente, como símbolo de igualdad y fraternidad. Los aldeanos de ambas riberas se entremezclaron y una era de paz, prosperidad y alegría se cernió sobre todos ellos.

LA CANCIÓN DEL BOSQUE

Amalia Marina López Asensio



GENERAL



Mis ojos comienzan a nublarse tras veinte kilómetros de carretera idéntica al cuerpo ondulado de una serpiente alargada y sibilante. Algunas curvas captan mi atención y me devuelven a la realidad de un paisaje monótono. Llevo más de tres horas conduciendo hacia el pueblo perdido donde comenzaré a trabajar de ahora en adelante, pero no pensaba que “la Frontera” estuviera tan alejada de la ciudad. A ambos lados del arcén, los árboles se mezclan entre sí y parecen cerrarse, arqueados, por encima del coche. No puedo apreciar qué hay más allá de la densidad del bosque. Hace horas que la radio no funciona y para cantar, mi voz deja demasiado que desear, así que permanezco con la boca cerrada y los ojos abiertos. No sé qué me espera en la Frontera, el traslado ha sido un poco extraño pues, teniendo en cuenta mi profesión de directora de orquesta, los músicos de la ciudad o, al menos, el anterior director debería haberme llamado. Pero únicamente he recibido un email en el que reclamaban con urgencia un director de orquesta con experiencia y profesionalidad, haciendo hincapié en su serenidad y compromiso con el trabajo, además de una buena presencia, convicciones morales y éticas, ideología musical y demás requisitos que yo considero estúpidos. Un director de orquesta debe sentir pasión por la música, debe saber vivirla, y ser el guía para aquellos que se pierdan en la búsqueda de la melodía perfecta. Pero yo estoy en paro desde hace seis meses, y la música es aquello que más me apasiona en la vida, así que no tardé mucho en tomar la decisión cuando me ofrecieron este puesto, a pesar

de las extrañezas para comunicarse conmigo y las preguntas personales que he tenido que responder para que me aceptaran. Necesito el dinero y me amoldaré cómo la arcilla a las nuevas manos que me acogen. Sin embargo, no entiendo la existencia de una orquesta musical importante en un pueblo tan alejado de toda civilización. Quizá, mi puesto sea primordial e interesante en un lugar cómo éste, después de todo. Dicho pensamiento hace aflorar una sonrisa en mis labios, que pronto tengo que abandonar pues debo detener el coche cuando, ante mí, el asfalto desaparece, dando lugar a un camino de tierra que parece atravesar el bosque. Pero siempre ocurre algo que empeora la situación: apenas queda gasolina en el coche. Mi desesperación aumenta por segundos. Las hojas de los árboles eclipsan el sol, que desaparece con lentitud por entre los troncos y matorrales, avergonzado por abandonarme en un momento como éste. Los simpáticos animalillos saldrán a jugar pronto, ya puedo escuchar sus siniestros rugidos desde la oscuridad. El mapa que tengo en la guantera bien se parece a una sábana desflorada, igual de grande y arrugado. Pero no cumple su función de mapa propiamente dicho, pues el camino de tierra no figura en el papel. Nada cumple su función hoy, ni el móvil sin cobertura, ni el coche sin gasolina... ni siquiera el sol, que ya ha desaparecido entre la maleza. El claxon de un coche me sobresalta. Frente a mí, las luces de una pequeña camioneta me deslumbran hasta cegarme y rápidamente, me precipito a apartar el coche por miedo a una embestida, pero ésta se detiene a escasos centímetros del parachoques. Sus faros, aún encendidos, se demoran unos instantes en apagarse, aún sabiendo que me impide abrir los ojos. Y finalmente, para el motor. El hombre que se baja del coche me dirige una mirada de extrañeza al otro lado del cristal.

-Perdone –digo, saliendo del coche. – ¿Me puede ayudar?

-Lo siento, pero tengo prisa –dice el hombre, algo arrogante. Vis-
te cómo un nuevo rico: con un traje negro flamante y fuera de lugar,
corbata azul metálico, zapatos negro azabache en los que casi puedo
reflejarme cual espejo y un sombrero que dice: *soy propietario de una
granja enorme.*

-Buscaba la dirección hacia el pueblo de la Frontera, ¿sabe dónde
puedo encontrarlo? –Y espero una respuesta convincente, porque em-
pieza a hacer frío bajo el relente de la luna.

-Yo vivo en la Frontera, pero no esperamos a nadie.

No sé qué decir, así que no digo nada.

-Mire, debe seguir el camino de tierra hacia la montaña, dónde la calzada se estrechará aún más. Encontrará una desviación a la izquierda, bordeando la montaña, que le conducirá al valle de la Frontera. La entrada está cerrada por la noche, así que deberá llamar para que le abran.

-¿La entrada está cerrada?

-Simple precaución.

No quiero ni pensar que la Frontera sea uno de estos pueblos de la Edad Media, con verjas y alambradas enormes para evitar la entrada a cualquier extraño. O la salida a quien ose entrar en él. Me parece chistosa la imagen, pero me divierto tanto imaginando el pueblo vallado que ni siquiera sonrío.

-De acuerdo. Muchas gracias, señor.

-Una cosa. ¿Puedo preguntar el motivo de su visita a la Frontera?

-Motivos profesionales. Voy a trabajar allí durante un tiempo.

El tipo parece mirarme con desdén, aunque poco después sonrío de forma maliciosa. Ni siquiera se despide cuando regresa a su furgoneta y derrapa hasta perderse a gran velocidad entre el frondoso y amenazador bosque, cuya visión holística impide ver incluso los árboles que lo forman.

El tipo tenía razón. Una majestuosa cancela de metal se eleva ante mis ojos. Al otro lado, el jolgorio inunda las calles del pueblo. Las casas tienen las luces encendidas, se escucha una música pegadiza y adictiva desde algún lugar. Quizá he llegado durante alguna celebración típica o algo así. Próxima a la gran valla de entrada, hay una pequeña habitación de tres metro cuadrados a lo sumo. Las luces también están encendidas en el interior y un joven moreno de grandes ojos negros surge de la oscuridad para recibirme.

-¿Quién es usted? –Pregunta, receloso y preocupado. Mira en todas direcciones con movimientos rápidos y precisos, parece no gustarle la idea de que alguien pueda verlo.

-Soy la nueva directora de orquesta, ¿me abres la puerta, por favor?

-Pregunto, cansada de la hostilidad de los habitantes de este lugar.

-No creo que...

Alguien grita tras el chico que, sobresaltado, se esconde en la pequeña casucha contigua a la entrada, cómo un vigilante nocturno. Un señor pálido con barba blanca se acerca al cercado de hierro para verme la cara.

-Te estaba esperando, me llamo Guv y soy el alcalde. ¿Por qué han tardado tanto tiempo en enviarte? –Pregunta, molesto.

-He tenido problemas con el coche.

Me mira de manera extraña, pero finalmente abre la verja y me deja entrar. Sin embargo, debo dejar el coche fuera. Una especie de manía local. El joven mulato de antes parece compadecerme con sus ojos y yo sigo sin entender el comportamiento de estos pueblerinos. Guv, el alcalde barbudo, me guía a pie entre los callejones del pueblo mientras el alboroto parece atraparme por la espalda.

-¿Celebran una fiesta?

-Sí, hoy es el último domingo del mes, día de Schwarze Blut. –Me informa. No puedo verle la cara, pero creo que sonrío. -¿Sabes qué significa?

-No.

Espero que me dé una respuesta, pero no lo hace. En lugar de eso, se detiene frente a una mansión gigantesca con la fachada de un castillo inglés del siglo XIII. Parece destacar por encima de todas las demás viviendas y tener desde aquí una vista privilegiada del pueblo, pues está construida sobre un gran montículo que sobresale por encima de la llanura. Sin necesidad de mirar por la ventana del tercer piso, puedo apreciar que la Frontera está rodeada del más denso bosque. No distingo carretera alguna, y todo me parece muy extraño. Además, mis temores se hacen realidad: el pueblo está completamente cercado.

-¿Cómo se llama?

-Phelngia.

-Un nombre extraño, ¿de dónde es usted? –Pregunta Guv, verdaderamente intrigado y algo divertido.

-De Indonesia, pero toda mi formación musical la he llevado a cabo en Londres.

-¡Vaya! ¿Qué instrumento tocas?

No sé si es una broma, pero estoy segura de que este hombre se está riendo de mí. ¿Acaso el alcalde no estaba informado de la llegada de una nueva directora de orquesta? ¿Por qué se extraña al saber que hago música? ¿Quién se piensa que soy? ¿Se habrá equivocado de persona?

-Bueno... toco el piano y el violín. Pero en este momento soy directora de orquesta.

-Está bien. Estarás cansada del viaje, esta noche dormirás aquí, en mi casa

-dice, haciendo referencia al maravilloso castillo imperial.

-Así que ponte cómoda porque mañana empezarás a trabajar. Te enseñaré tu habitación.

No me da opción a réplica así que decido seguirle la corriente y mañana será otro día. Guv es el típico gobernador intolerante y orgulloso. Se le nota en la cara. Y no quiero comenzar con mal pie contradiciendo sus palabras. La habitación dónde se supone que voy a dormir tiene tres metros cuadrados, incluso menos, algo increíble teniendo en cuenta la amplitud de ésta casa. Pero tengo demasiado sueño cómo para discutir, así que en un abrir y cerrar de ojos, la luz del sol de mi primer día en la Frontera me saluda al otro lado de los pequeños agujeros de la persiana, calentando mi piel ya tostada y alejando un dulce sueño. Me visto con rapidez, dispuesta a empezar los ensayos con la orquesta cuando antes, aunque debería conocer primero a todos los miembros. Salgo al pasillo y una pequeña mestiza me mira desde la puerta contigua.

-Buenos días, pequeña. ¿Sabes dónde puedo encontrar a Guv?

-No le llames por su nombre. Él quiere que le digamos Señor Alcalde. ¿Tú cómo te llamas? ¿Eres nueva?

-Sí, hoy debería empezar a trabajar. Me llamo Phelngia.

-Yo soy Mawiya y vivo aquí con mi papá, que es jardinero, y con mi mamá, cocinera. Anda, ven. Te enseñaré la casa y los establos, al Señor Alcalde no le gusta que perdamos el tiempo sin hacer nada de provecho.

-¡Mawiya! ¿Con quién hablas? Te dije que no hablaras con las nuevas. Ya sabes lo que te puede pasar si lo haces.

Una mujer de caderas anchas y coleta se acerca rápidamente, con expresión disgustada y acusándome con los ojos. Es muy guapa, tiene los ojos profundos, la piel casi igual de tostada que la mía y los labios sensuales. Pero su desconfianza me ofende.

-Perdona, pero sólo estoy buscando al alcalde.

-Eres nueva, ¿verdad? Te aconsejo que empieces a trabajar cuanto antes. Puedes limpiar el pasillo de las habitaciones o el segundo vestíbulo, que ahora está vacío... Una cosa más –susurra, mirando en todas direcciones, cómo el chaval de la entrada –tenemos prohibidas las conversaciones largas entre nosotros. Los gobernadores tienen miedo a un complot en su contra, así que evita nuestra compañía.

-¿La compañía de quién? ¿De vuestra familia?

-De los de tu color, insensata. De los sirvientes. De tu raza, inferior a la suya.

-¿Cómo? –No puedo creer lo que esta señora está diciendo. Sus palabras son pequeños chistes sin gracia que me taladran los oídos, cómo la sospecha de un pueblo cercado por gigantescas vallas o las miradas de desesperación del chico de la entrada. No puedo creer que aún exista una sociedad dónde el color de piel determine tu lugar en ella, ni que estemos obligados a servir a los blancos por ello. No lo entiendo. Es algo incomprensible en nuestro siglo y sin embargo estoy aquí... a la espera de una orquesta que no aparece y cada vez más confusa con todo este asunto.

-Mire, yo soy directora de orquesta, ¿entiende? Me parece absurdo que me hayan acogido en este lugar para cocinar o servir a los que se consideran superiores a mí. Me parece absurdo, pero no voy a tolerarlo si es esa la verdad. Ahora mismo voy a tener unas palabras con Guv, porque no es ni mi Señor, ni mi Alcalde.

-¡Espera, estúpida! Entra aquí, vamos.

La mujer me arrastra hacia su habitación, mientras intenta tranquilizarme. Mawiya cierra la puerta tras nosotras.

-No sé cómo has llegado hasta la Frontera, ni cuando tienes previsto marcharte, pero si quieres vivir dignamente, será mejor que te escapes. Mira, este pueblo es muy antiguo. Hace muchos años que existe un Señor Alcalde al que obedecer. Mi madre trabajaba aquí, en este castillo que ha pertenecido a los Guv -White desde hace generaciones. Y desde hace generaciones, todos nosotros: mulatos, negros, mestizos, cruzados, morenos... llámanos cómo quieras, hemos tenido que sufrir con resignación una servidumbre que no hemos merecido, acatando sin rechistar todas las órdenes de los que consideran que el blanco es un color más humano. Aunque lo peor no es eso. Hace unas semanas, el hermano mayor de Aban, el chico de la entrada, se rebeló contra Guv, reclamando una vida más digna y disparando la revolución por las calles de la Frontera. Fue terrible, señorita Phelngia. No se imagina la crueldad de este alcalde. Reía, sujetando por el cuello al pequeño Aban, mientras su hermano ardía en la hoguera. Desde entonces, todos los últimos domingos del mes se celebra dicho acto, que ha otorgado al alcalde un renombre entre todos los gobernadores de la historia de la Frontera, alzando su sentido de la justicia y alabando su poder. El acto recibe el nombre de Schwarze Blut, en alemán Sangre Negra. En él, todos los que tienen la sangre limpia se reúnen alrededor de una hoguera y se emborrachan hasta el amanecer.

La madre de Mawiya está llorando, no puede continuar.

-Me cuesta demasiado aceptar lo que me cuenta. No puede ser verdad. Somos personas, tenemos derechos. El tener la piel más oscura que ellos no les da el poder para someternos. Mire, yo vengo de un lugar donde todas las razas son iguales, donde las personas se respetan y no atentan contra la dignidad de otras personas. Nadie se siente superior o inferior a nadie por el color de piel o esa estupidez de la sangre. Todos tenemos la sangre roja, maldita sea. La ideología racista de este pueblo es humillante para la sociedad de éste siglo. Aunque se me ocurre algo para acabar con todo esto.

-No sea imprudente, Phelngia. Ellos tienen mucho poder.

-No se preocupe. Confíe en la música.

En la orquesta donde crecí, he aprendido que la música une a las personas. Durante un concierto, todos los instrumentos se integran en una armonía perfecta y hermosa que deleita los oídos de los espectadores. No importa si eres clarinetista, percussionista o saxofonista. Todos somos música en ese instante y es lo único que importa. Ningún instrumento se valora mejor que otro, pues cada uno es necesario para que la música fluya. El señor Guv no entiende de música, pero yo voy a enseñarle. Durante un mes, finjo mi papel como limpiadora en su hogar, obedeciendo sus órdenes y planificando nuestra revolución desde abajo. Nos reunimos en los establos, noche tras noche, para ensayar el concierto que nos liberará. Descubro que algunos sirvientes han llegado a la Frontera en las mismas condiciones que yo, engañados. Universitarios, escritores, músicos, abogados, médicos... todos convertidos en esclavos por la tiranía de una ideología equivocada. Y la noche de la Sangre Negra, el pueblo es nuestro. Mientras todos se emborrachan a la luz de una hoguera que para mí, no representa nada, salvo la maldad de unos pocos, la melodía de nuestra voz se eleva por encima de las verjas, más allá del bosque. Gracias a la oscuridad, nos camuflamos entre las calles del pueblo para escapar con los instrumentos en mano, preparados para tocar desde un lugar más alto. Y cuando el concierto comienza, algo mágico ocurre: el bosque comienza a crecer desmesuradamente, las ramas de los árboles se deslizan sigilosas por las paredes del castillo de Guv, derribando los cimientos de su fachada, los principios de su moral.

-¡El bosque! ¡El bosque está creciendo al son de esa música infernal!
-Gritan desde la plaza del pueblo, en pleno jolgorio.

El pánico aumenta entre aquellos superiores de sangre limpia. Des-

concertados, corren de un lugar a otro en busca de una llanura que no haya sido alcanzada por los árboles, pero nosotros no nos detenemos. Tocamos una y otra vez la canción de la libertad, sentados en la montaña, fuera de la verja que nos ha impedido acariciar el bosque tantas veces. Está el pequeño Aban, con uno de mis violines, dedicándole un pensamiento a su hermano. Mawiya, junto a su madre, que cocinará sólo para ella a partir de ahora. Y decenas de nosotros, viendo desde arriba, cómo el bosque devora en su crecida todas las injusticias que los gobernantes de este pueblo han cometido durante años. Puedo ver que Guv me busca con la mirada, creyendo por fin, que soy directora de orquesta y no una de sus esclavas. Es cierto eso de que la música une a las personas, que una melodía puede cambiar el curso de las cosas, puede desencadenar la furia de la naturaleza de un momento a otro. Es cierto que el bosque impide ver los árboles, pero son necesarios todos esos árboles para hacer el bosque. Igual que es necesario el sonido particular de cada instrumento para crear la voz de nuestra canción.



ISLA ALEGRÍA

María del Mar Ruiz Pérez

GENERAL



“Isla Alegría”, era la tierra más hermosa del mundo.

El verde esmeralda era su color. El sol irradiaba con suavidad, en toda su extensión, dando una luz dorada, cálida, dadora de vida. El clima era templado, tibio.

Toda ella, a vista de pájaro, parecía un trozo bien recortado de césped en la inmensidad azul del mar.

Lo más curioso de “Isla Alegría”, era su forma. Parecía un enorme “pie verde”, lleno de Vegetación fresca, crujiente, viva. Cada una de las partes que conformaban este enorme “pie de tierra”, estaba habitada por las distintas especies que moraban en toda ella, desde el tobillo a los dedos, desde el empeine al talón.

Hablo de “especies”, porque habréis de saber, que en “Isla Alegría”, no vivían seres humanos, sino animales, animales tan especiales, tan preciosos y extraordinarios que podían no sólo comunicarse entre ellos en una lengua única para todos (a parte de las lenguas propias de cada especie) y de llevar una vida de paz, tranquilidad y felicidad en la tierra que les había correspondido en suerte.

Al Norte de la Isla, se establecía el territorio de los leones. Era una tierra de clima templado y suave, todo el año. Esto se debía, al tobillo, es decir, al volcán, que a modo de montaña del pie, provocaba a veces, un ruido ensordecedor con sus enormes bostezos, pero en general eran “una queja sin malicia”, sin derrame de sus lágrimas de fuego, de lava destructora.

En frontera con ellos, en la llanura del empeine, vivían las serpientes. Se trataba de una zona algo desértica, amarilla, pero con abundancia de comida para sus moradoras, que en su mayor parte se trataba de insectos y arañas, y también poseía lugares maravillosos donde guarecerse durante la noche, e incubar sus huevos.

Yendo ya hacia el extremo oeste de la planicie desértica, la tierra se estrechaba en cinco pequeñas islas unidas entre sí al resto de la Isla Mayor. Cada una de ellas, terminaba en un profundo valle, separadas entre sí, por caudalosos ríos. Cada una de estas islitas que formaban los dedos de tierra, era terreno de castores fundamentalmente, y de otros pequeños mamíferos, que convivían con ellos.

Era una tierra rica en agua. En cada uno de los valles los castores, habían creado sus elaboradas presas, dando vida a la vegetación y flora de todo el entorno, pudiendo comunicarse de dedo a dedo a través de ellas a modo de puentes.

Al sur, en el extremo inferior de la Isla, en el cabo del talón, vivían los jabalíes, en un terreno boscoso, rico, tranquilo, algo umbrío. Eran una especie que vivía pacíficamente en familia, y pasaba la mayor parte del tiempo alimentándose de los frutos que encontraban.

Todos y cada uno de los moradores de "Isla Alegría", era conocedor de la existencia del resto, pero no sentían la necesidad de establecer comunicación o lazos con sus vecinos, ya que su tierra les proporcionaba toda la seguridad y felicidad para una vida tranquila.

Pero un día, esa felicidad, esa tranquilidad...desapareció.

En la tierra de los leones el agua empezó a escasear, hasta el punto de que los pozos, lagunas y charcas que la circundaban, quedaron secos. El agua era uno de los motores de vida, y sin ella los pequeños animales morían, escaseando también la comida.

Nadie sabía que había provocado que el agua desapareciera.

El mismo fenómeno había causado la sequía en la llanura del empeine. Las serpientes, aunque estaban más habituadas a la sequedad de la tierra, no lo estaban hasta el punto de que los terrones eran tan secos, tan secos, que provocaban heridas en sus camisas finas y suaves, y sus guaridas parecían más de piedra que de arena sedosa.

Sólo en los valles de los castores y en los bosques de los jabalíes, no había problemas aparentes, seguían con su vida habitual, aunque la verdad era que el agua no fluía con la misma riqueza.

Antes de llegar a una situación casi insostenible, tanto leones como serpientes decidieron reunir la manada y las familias para decidir qué hacer antes de que se pudiera producir una situación donde ya no hubiera retorno.

De la tierra de los leones, fueron dos los elegidos para demandar ayuda a la tierra de las serpientes. Niara y Dabir, hembra y macho de su especie, iniciaron su camino hacia la frontera del empeine-llanura de sus vecinas.

Nada más llegar a la roca enorme llena de cavernas donde vivían las serpientes, éstas fueron saliendo lentamente de las cuevas, para recibir a los recién llegados.

Niara y Dabir, en la lengua común que tenían todos los animales de la Isla, explicaron la ausencia de agua en su territorio. Las serpientes asentían, tenían el mismo problema.

Pero nadie tenía explicación.

Leones y serpientes decidieron ir a buscar ayuda tanto a los cinco valles, como al cabo del talón, para saber si la situación era parecida y aunar esfuerzos para salvar así a

“Isla Alegría”.

Esa misma noche, mientras todos acampaban esperando el romper del día para iniciar la marcha, se levantó una leve brisa, no era cálida como era habitual en la llanura, sino de un frío gélido, cortante, que iba extendiéndose como una garra de dedos helados hacía los durmientes. La brisa susurraba, se clavaba y sembraba como carámbanos fríos, los corazones de leones y serpientes palabras de odio, venganza, de desconfianza.

-“¡Tened cuidadooooo!...son fuertes, pueden devoraros, ¿por qué han llegado a esta situación?, han agotado sus recursos y ahora vienen a aprovecharse de los vuestros, por eso ha desaparecido el agua, no os fiéis, os traicionaran cuando consigan lo que quieren,

Y no lo compartirán con vosotras...

-“¡Tened cuidadooooooooooooo!...son peligrosas y llenas de veneno, no les deis la espalda y dormir alerta, ellas no necesitan el agua, seguro que en esas cuevas tienen pozos suficientes...sólo quieren aprovecharse de vuestra fuerzaaaaa y devorar vuestras crías indefensas.

La brisa se fue disipando, dejando el aire helado, y las almas frías de desconfianza, de rencor, de miedo. La semilla del mal había sido plantada y empezaba a germinar.

Se levantaron muy temprano para aprovechar las gotas de rocío acumuladas en los recodos de las piedras, y salientes, para beberla con avidez. Niara y Dabir marcharon hacia la tierra de los castores. La representación de las serpientes, fue también elegida, y al ser más pequeñas pensaron que lo mejor sería ir tres de las más fuertes, entre ellas destacaban Aananda, Yamir y Nahisha, que decidieron ir al territorio opuesto, al de los jabalíes.

Aquella brisa malintencionada, ya los había separado sin ni siquiera haber empezado la aventura de la supervivencia de sus especies, y en definitiva de la tierra de todos. Todos se miraban de reojo, y mal se disimulaba la desconfianza.

Los cuchicheos eran constantes, sin apenas conocerse o sin saber o comprobar si eran ciertas las acusaciones...

Así se inició la marcha, apenas sin mirarse los grupos y con miedo de ser atacados unos por otros. Niara y Dabir empezaron a caminar desde la planicie hacía los valles-dedos de los castores. Mientras Aananda, Yamir y Nahisha, iniciaban el suyo sin mirar a sus vecinos, desplazándose y arrastrando sus cuerpos de camisas reforzadas hacia la tierra del talón, la tierra de los jabalíes. Cuando los leones por fin vislumbraron al amanecer el día, los verdes valles, se sintieron esperanzados y felices. Sus patas eran alas, para llegar cuanto antes.

Mientras Aananda, Yamir y Nahisha, que llevaban largo trecho ya andado, echaron de menos la posible ayuda de sus vecinos. Realmente el haber podido disponer de las fuertes patas de Niara y Dabir, les hubieran ayudado enormemente en su misión.

Era extraño, de dónde había venido esa desconfianza, rencor y miedo. En ese momento un corredor verde hizo su aparición, habían llegado.

Mientras, Niara y Dabir ya estaban en el valle. Miraban alrededor y estaban fascinados con tanto esplendor de vegetación y de aromas frescos llenos de agua.

Pronto fueron rodeados de los moradores de los valles, que los miraban con curiosidad. Fueron acompañados hasta la presa-madriguera donde vivía el jefe de la familia al que contaron lo que pasaba con el agua en su territorio, como en el de las serpientes.

Raiko, el cabeza de familia preguntó a Niara y Dabir, porque no habían venido las serpientes con ellos. Los leones se miraron con estupor y asombro, era verdad, ¿por qué no habían venido?, la respuesta era un eco de palabras, en forma de un sudor frío, pegajoso...

Raiko, era también el más anciano de la familia, y reconoció las señales. Les llevó a una sala, donde había una gran urna de madera labrada con imágenes de castores, leones, serpientes y jabalíes. Niara y Dabir se miraban con sorpresa y expectación. El anciano castor, abrió la urna y allí reposaba un cristal blanco en forma de triángulo, de una luz cegadora y de una pureza extraordinaria.

¿Lo reconocéis?...

No, negaron con la cabeza.

Pues ahí está la causa, les explicó. El cristal es parte de un círculo perfecto, es el corazón vivo de "Isla Alegría", cada uno de nuestros pueblos posee una parte del corazón de cristal, que ha de cuidar y proteger. Si alguna de las partes fuese robada o saliera fuera de sus fronteras, es como si arrancaran el corazón de la tierra, ya que cada trozo confiere el calor, la vida y el equilibrio de toda la Isla.

En ese mismo instante como repitiendo la misma escena, era mostrado el cristal palpitante a las serpientes, a las que explicaron la misma historia, y al igual que Raiko, el líder de los jabalíes, preguntaba a su vez que había sucedido con su parte del cristal sagrado.

No sabían de la existencia del cristal. Si una parte faltaba, el corazón no sería el mismo

Ni poseería la misma fuerza y por tanto, no sólo ellos tenían problemas, sino que todas las especies y la propia Isla los tendría.

Tanto los leones como las serpientes, haciendo acopio de provisiones decidieron regresar a sus hogares y buscar su trozo de cristal, que era la clave de la supervivencia de todos.

Al llegar al límite de los tres territorios donde se entrecruzaban los caminos a modo de venas del pie, se encontraron tanto leones, castores, serpientes y jabalíes. El corazón era uno y cuatro partes al mismo tiempo, necesitaban encontrar los dos pedazos que faltaban y esta vez todos ayudarían a todos, esa era la clave que habían comprendido.

En la planicie es donde se había producido ese viento helado, era el primer territorio para buscar.

Cada especie utilizó su sentido más acuciado para intentar hallar el trozo de cristal. Los leones con su aguda vista buscaron donde podría haber un brillo o resplandor en la llanura, nada hallaron, hasta que el sol levantó su manto dorado, y una estrella blanca destacó y se oscureció tan rápidamente como había surgido. La luz parecía haber aparecido de la roca madre donde vivían las serpientes. Allí se dirigieron todos.

Los jabalíes con su finísimo olfato fueron los primeros en localizar el aroma fresco y algo salado de la piedra, dirigiendo sus hocicos hacia el lugar exacto donde se encontraba la misma. Los castores con sus fuertes patas empezaron a excavar hasta que el resplandor se hizo evidente, deslumbrándolos, pero sus patas no podían horadar el pequeño hueco donde se encontraba el cristal, fueron las serpientes las que deslizándose en el estrecho agujero, consiguieron enroscar en su elástico cuerpo el deseado trofeo.

Todos salieron muy contentos de la roca madre, ya tenían la tercera parte del cristal, estaban cansados y nerviosos, pero con el corazón lleno de alegría, porque lo que les diferenciaba, era lo que les había complementado, luchando por un objetivo común: salvar sus vidas.

Decidieron pasar la noche en tierra de las serpientes, para al amanecer salir hacia la tierra del volcán, la tierra de los leones.

Mientras dormían con el sueño reparador de los que tienen la conciencia tranquila, se volvió a levantar aquella fría brisa, que se pegaba al cuerpo, a la mente.

Los síntomas se hicieron claros nada más levantarse, todos se miraban con desconfianza, el miedo era evidente, los murmullos atronadores.

Raiko fue el primero en ver que todo el sentido solidario y de unión del día anterior se había disipado por completo, al calor y la confianza, le había sucedido, el frío y el desencuentro. Las serpientes decían que no veían la necesidad de buscar el fragmento de cristal que faltaba puesto que ellas ya poseían el suyo, y con él volverían los buenos tiempos, los jabalíes sólo pensaban en volver a sus bosques con sus familias, los leones desconfiaban de que les robaran su cristal, porque aseguraban que sería el mayor y por tanto provocaría los celos y incitaría al resto a su robo.

Raiko, miró con sus profundos y sabios ojos a Niara y Dabir, y también a Aananda,

Yamir y Nahisha, que comprendieron enseguida como la situación se había repetido.

Reunió a todas las especies bajo el sol del amanecer, les pidió que sacaran sus fragmentos del cristal, lo hicieron a regañadientes, y el sol se reflejó con una maravillosa y brillante luz que chocó contra los cristales de todos formando un haz de luz blanca de gran intensidad que atravesó sus cuerpos por igual, con un tibio calor, integrando sus almas en el foco de luz hasta desaparecer.

Se miraron unos a otros, como viéndose por vez primera, y recordando cómo se habían unido para ser un solo pueblo, una sola alma, una sola tierra donde convivir en paz.

Sin mediar palabra iniciaron la búsqueda del último fragmento de cristal que les quedaba. No tardaron en llegar a la tierra de los leones, porque se encargaron de ayudar a las especies más débiles, como castores y serpientes para facilitarles el paso.

Una vez llegaron, los leones empezaron a otear con sus magníficos ojos, algún brillo o resplandor indicio de la situación del cristal.

Empezaron a desanimarse porque era más de mediodía y no habían visto aún nada.

Raiko, callaba, meditaba. Los demás intentaron olfatear, excavar y deslizarse por grietas y pequeños huecos, buscando sin descanso. Nada.

El volcán los observaba, y la cicatriz que producía en la tierra, era como una sonrisa torcida e irónica. Todos sintieron esa mirada, y a todos les llegó la misma idea.

Emprendieron el camino hasta la cima del tobillo de la Isla, era obvio que el cristal estaba en el interior. La fría bruma subía por la chimenea del volcán...la reconocieron.

Estaba frío, helado, sin embargo, del interior irradiaba una luz blanca muy potente, a la que siguieron silenciosamente. Todo el recorrido aparecía lleno de hielo, de roca escarchada, de carámbanos gigantes de lava. Al final de este túnel blanco, la luz irradiaba con potencia que les cegó, pero cuando sus ojos se habituaron, vieron con claridad que el cristal estaba incrustado en un enorme cascote de hielo macizo. Lo rodearon y los leones intentaron destrozarlo con sus patas, colmillos y garras, los castores con sus fuertes dientes, y sus patas, las serpientes estirando sus elásticos cuerpos alrededor del bloque blanquísimo, los jabalíes excavaban alrededor para intentar ver alguna grieta.

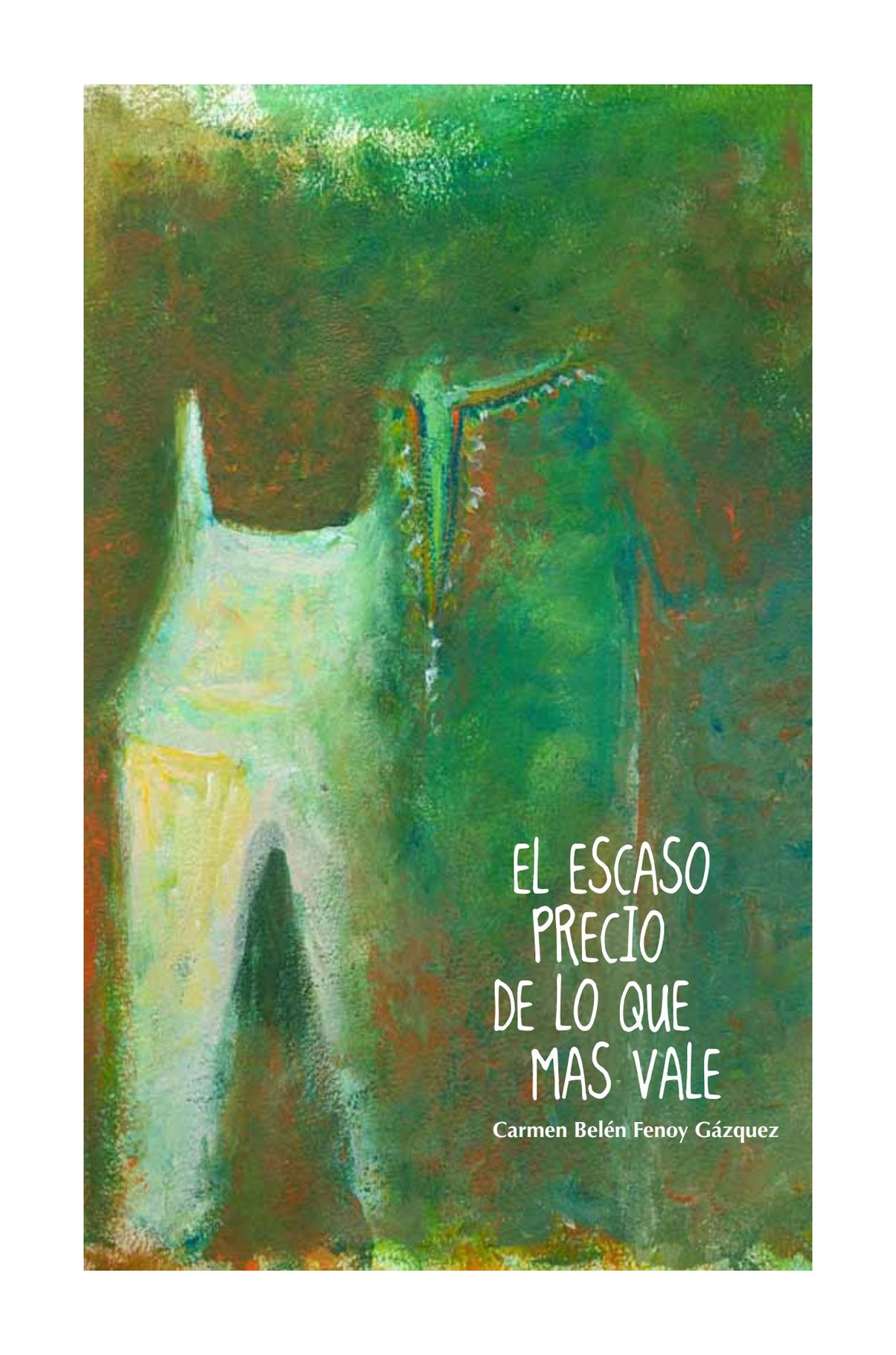
Al parecer era imposible. Agotados, sudorosos y doloridos, se miraron desalentados.

Cooperar era la clave, mezclarse, integrarse hacer una sola especie con las cualidades de todos ellos, formando un solo cuerpo con diferentes habilidades y pensamientos. Una especie nueva y única, de todos y de ninguno, con la fuerza del león, la astucia del castor, la constancia del jabalí, y la suavidad de la serpiente. Al formar ese cuerpo de diferentes miembros y unirse en círculo en torno al enorme bloque de hielo, despidieron tal aura de calor que fue derritiéndolo rápidamente,

hasta que el trozo del cristal que faltaba terminó deslizándose en el suelo, posándose lentamente.

El cristal fue recogido y todos lanzaron un grito unánime de alegría. Al salir del volcán notaron rápidamente como la vegetación había reverdecido con ese tono verde crujiente y brillante, el agua llenaba a rebosar las lagunas y pozos de la tierra de los leones. La alegría rebosaba también en el corazón de todos.

“Isla Alegría”, recuperaba su vida, ella como la madre de todos les había dado una lección, haciéndoles mirarse con “respeto”, mirarse con profundidad, para hacerles comprender cuánto se estaban perdiendo por no convivir y compartir, porque en la diversidad está la riqueza. Ese era su legado. ES TU LEGADO...TAMBIÉN.

An abstract painting with a textured, expressive style. The color palette is dominated by various shades of green, from light and yellowish-green to dark, almost black-green. There are also hints of brown, red, and blue. The composition is somewhat vertical, with a central, lighter-colored shape that resembles a stylized figure or a draped garment. The brushstrokes are visible and varied in direction, creating a sense of movement and depth. The overall mood is somber and contemplative.

EL ESCASO
PRECIO
DE LO QUE
MAS VALE

Carmen Belén Fenoy Gázquez

GENERAL



*Feliz será quien mire una piedra y vea en ella
un avión capaz de volar. El que la mire y simplemente
vea una piedra será algo más desdichado*

-¿Otra vez lentejas?

-Sí Pablo, tienen mucho hierro y es lo que el cuerpo necesita para estar fuerte y sano.

Eran las dos de la tarde y acababa de llegar del colegio. Siempre solemos comer primero mamá, el abuelo y yo. Papá sale más tarde de trabajar; últimamente muy tarde. Mamá dice que ahora tiene que hacer más turnos en la cantera donde trabaja. No me lo creo. Antes siempre vestía un mono blanco y, en una bolsa, portaba unas gafas tipo esquiador y una mascarilla; ahora viste traje y lleva un maletín. Sé que las cosas no están bien en casa. Mi madre llora a menudo, mi padre también. Ella, antes, era empleada de una oficina y desempeñaba su labor como administrativa, ahora está en paro y, durante esta semana, el plato de comida estrella en mi casa ha sido lentejas.

El que sigue igual es mi abuelo. Me lleva al parque, me enseña a manejar la peonza y, a veces, nos dedicamos a coger distintos tipos de hojas de las plantas del jardín, que bordea nuestro edificio, y las pegamos en un folio. Hacemos un cuadro y nos inventamos que fueron los primeros bocetos de Picasso o Monet y a mi madre le hace mucha gracia. Hoy

cambiaremos el plan. Hemos decidido dar un paseo por el centro de la ciudad, así que terminamos de comer, nos lavamos los dientes, cogemos nuestros abrigos y a la calle.

-Hola, le dije a Hassan.

-Es un compañero de clase, expliqué a mi abuelo

Hassan vive en esta ciudad desde hace cinco años. Sus padres y él vinieron de Marruecos y, tras un tiempo trabajando en el campo y ahorrar algo de dinero, han alquilado un local cercano a casa. Están terminando de adecentarlo. Su idea es montar un restaurante en que cada uno se sirve su comida, de forma que prescinden de camareros, pero aumentan el número de cocineros para tener durante todo el día comida recién preparada. Según me ha explicado él, habrá todo lo que abunda en la cocina árabe, desde todas las variedades de cuscús al más rico tajín. El lugar, seguro, me va a encantar, y lo mejor de todo es que puedes coger todos los helados que quieras.

Mi abuelo y yo seguimos caminando. A lo lejos me pareció ver a papá.

-Corre abuelito, corre. ¡Es papá! Vamos a darle una sorpresa.

Está sentado en una mesa en la terraza de una cafetería. Parecía tomar un café. Con él estaba otro señor, con semblante serio le escuchaba atentamente y asentía con la cabeza, pero apenas un minuto desde que los aceché con mi mirada, se levantaba y se marchaba. Mi padre hincó los codos sobre la mesa, extendió sus manos y apretó su rostro que había inclinado hacia el suelo. Lo vi, cabizbajo, Hundido, Lamentándose.

-¡Papa! Le grité entusiasmado.

Él giró la cabeza y sonrió. Nunca le había visto un gesto tan forzado hacia mí. Pero hice como si nada.

-¿Por qué no estás en la cantera? Pregunté.

-He tenido que quedar con un distribuidor. El comercial está enfermo y mi jefe me ha enviado para que cierre una compra. ¿A dónde vais?

-Hemos salido a dar un paseo, pero ya volvemos a casa, tengo tarea que hacer. La profesora de mates me ha mandado hacer un problema que tardaré horas en resolver.

Le di un fuerte beso, hacía tiempo que no lo hacía de forma tan pasional. Sentía que debía hacerlo. El abuelo y yo regresamos. Marché a mi habitación e hice como pude mis deberes. Apagué la luz y me acosté. De pronto, escuché el sonido de la puerta. Había llegado papá y mamá le preguntó: "¿Cómo te ha ido cariño?" No escuché respuesta

alguna. Se hizo un silencio. No podía dormir, mi cabeza parecía una peonza dando vueltas sobre una pista de hielo, no paraba de girar y girar rayando el suelo.

-“Buenos días, soy tu despertador. Son las ocho de la mañana. Al cole. Tic-tac. Tic-tac”.

Hoy tenía ciencias naturales a primera hora, es mi asignatura favorita. Me levanté y cuando fui a la cocina a desayunar, mis padres ya se habían ido. En la silla, el maletín. Mi padre parecía haberlo olvidado. No pude evitar la tentación y decidí husmear en él. Cuatro copias de currículos, una pluma, un libro cuyo título malsonante decía ‘Manual de reciclaje para desempleados’ y un llavero de papel con forma de coche en cuyo dorso se podía leer “TE QUIERO PAPÁ”, Pablo Rodríguez número 22 curso 1º B; se trataba, esto último, de un regalo que le preparé en el colegio cuando era aún más pequeño y que, posiblemente, le daba suerte porque nunca se separaba de él a pesar de que ya estuviese algo arrugado y sus colores hubieran perdido intensidad.

Tras haber averiguado que mi padre también había perdido su trabajo me sentí como el más villano personaje de los cuentos y decidí contarle a mi abuelo lo que había hecho. Él me abrazó, me dijo que no estaba bien cotillear en las cosas ajenas, pero aún así que no me preocupara.

-Todo se puede arreglar hijo, sólo hace falta un poco de paciencia y adaptarse a las circunstancias, por eso cuando veas otro plato de lentejas debes pensar que es el plato más maravilloso del mundo hecho con el mayor amor del planeta.

Las palabras de mi abuelo me hicieron pensar, tenía que hacer algo. Entonces fue cuando pensé en Hassan, él podría ayudarme, sólo tendría que preguntarle si su padre necesitaría a alguien para su restaurante, además, que contase con un español no estaría nada mal e incluso sería mejor, pues no habría ningún problema para entender perfectamente a los clientes. Así que no esperé ni un instante más y me apresuré hacia el colegio para sentarme junto al que esperaba que fuese mi cómplice. Era la primera vez que ignoraba a Cristóbal, mi profe de naturales, en lo único que pensaba era en que Hassan me pudiese ayudar.

Después de pasarnos toda la hora de clase murmurando y de que en varias ocasiones nos llamasen la atención, ambos acordamos hablar con Mustafa, el padre de Hassan, a la salida del colegio.

-Buenas tardes señor, ¿podría hablar con usted?

-Papá, él es Pablo. Quería hablar contigo y le he dicho que no habría ningún problema.

Hassan irrumpió tras mi presentación ya que su padre puso cara de extraño a mi presentación, creo que en lo primero que pensó fue en que quería quejarme de su hijo o algo por el estilo.

-Por supuesto Pablo, toma asiento.

Ya los tres tranquilos y con un té que Mustafa preparó rápidamente, le expliqué la situación en que nos encontrábamos en casa, no exagerada en este momento, pero sí preocupante de cara a un mes, puesto que ya había escuchado a mi madre decirle a mi abuelo que en los próximos días nos quedaríamos sin luz, aunque éste, en lugar de pensar en lo peor, preveía que se convertiría de nuevo en el cabeza de familia ya que él, muchos años atrás, sólo contaba con la luz natural y la idea de ser el gestor de circunstancias y salvador ante los problemas le fascinaba.

Mustafa consideró la propuesta, en principio no encontró problema alguno, sin bien no quería apresurarse a dar un sí sin conocer a mi padre y sin saber qué pensaba él. De nuevo otra traba. Mi padre no sabía que yo sabía que estaba sin empleo y si le decía que lo sabía se enfadaría porque él no me lo había contado y, ¿cómo me había enterado?

-Uff. En una telaraña me encontraría ahora mismo como en casa...

Lo único que se me ocurrió fue decirle que Hassan me había sugerido que a su padre le gustaría contar con alguien de la ciudad en su local, ya que conocería a bastante gente y con referencias sería más fácil captar a los primeros clientes. Así lo hice y le sumé:

-Papá, ¿no estás cansado ya de tanto trabajar en la cantera? Estaría bien que te presentases al padre de mi compañero para trabajar en el restaurante. Tu trabajo estaría más cerca de casa y te veríamos más.

De esta forma mi padre respondería lo que quisiese, sin sentir que su hijo estaba dando puñaladas a su orgullo; de algo me tendrían que servir las fábulas que mi abuelo me leía desde que tenía tres años cuando me iba a la cama.

-Pablo tienes razón. Creo que ya es hora de pasar más tiempo con vosotros y no estaría mal quitar a mi boca y nariz la mascarilla para no aspirar el polvo de las rocas y dedicar a mi olfato el agradable aroma de la canela o de la miel.

Mustafá estaba en el restaurante, terminaba de instalar unas letras de hierro forjado en la fachada que compondrían el nombre del lugar, que haría honor a los antepasados de esta ciudad, Al- Mariyyat. Papá se le acercó. Estuvieron poco más de media hora charlando, sólo bastó

que mi padre aceptase el único requisito interpuesto, que consistía en hacer un pequeño curso de cocina con uno de los chefs contratados, para que Mustafa le ofreciese un contrato en el restaurante.

A la semana siguiente, Al- Mariyyat abrió sus puertas. Mamá, el abuelo y yo fuimos allí a comer. Había quedado un lugar cálido, donde predominaban los colores tierra con una pizca de verde y azul. Papá había cambiado el mono blanco por una chilaba de tonos naranja y crema. Se le veía feliz. Y, mi abuelo, una vez más, tenía razón. Todo se arreglaría.